



CUERPOS, PANTALLAS Y PRECARIEDAD

Precarity Lab



Precarity Lab

CUERPOS, PANTALLAS Y PRECARIEDAD

Precarity Lab

CUERPOS, PANTALLAS Y PRECARIEDAD

Traducción: Cristopher Morales Bonilla



Título original: *Technoprecarious*

Autoría: **Precarity Lab**

Traducción: **Cristopher Morales Bonilla**

Licencia original: Copyright © 2020 Precarity Lab and Goldsmiths

Press. First published in 2020 by Goldsmiths Press

Goldsmiths, University of London, New Cross

London SE14 6NW, U.K. www.gold.ac.uk/goldsmiths-press

Fotografía: metro de Tokio. Dominio Público

Diseño de portada: Koldo Atxaga Arnedo

Primera edición: junio de 2022

Edición y maquetación: **Katakarak Liburuak**

Calle Mayor 54-56

31001 Iruñea-Pamplona

editorial@katakarak.net

www.katakarak.net

@katakarak54



Este libro tiene una licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional.

Está permitido copiar, distribuir, ejecutar y exhibir libremente esta obra solo con fines no comerciales.

No está permitido distribuir trabajos derivados basados en ella.

ISBN: 978-84-16946-68-6

Depósito legal: NA 1221-2022

Impresión: Gráficas Alzate

ÍNDICE

NOTA DE LA EDITORIAL	13
AGRADECIMIENTOS	17
LISTA DE COLABORADORAS	19
UN COMENTARIO SOBRE LA PRECARIEDAD	23
1	
EL EFECTO DE LA PRECARIEDAD: LA ECONOMÍA DEL AGOTAMIENTO DIGITAL.....	25
El lenguaje	31
Quiénes somos	33
Desentrañando el laboratorio.....	36
Pensar con	44
2	
EL TRABAJO PRECARIO DE LA ECONOMÍA COLABORATIVA (<i>UNDERGIG</i>)	49
Operaciones de capital y experimentación	51
La maraña del <i>undergig</i>	54
3	
TECNOTÓXICO	63
Toxicidad en cada paso del proceso	66
Fairchild Semiconductor Corporation	70

4		
	LA CRECIENTE INTENSIFICACIÓN DE LA PRECARIEDAD	75
5		
	AUTOMATIZAR EL ABANDONO.....	85
	Automatización de la lenta ineficacia de la burocracia	88
	La cuestión de la asistencia pública: del receptor elegible al beneficiario.....	89
	Condonación de préstamos	92
	Medicaid	94
	Mantener vivas a las personas para extraer de ellas	97
6		
	LAS FANTASÍAS CAPACITISTAS	101
	De cada uno más allá de sus capacidades; a cada uno según su precariedad	103
	No tener ninguna discapacidad es más que una condición	104
	La precariedad es una amenaza contra el derecho a vivir que no puede resolverse con el derecho al trabajo.....	108
	Después de la red de la seguridad social debemos crear <i>redes</i> de seguridad social	113
7		
	LA DESPOSOSIÓN POR LA VIGILANCIA	115
8		
	LA CLASE OFENDIDA	127
	El sentimiento de ser «colegas de tecnología»	128
	La vuelta a la artesanía	131
	Viajes tecnológicos neocoloniales y planes de fuga apocalípticos	133
	La promesa de la autosuperación.....	136

9	
RESTAURAR EL MUNDO AGOTADO	141
Ejemplo 1: programa de administradores digitales de Detroit.....	144
Ejemplo 2: Palestina y Maps.met	147
10	
AQUELARRES DE LOS CUIDADOS.....	151
GLOSARIO	161
BIBLIOGRAFÍA.....	167





NOTA DE LA EDITORIAL

Alrededor del famoso año 2000, la llegada de una herramienta como internet estimuló la imaginación política en los espacios militantes. Fuente infinita de conocimiento libre donde podían establecerse relaciones reticulares y no jerárquicas, se abrió la posibilidad de conectar redes activistas ubicadas a miles de kilómetros. Fue una gran oportunidad para organizar los nuevos comunes digitales con lógicas fuera de la acumulación del capital... y aquel torrente de inteligencia distribuida llegó hasta el punto de pensar, incluso, que otro tipo de relaciones con las máquinas eran posibles.

La multitud comenzó a experimentar colectivamente la comunicación y la recién estrenada dimensión pública de la voz (política). Aparecieron los perfiles hackers y se popularizaron el software libre, las licencias de libre distribución y la autonomía tecnológica. Se instaló la idea de una nueva biblioteca de Alejandría digital, con su propuesta infinita de contenidos que podían llegar casi a cualquier rincón del planeta. En suma, la tecnología podía conjugararse con autonomía, libertad, código abierto y saberes colectivos.

Pero, al otro lado del tablero, el capital fue rápidamente consciente de la gran cuenca de riqueza que se inauguraba con la red de redes, e intervino sometiéndola a sus lógicas corporativas, controladoras y depredadoras. En paralelo, internet dio también lugar a una intensificación del saqueo del territorio a través de la extracción de los minerales que hacían falta para la producción de la miríada de soportes físicos necesarios para la conectividad global.

Ahora sufrimos las consecuencias de aquella derrota a manos de la economía de la informática, de sus multinacionales monopolísticas y sus tramas financieras. Y lejos de habitar un repositorio de conocimiento democrático, pagamos por cada servicio, y padecemos las dinámicas de gestión de la escasez, inherentemente asociadas a la gestión mercantilista que clausuró aquella increíble oportunidad emancipatoria.

Ciertamente, no era fácil de prever la dimensión que la digitalización iba a cobrar en el mundo, ni la preeminencia de las pantallas y su traslación a todas las esferas de la vida. Tampoco calcular la descomunal extensión de la precariedad al conjunto de las ramas productivas.

Por todo lo anterior, los retos ante la orientación neoliberal de las tecnologías son enormes y, precisamente debido a ello, más ineludibles a cada día que pasa. Hay que enfrentarse a la cadena de explotación y consumo energético que soporta cada uno de los dispositivos que llevamos en nuestros bolsillos, cada tuit, cada mensaje instantáneo de Telegram/Whatsapp... al igual que es necesario abordar los debates sobre las nuevas patologías y sobre la ausencia de autonomía en la gestión de las distintas modalidades de pantallas y conectividad.

El colectivo Precarity Lab ha iniciado ese camino, proponiendo algunas de estas discusiones en su libro *Cuerpos, pantallas y precariedad*. Y cuando, como es el caso, las preguntas y las propuestas se hacen a través de la autoría y reflexión colectivas y fructíferas, florecen los hallazgos semánticos y políticos (zonas de agotamiento y enriquecimiento, *undergig* —trabajo precario intrínseco a la economía colaborativa—, tecno-toxicidad, ineficiencia de la burocracia automatizada, fantasías capacitistas, desposesión por vigilancia, clase ofendida, industria aeroespacial neocolonial y planes de fuga apocalípticos). Son los adjetivos de las nuevas formas de la opresión capitalista.

Pamplona-Iruña
Mayo de 2022

AGRADECIMIENTOS

Nos gustaría dar las gracias a todas las personas que forman parte del colectivo, a escritores y espíritus afines de la red del Precarity Lab que han hecho posible elaborar y redactar este libro en circunstancias creativas muy singulares. Nos gustaría dar las gracias a nuestra editora en BookSprints.net, Faith Bosworth, por asegurarse de que nuestro grupo pudiera llegar a tener terminado un borrador del libro. Faith, fuiste realmente la persona que necesitábamos cuando la necesitábamos, y mereces mucho crédito por todo lo bueno que hay en este libro. También nos gustaría dar las gracias al proyecto Humanities Collaboratory de la Universidad de Michigan, y especialmente a Peggy McCracken, Kristin Hass y Sheri Sytsema-Geiger por creer en este proyecto y asegurarse de que todo el mundo recibiera su sueldo y por ocuparse de todo lo demás. Por último, hacemos extensivo nuestro sincero agradecimiento a Casidy Campbell y Sarah Snyder por todo su trabajo de apoyo, y a Irina Aristarkhova y Tung Hui-Hu por sus contribuciones a nuestro pensamiento y a la redacción de este libro. También nos gustaría dar las

gracias a proyectos hermanos que tienen objetivos y ética similares como After Oil, Ecology of Networks, Matsutake Worlds y el archivo Mukurtu.

Por último, gracias a nuestros colaboradores de investigación con los que hemos trabajado durante mucho tiempo, a nuestras colegas, compañeros y compañeras de trabajo en todo el mundo, especialmente en la Nación Navajo, Detroit, Palestina, China, México e Indonesia, cuyas ideas y amistad han dado forma a nuestro pensamiento y han hecho posible este trabajo.

LISTA DE COLABORADORAS

Cassius Adair (él) es académico independiente y productor de radio en Virginia. En la actualidad, está escribiendo un libro sobre transexualidad e internet además de editar un libro de ficción especulativa sobre la academia.

Iván Chaar López (él) es profesor adjunto de Estudios Americanos e investigador principal del Border Tech Lab en la Universidad de Texas, Austin. Su trabajo abarca los campos de los estudios de los medios digitales, los estudios latinos y los estudios de CTS. Actualmente, está escribiendo un libro sobre la intersección entre las historias de los sistemas aéreos no tripulados, la cibernetica y la creación de demarcaciones a lo largo de la frontera entre Estados Unidos y México.

Anna Watkins Fisher (ella) es profesora adjunta de Cultura Americana en la Universidad de Michigan, Ann Arbor, además de ser fundadora del colectivo Precarity Lab. Su primer libro, *The Play in the System: The Art of Parasitical Resistance* (2020), teoriza el parasitismo como táctica ambivalente de resistencia en el arte y

en la política del siglo XXI. También es coeditora, junto con Wendy Hui Kyong Chun, de *New Media, Old Media: A History and Theory Reader* (2^a edición, Routledge, 2015).

Meryem Kamil (ella) es profesora adjunta de Estudios de Cine y Medios de Comunicación en la Universidad de California, Irvine. Su trabajo examina los nuevos medios de comunicación como herramienta para la organización anticolonialista palestina.

Cindy Lin (ella) es estudiante de doctorado en la Escuela de Información de la Universidad de Michigan, Ann Arbor, además de ser graduada en el programa de Ciencia, Tecnología y Sociedad (CTS). Su investigación y sus escritos se basan en un trabajo de campo que ha durado varios años con agencias científicas estatales y empresas de servicios comerciales para examinar la política del trabajo informático y las arquitecturas de datos dirigidas al control de los incendios de turberas en Indonesia.

Silvia Lindtner (ella) es profesora adjunta de Información, Estudios Digitales y Ciencia, Tecnología y Sociedad (CTS) en la Universidad de Michigan. Es directora asociada del Centro de Ética, Sociedad e Informática (ESC por sus siglas en inglés) y miembro fundador de Precarity Lab. Su próximo libro *Prototype Nation: China and the Contested Promise of Innovation* (2020) desentraña con detalle etnográfico e histórico cómo, tras la crisis financiera de los años 2007-2008, la creciente desconfianza en los modelos occidentales de progreso y desarrollo, incluidos los de Silicon Valley y la industria tecnológica, configuró el auge del movimiento global de los artesanos (*makers*) y la visión de China como «nueva frontera» de la innovación.

Lisa Nakamura (ella) es profesora titular Gwen-dolyn Calvert Baker de Cultura Americana en la

Universidad de Michigan, Ann Arbor. Es la primera directora del nuevo Instituto de Estudios Digitales de la Universidad de Michigan y miembro fundador del colectivo Precarity Lab. Es autora de cuatro libros sobre raza, género, medios digitales y juegos.

Cengiz Salman (él) es estudiante de doctorado en el Departamento de Cultura Americana (Estudios Digitales) de la Universidad de Michigan, Ann Arbor. Su investigación se centra en general en la relación entre los medios digitales, los algoritmos, el desempleo y el capitalismo racial. Tiene un Máster en Ciencias Sociales por la Universidad de Chicago (2013) y una licenciatura en Antropología con especialización en Estudios Musulmanes por la Universidad Estatal de Michigan (2011). Salman obtuvo una beca Fulbright IIE, que utilizó para realizar una investigación sobre proyectos de transformación urbana en Turquía entre 2011 y 2012.

Kalindi Vora (ella) es profesora de Estudios de Género, Sexualidad y Mujer en la Universidad de California, Davis. Es autora de *Life Support: Biocapital and the New History of Outsourced Labor* (2015), y, junto con Neda Atanasoski, de *Surrogate Humanity: Race, Robots and the Politics of Technological Futures* (2019). Ha editado varias antologías y publicado artículos en revistas como *Radical Philosophy*, *Ethnos: Journal of Anthropology*, *Current Anthropology*, *Social Identities*, *The South Atlantic Quarterly*, *Postmodern Culture* y *Catalyst: Feminism, Theory, Technoscience*.

Jackie Wang (ella) es especialista en estudios negros, poeta, artista multimedia y profesora adjunta de Cultura y Medios de Comunicación en el Eugene Lang College de la New School. Se doctoró en Estudios Africanos y Afroamericanos en la Universidad de Harvard y recientemente fue becaria del Instituto Radcliffe de

Estudios Avanzados. Es autora de *Carceral Capitalism* (2018), un libro sobre las dimensiones raciales, económicas, políticas, legales y tecnológicas del Estado carcelario estadounidense. También ha publicado varios fanzines punk como *On Being Hard Femme* y una colección de poemas oníricos titulada *Tiny Spelunker of the Oneiro-Womb*.

McKenzie Wark (ella) es autora de *A Hacker Manifesto*¹ (2004), *The Beach Beneath the Street* (2011), *Capital is Dead* (2018) y *Reverse Cowgirl* (2020). Es profesora de Medios de Comunicación y Cultura en el Eugene Lang College y de Estudios Liberales en la New School for Social Research de Nueva York. En el año 2019 recibió el Premio de Escritura Artística en Arte Digital de la Fundación Thoma.

1 Ed. cast: *Un manifiesto hacker*, Alpha Decay, Madrid, 2004.



UN COMENTARIO SOBRE LA PRECARIEDAD

Este libro se escribió justo antes del inicio de la pandemia de la Covid-19. En el momento de su publicación, todavía estamos en medio de un ajuste de cuentas con nuestro mundo cambiado y cambiante. Lloramos la pérdida de vidas y nos enfurecemos al ver cómo el rastro de la enfermedad y la muerte ha tenido un impacto desproporcionado en las comunidades de color. Vemos en esta crisis el afianzamiento de un sistema que ya está roto y que funciona en base al agotamiento: una intensificación del racismo ambiental, la necropolítica y la vigilancia. Con este libro, esperamos promover un diálogo sobre cómo las tecnologías digitales amplifican las condiciones de explotación. Invitamos a lectores y lectoras a que nos den su opinión, a que colaboren, y a que se conviertan en camaradas a medida que surjan nuevas formas de tecnoprecariedad.

1

EL EFECTO DE LA PRECARIEDAD: LA ECONOMÍA DEL AGOTAMIENTO DIGITAL

Las tecnologías digitales consolidan la riqueza y la influencia. Al crear y explotar la mano de obra flexible y al trasladar la responsabilidad a los usuarios, las tecnologías digitales amplían las condiciones de inseguridad de minorías raciales, étnicas y sexuales, mujeres, pueblos indígenas, migrantes, pobres y pueblos del sur global.

Lo digital es un medio de hiper-objetificación.² Es una fantasía del capitalismo hipereficiente y satisfactorio. Lo digital automatiza y abstrae la gobernanza. También es una mercancía, un producto del trabajo hipervisibilizado e invisibilizado. Lo digital es un conjunto de tecnologías que media, intensifica, abstrae, reproduce y generaliza las formas de dominación existentes. Lo digital es representación, automatización y modularidad.³ Lo digital es un sistema material de sig-

2 Justin Joque, *Revolutionary mathematics* (New York: Verso, 2022).

3 Ver Seb Franklin. La digitalización puede entenderse «no solo como un sustrato lógico-técnico a través del cual pueden operar ciertas máquinas, sino también como un modo lógico predominante con el que abordar tanto los actores sociales individuales como el conjunto de interacciones entre estos actores que puede denominarse “sociedad”». Seb Franklin, *Control: Digitality as Cultural Logic* (Cambridge, MA: The

nificación y creación de significados que choca contra los minerales, las pieles y los suelos.

Por lo tanto, formulamos el término que consta en el título como un tipo de precariedad asociada a la digitalización. La tecnoprecariedad es la exposición prematura a la muerte y la debilidad que se acelera a través del trabajo con las tecnologías digitales o la sujeción a las mismas. Es la condición desigualmente distribuida, pero omnipresente, que perpetúan la economía colaborativa (*gig economy*), los metales tóxicos, la negación del bienestar y los sistemas de vigilancia biométrica. Utilizamos el término tecnoprecariedad para señalar una expresión contemporánea de formas de violencia que existen desde hace mucho tiempo bajo el capitalismo racial. Por ejemplo, nuestra definición hace referencia de forma intencionada a la influyente formulación de Ruth Wilson Gilmore sobre el racismo como «la producción y la explotación de la vulnerabilidad diferenciada por grupos y que, sancionada por el Estado y/o extra-legal, lleva a la muerte prematura».⁴ Está claro que el racismo es anterior a lo digital. Sin embargo, creemos que en este momento histórico concreto es crucial señalar las formas particulares en que opera la precariedad y las diferentes formas en que lo digital exporta la precariedad a la gran mayoría de nosotras.

Precario es una palabra que tiene sus propias inestabilidades. *Imprecar* significa rogar o pedir humildemente. Ser precario, en el sentido etimológico de la palabra, es tener tu capacidad de supervivencia sujeta a los caprichos de una figura soberana. En el uso mo-

MIT Press, 2015), XVIII.

4 Ruth Wilson Gilmore, *Golden Gulag: Prisons, Surplus, Crisis, and Opposition in Globalizing California* (Berkeley, CA: University of California Press, 2007), 28.

derno, precario significa estar en riesgo de peligro físico o de colapso; arriesgado, peligroso.

Ser precario ha pasado a tener un sentido que va desde la inestabilidad en relación con un señor o amo hasta la inestabilidad en relación con las condiciones materiales de existencia. Ser precario es estar sin casa, sin comida, sin salario, o estar excluido de la economía formal, a menudo por una condena penal. Ser precario es no tener un refugio seguro. Incluso puede significar vivir sin amor, sin cuidados.

La precariedad no es una metáfora. Es algo real, que sienten los cuerpos que no pueden permitirse el lujo de no estar sanos, pero que están enfermos por materiales, comportamientos, economías y entornos tóxicos. La precariedad puede incluir la falta de trabajo, de ingresos, de seguridad. Incluso los que tienen trabajo pueden sentirla: la precariedad puede referirse a una condición material y psíquica que experimentan los trabajadores cuyos empleos se dividen en «curros» (*gigs*). Sobrevivir de curro en curro puede alejarte de la posibilidad de vivir de otra manera.

El trabajo físico y emocional de las mujeres y de las personas de color siempre se ha considerado un trabajo basado en el amor, y nunca ha sido compensado adecuadamente, ni siquiera como un «curro». Para nosotras, las redes digitales no señalan nuevas distopías sino viejos paradigmas de dominación (la plantación, la colonia, la prisión, el complejo militar-industrial, el laboratorio y la zona económica especial).

La precariedad se concentra con mayor intensidad entre los cuerpos que han sido relegados a las zonas de agotamiento. Las zonas en las que viven estas personas han sido sometidas a largas épocas de extracción de recursos, tanto humanos como naturales, por

parte del capitalismo racial, dejando tras de sí entornos tóxicos y agotados. Estos entornos, a su vez, causan daño a los cuerpos de quienes han sido sometidos a tal dominio violento, llevándolos a lo más profundo del subsuelo: el trabajo precario de la economía colaborativa (*undergig*).⁵ A medida que aumenta el número de personas que se mueven de un curro a otro, otras personas se hunden cada vez más en el agotamiento.

Y, sin embargo, la precariedad se generaliza, expandiéndose hasta incluir incluso a la clase creativa de los productores digitales que están en las zonas de enriquecimiento del mundo. La mayoría de la gente vive sin ningún tipo de apoyo, de manera «cruelmente optimista» y desanimada, viéndose sustituida por máquinas o, peor aún, siendo tratada como desecharable por los algoritmos que, cada vez más, condicionan las oportunidades vitales.⁶ En las zonas de enriquecimiento, la precariedad se celebra como autoempoderamiento, creatividad, aprendizaje permanente y autodeterminación, pero también implica fenómenos como alquilar tu coche, tu casa y tu trabajo sin tener ninguna garantía de estabilidad económica.

Necesitamos nuevos vocabularios para atender a la producción generalizada de precariedad bajo el capitalismo racial contemporáneo. No nos sirve el lenguaje con el que se anuncia el sueño digital. En el folleto promocional de la interconexión digital estas vidas en red se presentan como si fueran siempre hiperproductivas, virtuosas y eficientes, y como si estuvieran siempre conectadas. Pero nosotras tenemos claro que tanto estos

5 En adelante, se usará la expresión *undergig* para hacer referencia al trabajo precario de la economía colaborativa [N. del T.].

6 Lauren Berlant, *Cruel Optimism* (Durham, NC: Duke University Press, 2011).

sueños como estas redes están rotas.⁷ No nos van a reclutar para optimizar esta red. Nos hemos propuesto una tarea diferente.

Nuestro enfoque sobre la investigación en relación a cuestiones relacionadas con la cultura digital hace hincapié en la necesidad de examinar críticamente el modo en que las tecnologías de la información y la comunicación pueden convertirse en instrumentos que faciliten el ejercicio del poder y la dominación, especialmente en los ejes de la raza, la etnia, el género, la clase y la sexualidad. No somos luditas ni cínicas con respecto a la tecnología. Por el contrario, pretendemos ampliar la preocupación de las humanidades por las cuestiones del poder y de la precariedad a una investigación sobre el modo en que las tecnologías digitales median la vida social y ponen a nuestra disposición ciertas posibilidades e imposibilidades. Quizá tengamos la ingenua esperanza de que la crítica pueda ayudarnos a construir sistemas tecnológicos más productivos y óptimos para el enriquecimiento de la vida social.

«Capitalismo de la vigilancia»,⁸ «capitalismo de plataforma»⁹ y «sociedad del control»¹⁰ son términos invocados para señalar algunas de estas transformaciones económicas y sociales. En cambio, nosotras buscamos un lenguaje nuevo que nos permita describir nuestra perspectiva transnacional sobre la digitaliza-

7 Precarity Lab, «Digital Precarity Manifesto» *Social Text* 37, no. 4 (2019): 77–93.

8 Shoshana Zuboff, *The Age of Surveillance Capitalism: The Fight for a Human Future at the New Frontier of Power* (New York: Public Affairs, 2019). [Ed. cast: La era del capitalismo de la vigilancia, Ed. Paidós 2020].

9 Nick Srnicek, *Platform Capitalism* (Malden, MA: Polity, 2017).

10 Gilles Deleuze, «Postscript on the Societies of Control», *October* 59 (1992): 3–7.

ción y la precariedad, un lenguaje que ponga en primer plano la raza, el género, la nación y el imperio. ¿Qué lenguaje describe entonces algo aparentemente inefable como la circulación digital, algo tan vasto como el capital global y tan tangible como la carne?

En este libro, el capitalismo puede entenderse en referencia a los procesos de acumulación de riqueza y de valor que dependen de la expansión y compresión cílica de las relaciones laborales.¹¹ En el capitalismo, donde el trabajo asalariado formal se convierte en el medio dominante a través del cual las personas se aseguran las mercancías que necesitan para sobrevivir, aquellas personas que nunca han sido lo suficientemente privilegiadas como para participar en el trabajo asalariado, que trabajan en economías informales, o que han sido desplazadas de las relaciones laborales y se han visto obligadas a intentar vivir sin un empleo, experimentan más crucialmente la precariedad económica.

Por lo tanto, nuestro uso del término capitalismo reconoce cómo la raza, el género, la sexualidad, la ciudadanía, el colonialismo y la pobreza determinan de forma diferencial quién es lo suficientemente privilegiado como para participar en las relaciones laborales formales y quién está predisuelto a modos más intensos de apropiación, explotación y empobrecimiento. Inspirándonos en la noción de capitalismo racial de Cedric Robinson, insistimos en que las fuerzas de dominación que están basadas en la identidad saturan y estructuran las relaciones sociales capitalistas, que, a menudo, se suponen basadas por completo en la relación laboral.¹² La precariedad es siempre el

11 Karl Marx, *Capital, Volume I: A Critique of Political Economy*, trans. Ben Fowkes (New York: Penguin, 1976).

12 Cedric Robinson, *Black Marxism: The Making of the Black Radical Tradition* (Durham, NC: Duke University Press, 1993).

efecto de la intersección entre fuerzas de dominación y opresión racistas, sexistas, coloniales, capitalistas y homo/heteronormativas.

El lenguaje

Tenemos que empezar describiendo esta condición generalizada de la precariedad diferenciándola en función de las zonas de agotamiento y enriquecimiento.

Todas nacemos bajo la vigilancia, pero no todas somos igualmente escurtadas. Lo digital sustituye, pero no reemplaza a las formas anteriores de producción de precariedad. Las formas de vigilancia, medición y control digitales se basan en la precariedad clasificada y graduada que generaban las formas de dominación anteriores. Pero lo digital no solo reproduce las formas anteriores de precariedad, sino que las generaliza.

Detengamos este lenguaje declamatorio por un segundo. Tal vez usted, querida lectora, se sienta incluida en la categoría del *precariado*,¹³ o tal vez quiera resistirse a esa inclusión. El «nosotras» es siempre un problema, un conjunto flotante para poder imaginar una condición común. Es mejor pensar en el «nosotras» como algo que tiene los bordes borrosos y que está hueco en el centro, más que como un identificador estable. El «nosotras» es un movimiento doble. Se extiende hacia fuera, alejándose de sí mismo y hacia los demás; tira hacia dentro, encadenando elementos externos a él y excluyendo a otros.

Se puede imaginar que el mundo está haciendo precario permanentemente en formas siempre nuevas, pero hace tiempo que lo hace de forma desigual. La promesa de Occidente era que la precariedad

13 Guy Standing, *The Precariat: The New Dangerous Class* (New York: Bloomsbury, 2011).

podría abolirse en su totalidad rehaciendo el mundo según la imagen enriquecida de los que decían ser ya modernos. La fantasía de la modernización, del desarrollo económico y de la innovación tecnológica y científica como virtud persigue a sus creadores, pues ha generado, una y otra vez, zonas de agotamiento. El propio clima se ha vuelto volátil y tóxico para todas, pero envenenando unos ambientes, cuerpos, pulmones y pieles más que otros.

Encontramos pruebas de lo que llamamos agotamiento en lugares sorprendentes, incluso dentro de las fronteras de las zonas supuestamente enriquecidas; además, las fuentes de la precariedad ya no son fácilmente localizables. Entonces, ¿cómo describimos las geografías y los pueblos que son más precarios que otros? ¿Qué pasa con los que garantizan su propia seguridad a costa de los demás y de la mayor precariedad de los otros? Los que antes solían imaginar que «allá» estarían a salvo de la precariedad, ya no están libres de la vulnerabilidad. Y son siempre otros los que les imprecárán el pan de cada día: llámense (*¿nosotras?*) Occidente, el norte global, el primer mundo, el mundo desarrollado o los imperios. Son aquellos que se ven a sí mismos como los precarios: llámese el sur, el sur global el tercer mundo o el mundo «subdesarrollado». Tal y como afirma la ecologista Ojibwe Winona LaDuke: «No existen el primer, el segundo y el tercer mundo; solo hay un mundo explotador [...] sea su sistema tecnológico capitalista o comunista [...] y un mundo receptor. Los pueblos nativos, que ocupan más tierras, constituyen el mundo de acogida».¹⁴

14 John Button, *A Dictionary of Green Ideas: Vocabulary for a Sane and Sustainable Future* (New York: Routledge, 1998).

¿Y si partimos de la imposibilidad de separar el mundo enriquecido en recursos de un mundo agotado en recursos?

En este libro proporcionamos un sentido más específico e históricamente fundamentado de un subconjunto de precariedades que van más allá del discurso del «fin del trabajo» y que quiere que tengamos miedo de los robots. Situamos los temores a la automatización y a la tecnología digital frente a experiencias, experimentos y ejecuciones que son cruciales en el desplazamiento y devaluación del trabajo, preguntando cómo y por qué hemos llegado hasta aquí.

Quiénes somos

Formamos Precarity Lab en el año 2016 como parte de un proyecto de humanidades financiado por la Universidad de Michigan para investigar la proliferación y la respuesta a la tecnoprecariedad. Analizamos quién y qué produce lo digital, y a qué precio. Situamos la raza y el género considerados obsoletos en la fantasía poshumana de lo digital, en el centro de nuestro trabajo. El origen de estas categorías diferenciales se sitúa en el imperio y la modernidad. La diferencia sigue siendo el sistema operativo de la gobernanza que la digitalización ha hecho cada vez más automático, compulsivo, invisible y vigilante. La caja negra de la computación multiplica la precariedad al tiempo que reivindica la objetividad.

La precariedad no significa abyeción. Las mujeres, las personas trans, las personas de color y los migrantes siempre han encontrado dignidad, sentido, placer y autoconocimiento en condiciones precarias. Tenemos mucho que aprender. Pensamos a partir de la noción de Anna Tsing de la precariedad como una

condición de vida.¹⁵ Estudiamos los «subcomunes» (*undercommons*) teorizados por Stefano Harney y Fred Moten, como una forma de improvisación sobre la idea del precariado incluyendo la dimensión afectiva de solidaridad dentro de las grietas que albergan la vida y que nos mantienen en pie a pesar de todo.¹⁶

Nuestro estudio colectivo sobre la precariedad surge de las relaciones individuales desiguales que tenemos con ella. Al menos, partimos de la base de tener la seguridad de un empleo como trabajadores y trabajadoras del conocimiento, y una cantidad no pequeña de poder económico y social. Nuestras reuniones son las de un grupo de personas que ha experimentado la vida en diferentes partes del mundo, tanto en las zonas de enriquecimiento como en las agotadas. Todas somos personas que tenemos pasaportes que nos permiten cruzar fronteras, aunque algunas de nuestras apariencias raciales y de género signifiquen que se nos someta a escrutinio durante el proceso. Algunas de nosotras trabajamos en Asia o en América Latina, o en zonas alejadas de la riqueza de Norteamérica. En su mayoría somos mujeres. La mayoría somos cisgénero, pero no todas. Y, sin embargo, todas, de un modo u otro, sentimos la necesidad de escribir para cambiar el mundo, para demostrar lo que es imaginable y alcanzable en un planeta dañado y agotado. Somos un grupo de personas solidarias que tienen opiniones diferentes, y que no siempre están de acuerdo acerca de la mejor manera de abordar la cuestión de la riqueza, por un

15 Anna Lowenhaupt Tsing, *The Mushroom at the End of the World: On the Possibility of Life in Capitalist Ruins* (Princeton, NJ: Princeton University Press, 2015). [Ed. cast: *La seta del fin del mundo*, Capitán Swing, Madrid 2021]

16 Stefano Harney y Fred Moten, *The Undercommons: Fugitive Planning & Black Study* (Brooklyn, NY: Autonomedia, 2013).

lado, y del extractivismo de los recursos, por otro, que generan las tecnologías digitales.

Nos hemos comprometido a realizar este trabajo. La universidad tiene sus propias razones para financiarlo —Precarity Lab ha sido financiado como parte de un experimento de la universidad para conseguir que la investigación en humanidades fuera científica, rápida y financiable—. La universidad ha ido avanzando hacia el modelo del laboratorio como forma de ayudar a resolver la crisis de legitimidad de las humanidades. Invierte en el modelo de colaboración para la resolución de problemas y para la innovación en la investigación que se ha desarrollado en las ciencias. La universidad pretende profesionalizar la formación de los estudiantes de posgrado y convertir la investigación y la tutoría por parte del profesorado en una empresa.

Cada vez sentimos de forma más intensa la fragilidad y lo indescriptible de nuestros mundos. Y, sin embargo, podemos (debemos) intentar describir las condiciones que lo muestran como tal. Nuestro papel como trabajadoras del conocimiento se ha vuelto precario, y no solo en la medida en que nuestro trabajo se ha convertido en eventual. A medida que las formas de conocimiento técnico-social se vuelven más complejas, más opacas y más recónditas, más se diseñan para resultar incomprensibles. El propio trabajo del conocimiento se aferra al mundo de una forma cada vez más tenue.

La tecnología digital se basa en formas preexistentes de dominación sociotécnica. El mito de lo digital consiste en que es la encarnación y generalización del sujeto universal libre —racional, creativo y con mentalidad empresarial—. Pero lo digital también construye, reproduce, generaliza y hace abstractas algunas formas

de precariedad que se han heredado de los laboratorios de la colonia, la plantación, la fábrica y la prisión. Entendemos el laboratorio como un método, un instrumento y un lugar que puede reproducir y legitimar las condiciones de precariedad. Esto implica someter a vuestro escrutinio nuestro proceso de escritura y colaboración, y las condiciones más amplias que lo permiten.

Desentrañando el laboratorio

Hemos adoptado el término «laboratorio» (en nuestro nombre y en nuestra práctica) para dar cuenta de lo altamente ambivalente, y a la vez profundamente entrelazada, de nuestra posición en relación con los intentos actuales de renovación y empresarialización de las humanidades, los estudios y la educación superior en general. El laboratorio es un lugar de trabajo, pero donde el trabajo está subordinado a la tarea de la elaboración. En el laboratorio hay procedimientos consistentes, formas de regularidad que producen diferencias observables. En el laboratorio se experimenta —son experimentos que pueden probarse, verificarse, estabilizarse y convertirse en prototipos de nuevas formas de organización y gobernanza—.

El laboratorio científico nació de la Ilustración, el proyecto europeo de modernización y colonización. La invención del laboratorio científico no solo produjo la creencia en los hechos, la racionalidad y la verdad, sino que también produjo la creencia en la figura moral del científico, el observador objetivo y desapegado que se sitúa por encima de los objetos (lo que Donna Haraway llama «el truco de Dios»).¹⁷ El laboratorio sirvió para la

17 Donna Haraway, «Situated Knowledges: The Science Question in Feminism and the Privilege of Partial Perspective», *Feminist Studies* 14,

creación del hombre moderno y la domesticación de la naturaleza, la tierra y los pueblos. Legitimó la explotación de esos convertidos en el «otro», aquellos menos modernos y representados como «necesitados» de la intervención científica.

En la formulación de Robert Boyle sobre la ciencia de laboratorio en el siglo XVII, los prejuicios del científico estaban, supuestamente, excluidos del laboratorio. A mediados del siglo XX, el laboratorio dejó de estar limitado por los muros,¹⁸ de modo que la inmunidad de los experimentadores frente a los prejuicios les acompañó, supuestamente, hasta el laboratorio del mundo. Recuperando la dimensión modernista e imperial del laboratorio como método, los ciberneticos ayudaron a reinstaurar su modo gubernamental para dar sentido a la unión de las entidades humanas y no humanas, para ordenar los dominios de lo que puede sentirse y [de] lo que no [puede sentirse], para aferrarse a la promesa de la posibilidad. El laboratorio ya no es solo un espacio aparte del mundo. Es la condición general para la experimentación en cualquier lugar. Es un modo de gobernanza.

En los análisis clásicos de Max Weber y Michel Foucault se hace hincapié en las regularidades de las formas de organización o de poder modernas.¹⁹ Los primeros laboratorios científicos se imaginaron como un espacio restringido que estaba fuera de las regularidades de estas otras formas de poder, un espacio

no. 3 (1988): 575–599.

18 Geof Bowker, «How to be Universal: Some Cybernetic Strategies, 1943–1970», *Social Studies of Science* 23, no. 1 (1993): 107–127.

19 Max Weber, *Economy and Society: A New Translation*, ed. y trad. Keith Tribe (Cambridge, MA: Harvard University Press, 2019). [Ed. cast: *Economía y sociedad*, FCEE, Madrid, 1993]; Michel Foucault, *The Order of Things* (New York: Routledge, 2002). [Ed. cast: *Las palabras y las cosas*, SXXI, México, 2010].

en el que los experimentos eran llevados a cabo por tipos especiales de sujetos científicos —testigos modestos que registraban e interpretaban sus datos—. Según esta separación del mundo social, el laboratorio recoge los problemas generados fuera de sus muros y experimenta con sus condiciones para fabricar nuevas regularidades —instrumentos que luego pueden ser utilizados en otros lugares y por otras personas—. Pero los pies embarrados de los participantes en el proceso podrían arrastrar consigo algunos restos procedentes del imperio a lo que solo parece ser el espacio «objetivo» del laboratorio científico.²⁰

Estas formas de poder y experimentación se convirtieron en una realidad cada vez más generalizada. Pensemos en la ciudad como laboratorio en el marco del interés de la sociología por la migración de los negros a los centros urbanos industrializados del norte de Estados Unidos.²¹ Esta experimentación tuvo lugar dentro del contexto del racismo contra los negros, de la dominación que hacia que las categorías incluidas en la noción de ser humano fueran precarias, preca-

20 Ver por ejemplo: Bruno Latour y Steve Woolgar, *Laboratory Life: The Construction of Scientific Facts*, 2º ed (Princeton, NJ: Princeton University Press, 1986); Steven Shapin y Simon Schaffer, *Leviathan and the Air-Pump: Hobbes, Boyle, and the Experimental Life* (Princeton, NJ: Princeton University Press, 2018); Donna Haraway, *Modest_Witness@Second_Millennium.FemaleMan©_Meets_OncMouseTM: Feminism and Technoscience* (New York: Routledge, 1997); Karin Knorr Cetina, *Epistemic Cultures: How the Sciences Make Knowledge* (Cambridge, MA: Harvard University Press, 1999).

21 Mary Jo Deegan, *Race, Hull-House, And The University Of Chicago: A New Conscience Against Ancient Evils* (Westport, CT: Praeger, 2002); David E. Apter, Herbert J. Gans, Ruth Horowitz, Gerald D. Jaynes, William Kornblum, James F. Short, Gerald D. Suttles y Robert E. Washington, «The Chicago School and the Roots of Urban Ethnography: An Intergenerational Conversation with Gerald D. Jaynes, David E. Apter, Herbert J. Gans, William Kornblum, Ruth Horowitz, James F. Short Jr., Gerald D. Suttles, y Robert E. Washington», *Ethnography* 10, no. 4 (2009): 375–396.

riamente humanas. El laboratorio científico, al igual que la ciudad-laboratorio, no puede desvincularse de las condiciones sociales en las que se encuentra. En su proliferación e intensificación de las regularidades bio/necropolíticas, el laboratorio ha demostrado ser un motor de precariedad.

Cuando consideramos la colonia, la plantación, la prisión y la fábrica como diferentes tipos de regularidades socio-técnicas, sino también como versiones del laboratorio, ¿cuál es la dinámica común que se visibiliza? El laboratorio ha sido durante mucho tiempo el lugar de la reinversión continua en el proyecto de la modernización, la reproducción de la creencia en la ciencia y la tecnología como «una fuerza moral» que opera «creando una ética de la innovación, el rendimiento y el resultado»,²² y estableciendo el dominio y el control.²³

Los laboratorios organizan el trabajo y la gente, producen y movilizan el conocimiento, y prueban y desarrollan sujetos y objetos en condiciones no libres. La colonia era el laboratorio ideal de Occidente porque convertía los procedimientos, las tecnologías y las técnicas científicas en política y gubernamentalidad.²⁴

La colonia sigue siendo uno de los laboratorios más exitosos. El dominio colonial utiliza técnicas de gobernanza que convierten la tierra en «zonas», laboratorios regionales aparentemente delimitados y limitados que hacen que ciertos terrenos sean atractivos para la inversión al demarcar como excepciones

22 Arturo Escobar, *Encountering Development: The Making and Unmaking of the Third World* (Princeton, NJ: Princeton University Press, 1994), 36.

23 Michelle Murphy, *The Economization of Life* (Durham, NC: Duke University Press, 2017).

24 Fouzeyha Towghi y Kalindi Vora, «Bodies, Markets, and Experiments in South Asia», *Ethnos: Journal of Anthropology* 70, no. 1 (2014): 1–18.

el espacio y las personas que lo habitan. La zona excepcional minimiza el riesgo para el «experimentador», ya que la zona suele estar poco regulada (normas de protección medioambiental poco estrictas, ausencia de leyes laborales) y ofrece reducciones fiscales como incentivos para los inversores. El laboratorio opera en nombre del imperio-nación, o del imperio-corporación, que está deseoso de competir en la economía global. Las personas y la tierra son sus materiales de experimentación.

La plantación y la fábrica están vinculadas: la plantación forma una cadena de suministro con la fábrica. No solo produce materias primas para la fábrica, sino que también actúa como un laboratorio de los modos de control. La esclavitud permitió el capitalismo.

Como señala Hortense Spillers en «Mama's Baby, Papa's Maybe», la mercantilización de la carne del esclavo no solo supuso la esclavitud de los africanos y de los afrodescendientes. También transformó los cuerpos de los esclavos que ya no podían trabajar en la plantación debido a lesiones o enfermedades, en un valioso recurso para la investigación médica, un «laboratorio vivo» del que los científicos podían extraer conocimientos sobre la anatomía y la fisiología humanas de personas cuyas vidas habían sido agotados por el trabajo forzoso.²⁵

Los propios cuerpos de los esclavos también constituyeron de forma importante la base de los experimentos de financiarización en la economía crediticia del mundo atlántico.²⁶ Sus vidas y trabajos no remunerados constituyeron el capital que aprovecharon los

25 Hortense Spillers, «Mama's Baby, Papa's Maybe: An American Grammar Book», *Diacritics* 17, no. 2 (1987): 64–81.

26 Ian Baucom, *Specters of the Atlantic: Finance, Capital, Slavery, and the Philosophy of History* (Durham, NC: Duke University Press, 2005).

primeros inversores de riesgo. En el Mississippi anterior a la guerra, los esclavos representaban «una forma congelada del capital del que dependía el desarrollo comercial del Valle [...]. Los hilos del crédito y la deuda —del anticipo y la obligación— que unían la economía atlántica estaban ancladas a los valores mutuamente definidos de la tierra y de los esclavos: sin tierra y sin esclavos no había crédito, y sin esclavos la propia tierra carecía de valor».²⁷ Y sin la plantación de esclavos no era posible la fábrica llena de trabajadores.

A diferencia del azúcar, el índigo y otras mercancías producidas en las colonias tropicales y semitropicales de los imperios europeos, el algodón reordenó las redes mundiales de la producción y el comercio y dio origen tanto a la fábrica como al proletariado europeo. Con la explosión de la industria algodonera, regiones dispares del globo quedaron vinculadas de una manera sin precedentes, ya que el algodón «tiene dos etapas que requieren mucha mano de obra: una en los campos y otra en las fábricas»;²⁸ entre el 85 y el 90% del algodón producido en América se enviaba a Liverpool para su venta, y luego se transformaba en tejidos en las fábricas británicas.

Apoyada tanto en las materias primas como en las técnicas de organización de la producción cultivadas en el laboratorio de la plantación, la fábrica desempeñó un papel crucial en la creación de la categoría de mano de obra «libre» mediante la concentración de trabajadores. A través de la regulación cuidadosa de los esfuerzos y los tiempos de los trabajadores, a la vez que mediante la búsqueda de la optimización de

27 Walter Johnson, *River of Dark Dreams: Slavery and Empire in the Cotton Kingdom* (Cambridge, MA: Harvard University Press, 2017), 87.

28 Steven Beckert, *Empire of Cotton: A Global History* (New York: Vintage Press, 2014), XVII.

su productividad, las fábricas disciplinaron los cuerpos y los sentidos de los trabajadores. La fábrica era un laboratorio para estudiar el proceso de producción con el objetivo de generar eficiencias. Al igual que la plantación, también contribuyó a sentar las bases para la producción de mundos de vida, desde las viviendas hasta los lugares de entretenimiento y convivencia. La fábrica y la plantación fueron productos simultáneos del proyecto de la modernidad, pero también sus condiciones de posibilidad.

Son dos modos diferentes de organizar la extracción de la mano de obra y la producción de mercancías estándar mediante la repetición. También pueden considerarse zonas de experimentación que generan nuevas regularidades. La ciudad es otra de esas zonas. Podemos pensar en la ciudad actual como un laboratorio de experimentación para reproducir la legitimidad de la tecnología de la información. También aquí, el experimento se realiza sobre los cuerpos más precarios. Tales experimentos, cuando se generalizan, multiplican la precariedad, que fue una de sus condiciones de posibilidad en un primer momento.

El laboratorio no siempre tiene como objetivo la producción de conocimiento, o la generación de nuevas regularidades que serán más eficientes, más racionales y que estarán más libres de fricción. A veces, el laboratorio parece no existir más que por el deseo de experimentar con cuerpos precarios. El laboratorio no necesita tener ninguna relación con la razón; puede promulgar el poder, simplemente para experimentar en tanto que poder. Esa promulgación es su razón de ser.

También las universidades han sido siempre laboratorios. La estrecha relación entre la ciencia militar y la investigación universitaria es un secreto a voces.

En el contexto estadounidense, los laboratorios universitarios han sido esenciales para el avance de la tecnología militar desde la II Guerra Mundial: un gran número de profesores investigadores han sido financiados por contratos del Departamento de Defensa.

La universidad contemporánea —o, como algunos la llamamos, la universidad neoliberal— ha adoptado una práctica de laboratorio generalizada en nombre de la eficiencia, infrafinanciando y desmantelando los programas que no aportan inversiones evidentes a la institución. La educación superior se ha convertido en un de servicios para comunidades de estudiantes acomodados o cargados de deudas.

Nuestro objetivo es dar un nuevo uso al modelo del laboratorio, trabajando en él y contra él como cobertura para el tipo de trabajo antirracista, anticapitalista, queer y feminista que, a menudo, es devaluado por la universidad.

No estamos afirmando ninguna equivalencia o universalidad de la experiencia de la precariedad. Sí afirmamos que algunas formas institucionales muy diferentes siempre han sido zonas de experimentación, que toman prestadas unas técnicas de otras, y que lo digital generaliza y acelera esta práctica. Por ejemplo, las universidades *online* privadas, los cursos de bachillerato *online* y las escuelas concertadas tienden todas ellas a surgir en lugares que ya están desprovistos de infraestructuras educativas y de los medios que supuestamente aportan.

Luchamos con y trabajamos dentro de contradicciones y ambivalencias que no se resuelven fácilmente. En la actualidad, escribimos estas palabras en el Centro Banff, un centro de conferencias de categoría mundial para las artes situado en Banff, Canadá, construido en

tierras de las Naciones Originarias y financiado con la riqueza obtenida de la industria de la extracción de recursos naturales.²⁹

Estamos generosamente financiados por un proyecto cuyo objetivo subyacente es volver a presentar las humanidades como relevantes para la economía de mercado; aunque seamos críticas con esta mercantilización de la crítica, también somos cómplices del proyecto que consiste en renovar las humanidades, haciéndolas atractivas para los donantes, en un lugar para tratar a los estudiantes como capital humano y para cultivar al profesorado como agentes y marcas empresariales. Estamos, como dice la expresión, cabalgando las contradicciones.

Pensar con

Buscamos la inspiración y presencia de los feminismos negro e indígena, al mismo tiempo a sabiendas de que no debemos esperar que las mujeres de color soporten la carga de resolver estos problemas junto con sus otros muchos trabajos. Los estudios feministas indígenas, por ejemplo, piensan más allá del análisis de las relaciones mercantiles y de la acumulación de

29 El Trans-Canada Pipeline Pavillion es un edificio que tiene nombre propio y que está en la localidad de Banff, a pocos metros de donde estamos escribiendo este libro. La construcción de una línea de la compañía Trans Mountain a través del Parque Nacional de Jasper, justo al norte de Banff, que algunos políticos de la ciudad de Alberta esperaban que pudiera servir para financiar programas de servicios sociales en la provincia, sigue siendo polémica. Darryl Dyck, «Trans Mountain, Trudeau and First Nations», *The Globe and Mail*, 27 de abril de 2018, www.theglobeandmail.com/politics/article-trans-mountain-kinder-morgan-pipeline-bc-alberta-explainer/. Mencionamos aquí a Canadá porque estábamos en ese lugar durante la época de redacción del libro, pero todas nosotras somos de otros lugares, con sus propias historias de colonialismo y de legado imperial. Para más información sobre nuestros lugares de origen, consulta nuestras biografías. No tenemos una relación especial con Canadá.

capital, priorizando en cambio la socialización, el espacio y la creación de espacios. Teniendo en cuenta que muchas personas ya no tienen acceso a hogares, a trabajos o a la seguridad económica, los aqüellarres de cuidados,³⁰ o de relaciones, pueden ser nuestra mejor apuesta, y también la más asequible.

Los estudios indígenas también centran nuestra comprensión de la precariedad en relación con el mundo material. El origen de lo digital en los metales y minerales preciosos, las granjas de servidores, los centros de datos, los cables submarinos y los globos estratosféricos muestran que la red no es un modelo abstracto de relationalidad que incluye a unos y excluye a otros, sino una tela de araña construida de metal, plástico y silicio que tiene efectos devastadores sobre el medio ambiente.

También miramos a nuestras hermanas indígenas para responsabilizarnos de nuestras propias imbricaciones en los colonialismos actuales. La lectura que hace Jodi Byrd de la novela choctaw *A Chaos of Angels* de la autora choctaw LeAnn Howe proporciona un término guía, *hakuba*, con el que reconocer la injusticia histórica y actual al tiempo que se construye un futuro justo: «El *hakuba* o caos se produce cuando los indios y los no indios se golpean la cabeza en busca de un entendimiento intercultural», nos dice Howe.³¹ Byrd

30 Las autoras usan la expresión «covens of care» que significa literalmente «aqüellarres de cuidados». El sentido de esta expresión hace referencia a grupos de personas que se reúnen para cuidar unas de otras, y que sirven como espacios de resistencia a la precariedad que produce la economía digital. A pesar de que otras traducciones podrían ser estilísticamente más acertadas, hemos decidido mantener la literalidad de la expresión ya que en el último capítulo, titulado precisamente «Los aqüellarres de los cuidados», las autoras hacen una mención explícita a los aqüellarres de brujas medievales como antecedentes históricos de los grupos de ayuda mutua actuales [N. del T.].

31 LeAnn Howe, «The Chaos of Angels», *Callaloo* 17, no. 1 (1994): 108.

explica que el *haksuba* «proporciona un ethos fundamental para las teorías críticas indígenas que enfatizan la interconexión y el proceso de aflicción que se encarna dentro y entre los parentescos relationales creados por las historias de opresión».³² Igual que Judith Butler explica que la vida precaria es aquella que no es digna de aflicción, el *haksuba* nos proporciona un método para la organización anticolonial: un duelo caótico, correctivo, productivo y transformador.

Nuestro duelo, sin embargo, va de la mano del juego. Los feminismos de las mujeres de color/negras/indígenas están detrás de nuestra apuesta por la alegría y el juego frente a la precariedad. El texto de Saidiya Hartman sobre «la anarquía de las chicas de color que se reúnen de forma alborotada» nos enseña a prestar atención a la teoría social producida por las chicas negras que han elaborado una teoría de la libertad a través de la práctica improvisada de la rebeldía.³³ Intentamos trabajar con ese espíritu de rebeldía en nuestra orientación respecto de la universidad y el laboratorio, esa rebeldía que nos orienta en nuestras propias experiencias con la precariedad.

Estamos de acuerdo en que la mercantilización del feminismo negro —como señala Catherine Knight Steele, la escritura de Audre Lorde es una mercancía que vende bolsas orgánicas en Instagram— amplía nuestra sobredependencia de su trabajo, especialmente de su trabajo en la creación de la vida digital.³⁴ El

32 Jodi Byrd, *Transit of Empire: Indigenous Critiques of Colonialism* (Minneapolis, MN: University of Minnesota Press, 2011), XXVIII.

33 Saidiya Hartman, «The Anarchy of Colored Girls Assembled in a Riotous Manner», *South Atlantic Quarterly* 117, no. 3 (2018): 465–490.

34 Catherine Knight Steele, «Signifyin' Bitching and Blogging: Black Women and Resistance Discourse Online», en *The Intersectional Internet: Race, Sex, Class and Culture Online*, eds, Safiya Umoja Noble y Brendesha M. Tynes (New York: Peter Lang, 2016), 73–93.

feminismo digital negro nos advierte contra las simples evocaciones de la negritud como resistencia. En su lugar, utilizamos estas teorías para mantener nuestro enfoque en las experiencias materiales y vividas de la expropiación racial y de género, y para nombrarlas como tales.

Esperamos que nuestro tono traduzca el placer que sentimos al escribir colectivamente, al reunirnos y al escaparnos de las restricciones de la escritura académica tradicional. Sabemos que escribimos sobre fuerzas que sentimos totalizadoras, pesadas, aterradoras o imposibles de superar. Experimentamos el agotamiento de la vida emocional que impone el capitalismo racial. En respuesta a ello, ofrecemos lo que podemos: una práctica de escritura y una práctica de vida que permite la imperfección y el placer. Al igual que los ritmos sincopados del tambor de *bomba*,³⁵ que siempre está en conversación con los movimientos improvisados del bailarín, este manifiesto puede leerse al ritmo de tu propio cuerpo.³⁶ Este manifiesto no tiene por qué leerse de forma lineal, de principio a fin, siguiendo la secuencia numerada de los capítulos. Deja que el sonido y la cadencia del texto respondan a tus propios flujos afectivos. Te invitamos a que pienses y sientas y escribas y juegues y que los hagas tuyos, sea cual sea tu lugar en la red de la precariedad.

35 El barril de bomba es un tambor tradicional que se usa en la música *bomba* de Puerto Rico [N. del T.].

36 Jade Y. Power-Sotomayor, «From *Soberao* to Stage: Afro-Puerto Rican and the Speaking Body», en *The Oxford Handbook of Dance and Theater*, ed. Nadine George-Graves (Oxford: Oxford University Press, 2015).

2

EL TRABAJO PRECARIO DE LA ECONOMÍA COLABORATIVA (*UNDERGIG*)

Las tecnologías digitales permiten y consolidan diversas formas de explotación laboral. La digitalización multiplica, metastatiza y muta la explotación, permitiendo una extensión más rápida de la ratio del capital más allá de los circuitos de producción y circulación. El capitalismo en la era de las tecnologías digitales se obliga a sí mismo a relacionarse con esferas de la vida que antes estaban fuera de su locus de operaciones. Pero, como han sugerido los estudiosos que trabajan en el ámbito de los estudios poscoloniales,³⁷ la expansión del capitalismo a nuevos territorios se produce sin subsumir o encapsular totalmente estas fronteras dentro de la lógica particular de los puntos de origen de sus operaciones. Esta es la fuerza débil del capitalismo: su flexibilidad infradeterminante permite la extensión y el afianzamiento de sus fuerzas más abstractas en nuevos contextos. La acumulación ulterior de la riqueza social depende del trabajo, la explotación, la desigualdad, la pobreza, la miseria y la deuda.

37 Aihwa Ong, *Neoliberalism as Exception: Mutations in Citizenship and Sovereignty* (Durham, NC: Duke University Press, 2006).

Tras la crisis financiera mundial de los años 2007-2008, en los debates académicos y en los medios de comunicación públicos occidentales ha aumentado la sensación de urgencia por hacer visibles e intervenir en las consecuencias perjudiciales del tecnoutopismo y del tecnosolucionismo ingenuos de la industria tecnológica. La promesa de las tecnologías de resolver complejos «problemas» sociales, económicos y políticos ha enmascarado durante mucho tiempo la proliferación de la explotación y la desigualdad tras una retórica de «hacer el bien», de progreso, de empoderamiento individual y de democratización.

Por muy importante que sea esta creciente conciencia de la explotación laboral, conserva una visión binaria que es preocupante y demasiado simplista. Suele ser la siguiente (descrita de forma un tanto caricaturesca): «todos nosotros» somos «trabajadores libres» en nuestro uso cotidiano de las plataformas de las redes sociales —Facebook es la «fábrica social» por excelencia—;³⁸ el «capitalismo de plataforma» se alimenta de la creación de conexiones íntimas y personales; «algunas de nosotras» somos conductoras de Uber que trabajan dentro de un acuerdo laboral muy fragmentado que está destinado a impedir la sindicalización y la solidaridad entre las trabajadoras; «otros» podrían tenerlo aún peor, obligados a trabajar en las condiciones físicamente extenuantes y perjudiciales de los almacenes de Amazon, o en los servicios flexibilizados de entrega postal.

Pero toda esta explotación laboral en la «economía colaborativa» depende de otra forma de explotación

38 Mario Tronti, *Workers and Capital*, trad. David Broder (New York: Verso, 2019). [Ed. cast: *Obreros y capital*, Akal, Madrid, 2001]; Antonio Negri, *The Politics of Subversion: A Manifesto for the Twenty-First Century* (Malden, MA: Polity, 2005).

que, a menudo, se presenta como algo más «profundo», más cercano a la materia prima o a la máquina.

La mano de obra barata es una condición previa de la economía colaborativa, por lo que identificamos a estos trabajadores como parte del trabajo precario de la economía colaborativa (*undergig*).³⁹ Los trabajadores que realizan este *undergig* realizan el trabajo, a menudo invisible, que es necesario para crear las condiciones de la vida digital del resto. La producción electrónica extrae valor de las zonas agotadas y de los trabajadores de las fábricas, además de que produce toxicidad. El *undergig* también se solapa a menudo con la categoría de «sur global», aunque también supere dicha categorización.

El *undergig* está infraprotegido y mal pagado. Su inquietante invisibilidad es una condición previa necesaria para la fantasía de un mundo digital que funcionará sin problemas y que estará totalmente automatizado.

Operaciones de capital y experimentación

El *undergig* se inspira a veces en las prácticas coloniales de experimentación y control, y es en parte el resultado de agentes que crean nuevas prácticas. El *undergig* depende de los Estados para poder mantener las condiciones diferenciales de funcionamiento y para vigilar las fronteras entre los mundos enriquecidos y los agotados, ya que sus cadenas de valor dependen en parte del mantenimiento del diferencial que existe entre ellos.

Como ha argumentado Sylvia Wynter, la colonización fue crucial para los experimentos con la

39 En adelante usaremos el término inglés «*undergig*» del texto original para referirnos al trabajo precario de la economía colaborativa [N. del T.].

sobrerrepresentación o para hacer dominante una determinada identidad masculina cisgénero, heterosexual y euroamericana dentro de la categoría de lo humano. Para Wynter, el colonialismo permitió la extensión de esta sobrerrepresentación por todo el globo y la identificación de esta imagen de la humanidad con su verdad, una «verdad» que sigue actuando como un punto de apoyo sobre el que siguen descansando «todas nuestras luchas actuales con respecto a la raza, la clase, el género, la orientación sexual, la etnia, las luchas por el medio ambiente, el calentamiento global, el grave cambio climático, [y] la distribución marcadamente desigual de los recursos de la Tierra».⁴⁰

Las prácticas coloniales de los antiguos imperios tendían a centrarse en la extracción de recursos. La colonia era una zona de la que extraer naturaleza a bajo coste, en forma de energía barata, alimentos baratos, mano de obra barata y tierra barata.⁴¹ La colonia era un lugar de recursos baratos, en el sentido de que todos ellos se extraían más rápido de lo que podían regenerarse, tomando prestado «a crédito», por así decirlo, tanto de la tierra como de la organización social de los pueblos colonizados. Las operaciones de extracción ayudaron a la transformación de los esclavos negros en minerales vivos, en mercancías productoras de mercancías.⁴² La extracción de recursos por parte de los antiguos imperios, por lo tanto, fue fundamentalmente una operación a través de la cual los cuerpos fueron

40 Sylvia Wynter, «Unsettling the Coloniality of Being/Power/Truth/Freedom: Towards the Human, After Man Its Overrepresentation—An Argument», *CR: The New Centennial Review* 3, no. 3 (2003): 257–337.

41 Raj Patel y Jason W. Moore, *A History of the World in Seven Cheap Things: A Guide to Capitalism, Nature, and the Future of the Planet* (Oakland, CA: University of California Press, 2017).

42 Achille Mbembe, *Critique of Black Reason*, trad. Laurent Dubois (Durham, NC: Duke University Press, 2017), 17–18.

disciplinados, explotados y desposeídos dentro de la producción de valor y de bienes. La extracción barata profundiza en el agotamiento de la colonia, dejando vastos horizontes de sudor y sangre, paisajes tóxicos de deforestación, minas a cielo abierto abandonadas con sus montañas de residuos y suelos agotados por los métodos de cultivo de las plantaciones.

Consideremos cómo las operaciones del capital son parte integrante de la producción de exterioridad —esos paisajes que invitan a una mayor expansión y que alimentan las máquinas del propio capital—. Sin exterioridad, el capital no puede sostenerse, no tiene a dónde ir, y no tiene más cuerpos a los que empujar en sus cadenas de producción.⁴³ Las regularidades se logran cuando los límites del capital se deshacen constantemente por la expansión de las fronteras a través de las cuales la naturaleza barata —en todos sus significados abarcadores— puede ser absorbida. Las operaciones del capital están, pues, en sintonía con la experimentación que tantea las fronteras de lo que puede incluirse al alcance del poder gubernamental del capital, especialmente en el caso del imperio.

Sin embargo, el imperio no es una entidad estática ni un principio organizador. Es un conjunto de dinámicas a través de las cuales se produce la ambigüedad territorial en conjunción con las categorías legales de pertenencia y exclusión.⁴⁴ Su distribución del poder, las prioridades, las demandas y la violencia están incrustadas en los escombros y restos de la poscolonialidad, además de que su perdurabilidad se queda incrustada en los más precarios. O, para citar la lectura

43 Sandro Mezzadra y Brett Neilson, *The Politics of Operations: Excavating Contemporary Capitalism* (Durham, NC: Duke University Press, 2019).

44 Ann Laura Stoler, *Duress: Imperial Durability in Our Times* (Durham, NC: Duke University Press, 2016).

de Ann Stoler de Frantz Fanon, la economía del agotamiento es una forma de poder que «deja una cicatriz a lo largo del tejido social y que nos afecta a todas de forma diferente».⁴⁵

La maraña del *undergig*

Cuando hablamos del *undergig* rara vez se trata de un «nosotras», aunque se trata de la pobreza en todas sus vertientes. Son aquellas personas que se ven afectadas por la espiral de la pobreza de una manera aparentemente circular —no es un flujo de capital claro y lineal, o de dominados contra no dominados—. Las personas que se quedan «allá abajo» y «debajo» son pobres y están deslocalizadas. Por su parte, las personas que conforman la economía colaborativa también son pobres —no necesariamente pobres de la misma manera, pero están atrapadas en la misma espiral de proliferación de la pobreza—. Ser mujer, pobre y no blanca aumenta en gran medida tus posibilidades de que acabes teniendo un trabajo en el *undergig*, quizás antes que otras personas. Pero este «lugar hundido» del trabajo digital es espacioso; allí también pueden encontrarse hombres blancos. La pobreza se extiende en forma de espiral y aprieta las tuercas alrededor de los que se ven empujados a los límites de la vida. La pobreza es una condición que se legitima a través de la clase y aumenta y retroalimenta el privilegio. La promesa de la economía colaborativa es que podrás encontrar un «trabajo de verdad», que podrás salir adelante sin quedar atrapado en ningún sitio mientras estás cada vez más «jodido».

Los que tienen estos *undergig* pueden tener un empleo estable a lo largo del tiempo, pero a menudo

45 *Ibid.*, 8.

asumen las condiciones de explotación insostenibles, a veces invisibles, que amparan la precariedad de los trabajadores de la economía colaborativa. Y como quedan fuera de la crítica marxista de las economías colaborativas son más difíciles de imaginar como un cuerpo organizado. Los trabajadores de la economía colaborativa, por otro lado, pueden participar en sindicatos de autónomos, iguales que los colectivos de las nuevas plataformas. Esto no significa que el trabajo colaborativo no sea explotador. Más bien, el conjunto de trabajadores de la economía no colaborativa que están más explotados desempeña un papel vital en la creación de las tecnologías que son necesarias para que exista la economía colaborativa.

Los que tienen estos trabajos *undergig* son también los participantes involuntarios, o no compensados, de las operaciones del capital. Son los que hacen posible una miríada de artefactos e infraestructuras y, sin embargo, no obtienen ningún beneficio de ello sino las máximas dificultades por su trabajo precario. Son los migrantes, los niños maltratados y los muertos criminalizados cuyas imágenes se utilizan para hacer pruebas con la tecnología de reconocimiento facial para que tú puedas desbloquear tu smartphone con una simple mirada.⁴⁶ Son los indigentes negros de San Francisco cuyos cuerpos se explotan y se apropián para que el software de reconocimiento facial sea más inclusivo (y para que la vigilancia sea más precisa).⁴⁷ La

46 Os Keyes, Nikki Stevens y Jacqueline Wernimont, «The Government Is Using the Most Vulnerable People to Test Facial Recognition Software», *Slate*, 17 de marzo de 2019, <https://slate.com/technology/2019/03/facial-recognition-nist-verification-testing-data-sets-children-immigrants-consent.html>.

47 Sean Hollister, «Google Contractors Reportedly Targeted Homeless People for Pixel 4 Facial Recognition», *The Verge*, 2 de octubre de 2019, www.theverge.com/2019/10/2/20896181/google-contractor-reportedly-targeted-homeless-people-for-pixel-4-facial-recognition.

monetización y la desposesión de vidas que ya son precarias son fundamentales para el Estado de seguridad. El reconocimiento facial, después de todo, es una tecnología que está diseñada para reconocer, recordar e identificar el rostro del Otro. Y este proceso hace visible al Otro, expuesto a prácticas de control y a operaciones de extracción. Aquellas que tienen estos trabajos *undergig* representan una mina aparentemente inmensa en la reproducción del capital y del Estado y en su gestión de las poblaciones.

El *undergig* se reproduce a través de los cambios en las relaciones geopolíticas, las mutaciones de la opresión y dentro de las fronteras nacionales regionales. Las economías digitales conservan esta dislocación, pero en industrias como el trabajo en los *call centers*, la moderación de contenidos y otras subcontrataciones digitales. Los objetos digitales viajan dejando atrás las vidas de los trabajadores,⁴⁸ mientras que los trabajadores del *undergig* que están implicados en la producción de estas nuevas mercancías, las que permiten el trabajo de la economía colaborativa, pueden resultar invisibles en las exploraciones críticas de los elementos novedosos de la economía colaborativa, precisamente porque su trabajo parece anacrónico.

La economía del agotamiento funciona a través de la producción y la reproducción del *undergig*. Tomemos, por ejemplo, a Walmart, a menudo considerada como la «mayor empresa del mundo». Podríamos pensar que Walmart produce una «subclase particular», los trabajadores flexibles que trabajan en sus almacenes, en sus servicios de entrega y en sus cadenas de suministro. Por debajo de este trabajo también podríamos

48 Kalindi Vora, *Life Support: Biocapital and the New History of Outsourced Labor* (Minneapolis, MN: University of Minnesota Press, 2015).

pensar en los trabajadores empleados en las fábricas de los productos dirigidos al consumo que se venden en la plataforma de Walmart, en los ingenieros y diseñadores de Asia que tienen trabajos flexibles en los que no hay seguro médico, o en los trabajadores de las plantaciones de aceite de palma de Indonesia, cuya mano de obra y tierras se usan para la producción de bienes baratos y que, a su vez, «alimentan» a esos empleados de Walmart. Todos estos empleados representan a los participantes en el *undergig*; tal y como ha sugerido Lily Irani, la invisibilización de esta mano de obra hace un gran trabajo cultural para las plataformas, que no se sitúan simplemente al lado de las corporaciones tecnológicas de Silicon Valley.⁴⁹

El *undergig* se crea a través de la explotación de las asimetrías de poder que, tradicionalmente, se describen utilizando conjuntos problemáticos de categorías que consisten en dos o tres términos interrelacionados: dentro y fuera de la frontera, el norte y el sur global; primer, segundo y tercer mundo; Estados-nación desarrollados y en desarrollo; economías formales e informales; modos de producción capitalistas y no capitalistas.

En otras palabras, el capital integra y reintegra a los trabajadores en los acuerdos laborales que tanto reproducen la vida social, como producen y facilitan la acumulación de riqueza social. Sin embargo, el *undergig* es un tipo de trabajo infravalorado, subestimado y, en la mayoría de los casos, invisible; asegura lo suficiente para sostener la vida de los que emplea en condiciones de empobrecimiento.

49 Lily Irani, «The Cultural Work of Microwork», *New Media & Society* 17, no.5 (2015): 720–739.

Es fundamental que vayamos más allá de la perspectiva de los Estados-nación y de las capitales con denominación nacional como unidades básicas del orden mundial imperial.⁵⁰ El *undergig* nos empuja a pensar en los procesos de inclusión diferencial entre lugares, contextos y actores. Vincula un conjunto de entidades y modos de actuación que ni están territorialmente confinados por las ya porosas fronteras del Estado-nación, ni se configuran como capitales claramente separadas. Intentamos complejizar la visión de que existe algo así como la desigualdad y la explotación a lo largo de claras líneas de clase, género y raza o a lo largo de divisiones geográficas, digamos norte o sur, u occidente y no occidente, pero sin sacrificar una crítica de las formas en que la desigualdad y la explotación se hacen más intensas para los cuerpos que se ven obligados a habitar las zonas precarias de estos ejes. El *undergig* es el peso insopportable de la vida contemporánea, una espiral que se extiende siempre hacia fuera en el consumo de mundos de vida que están listos para ser tomados pero que son lo suficientemente obstinados como para amenazar su perpetuación.

El *undergig* contiene en su interior un tipo de trabajo más antiguo que es anterior a la aparición de la economía colaborativa y a la plataformización: la extracción de recursos, el trabajo en las fábricas, la producción de productos electrónicos en Asia (a su vez reducida a menudo a China, que, a su vez, se entiende a través del tropo de Foxconn). Hay una suposición inherente a esta lógica de que existen diferencias geográficas y temporales que mantienen separadas estas formas de explotación, aunque sean interdependientes; Asia (o el sur global) tiene formas «antiguas»,

50 Mezzadra y Neilson, *The Politics of Operations*, 100.

atrasadas, de explotación laboral, que son propias de una era anterior de la industrialización, en las que se basan las formas «más nuevas» de explotación laboral que se dan en Occidente, en el «norte global» —un eco de las críticas que los estudiosos de la subalternidad han hecho con respecto al desarrollo político y capitalista en el tercer mundo—.⁵¹

Aunque la distribución asimétrica de estas formas de explotación es indudablemente cierta, como afirman nuestros precursores de los estudios poscoloniales, nuestro objetivo aquí es «hacernos a un lado» y salir de los tropos del «progreso lineal» de la explotación laboral. En concreto, nos preguntamos cómo la perdurabilidad (aunque contaminada) de la promesa de la «buena vida»⁵² legitima la proliferación de una espiral de explotación y pobreza, de ida y vuelta, de entrada y salida; una promesa que hace un mal uso de las reivindicaciones temporales o espaciales de la diferencia (en vez de alisarlas).

Las empresas que conforman las economías colaborativa y de plataforma del capitalismo digital distribuyen el agotamiento y el enriquecimiento, a veces en formas que siguen los antiguos patrones del imperio y a veces en formas diferentes. Extraen el excedente de la mano de obra devaluada en las zonas rurales agotadas de Estados Unidos, o en las cárceles, o en la India, para etiquetar y cribar a través de imágenes para el aprendizaje automático. O, tal vez, utilicen la inteligencia artificial, usando granjas de servidores que están situadas cerca de la energía y del agua en zonas más frías cercanas al Círculo Polar Ártico, con el

51 Dipesh Chakrabarty, *Provincializing Europe: Postcolonial Thought and Historical Difference* (Princeton, NJ: Princeton University Press, 2000).

52 Berlant, *Cruel Optimism*.

objetivo de conseguir una forma óptima de diseñar la producción «sostenible» de aceite de palma en Indonesia. Esta es la proliferación del *undergig* fragmentado. El trabajo de la economía colaborativa está oculto por la distancia y es realizado de forma desproporcionada por mujeres precarias y personas de color; además, se desarrolla en tierras de cultivo y bosques lejanos, y usa animales cuyas vidas se hacen aún más miserables por la necesidad de los trabajadores precarios de tener carne barata, comida barata y sustento barato.

Las grandes empresas tecnológicas subcontratan en la India los trabajos de programación personalizados; además, usan las cárceles de Singapur como lugares en los que experimentar con la tecnología de reconocimiento facial porque las condiciones de trabajo de estos lugares son demasiado precarias para los codificadores y los reclusos.

Los algoritmos no hacen el trabajo por sí mismos; dependen de los cuerpos y de la experiencia de personas precarias. Su software informático puede programar un viaje, pero es un ser humano el que debe construir el coche en Flint. Puedes hacer clic en «comprar» para adquirir unos zapatos nuevos, pero alguien tiene que extraer ese carbón para que el envío sea gratuito (Amazon envía 1 millón de artículos al día). Los algoritmos pueden detectar la pornografía infantil en una foto de Facebook, pero es un trabajador humano en Delhi el que debe presenciar los abusos a menores para etiquetar ese contenido como demasiado traumático para los espectadores. El creciente *undergig* soporta

el dolor para que un porcentaje cada vez más pequeño del sobrecomún⁵³ sienta placer.⁵⁴

Y no es que los antiguos trabajos de mierda hayan desaparecido. Más bien, se están complementando con nuevos trabajos de mierda que tampoco son muy fiables. Por eso llaman «conserjes de datos» a los etiquetadores de datos y a los clasificadores de imágenes: limpian la mierda de tu vida digital. Si lo que se exporta son menos imágenes perturbadoras en Facebook o carbón más barato, lo que se importa depende de un tipo de trabajo poco fiable: la precariedad digital y el *undergig*.

53 Traducción libre de *overcommons*: la clase social con trabajo muy bien remunerado [N. del T.].

54 Harney y Moten, *The Undercommons*.

3

TECNOTÓXICO

La fabricación de productos electrónicos es tóxica e incapacitante. Algunas de las tareas más cruciales dentro de la fabricación tecnológica se siguen realizando a mano. El *undergig* que se da en la producción de electrónica es íntimo; a menudo, se limita a la relación entre metal y piel (y, sin embargo, paradójicamente, es el ser humano el que se vuelve tóxico para la tecnología: los pasos clave en la fabricación de dispositivos electrónicos tienen que ejecutarse en salas limpias, con trabajadores envueltos en trajes de protección). Aunque la automatización se ha hecho cargo de parte de este trabajo, no se ha hecho cargo de todo el trabajo; la escala de la demanda de los circuitos y de los dispositivos que los utilizan sigue el ritmo de la necesidad de cuerpos humanos y de capital humano para alimentar la economía de la anticipación, el crecimiento y la expansión.

Incluso los «buenos» empleos digitales (los de la industria tecnológica que no son tóxicos, que están bien pagados y en los que existe la posibilidad de progresar) siguen siendo precarios; al igual que la buena

vida, los buenos empleos tienen ahora una cualidad fantasmática que está definida por las frecuentes reestructuraciones y los despidos. Y estos son los trabajos que la gente lucha por conseguir y mantener. El cuerpo del trabajador paga el precio; el estrés, las enfermedades y la salud mental pasan factura. La economía del agotamiento produce cantidades masivas de discapacidad a lo largo de sus circuitos. También produce enormes cantidades de desechos tóxicos.

Más que la propia electrónica, la toxicidad es el mayor producto de exportación de la economía tecnológica. Por eso nos ocupamos de cómo la toxicidad —la propagación del daño ambiental y la vulnerabilidad en la economía del agotamiento— es la condición de la producción digital actual.

La toxicidad opera como una metáfora: las culturas dominantes de los videojuegos propagan la «masculinidad tóxica»; la agresividad de los directores generales de las start-ups perpetúa la cultura laboral «tóxica» de la tecnología; las propiedades de las instituciones financieras con dificultades pueden ser «activos tóxicos».⁵⁵ Estos usos retóricos señalan cómo la idea de invasión e infección corporal se va entretejiendo en nuestro discurso tecnológico contemporáneo, incluso cuando la tecnología digital pretende ser incorpórea, suave y limpia.

Sin embargo, es algo más que una metáfora. La toxicidad se entierra en la carne cuando la gente respira sus partículas evanescentes. El profundo trabajo etnográfico de Brett Walker sobre el envenenamiento por metales pesados en Japón nos enseña que las toxinas industriales no tienen fronteras: sus rastros

55 Mel Chen, «Unpacking Intoxication, Racialising Disability», *Medical Humanities* 41, no. 1 (2015): 25–29.

pueden encontrarse en las muertes por contaminación de insecticidas, en los envenenamientos por la minería de cobre, zinc y plomo, o en las deformidades congénitas que resultan de los efluentes de las fábricas de metilmercurio.⁵⁶ Todos ellos preceden y aseguran la era del dominio digital.

¿Qué podría significar pensar la toxicidad y la producción de cuerpos no aptos como una figura potente para entender al sujeto? La purga de la toxicidad se imagina como una forma de restablecer la pureza del sujeto. Al igual que la toxicidad está en todas partes, también lo están los intentos de purgar al cuerpo de ella: limpiezas con zumos, limpiezas de agua, limpiezas de hierbas, limpiezas de colon, limpiezas digitales... Pero, como nos recuerda Alexis Shotwell en *Against Purity*, no hay una forma fácil de inmunizarnos contra nuestros pasados impuros y nuestros presentes cómplices.

Muchas de nosotras somos colonos que vivimos en tierras nativas que no nos han cedido sino que han sido robadas mediante prácticas coloniales genocidas. Alimentamos a los animales domésticos con más comida de la que tienen las personas hambrientas, y gastamos dinero en las necesidades médicas de los animales domésticos mientras comemos carne de granjas industriales y rociamos nuestro césped con pesticidas que producen cáncer en los animales domésticos [...] No podemos mirar directamente al pasado porque no podemos imaginar lo que significaría vivir responsablemente hacia él. Anhelamos futuros diferentes, pero no podemos imaginar cómo llegar a él desde aquí. Tal vez seamos hipócritas, pero esa derogación no abarca la naturaleza del problema que nos plantea la complejidad. El «nosotras» en cada uno de estos casos cambia, y la complicidad tiene un peso diferencial con nuestra posición social: las personas que se benefician de la

56 Brett Walker, *Toxic Archipelago: A History of Industrial Disease in Japan* (Seattle, WA: University of Washington Press, 2010).

desigualdad globalizada son, en su mayoría, el «nosotras» de este párrafo. Las personas no son igualmente responsables o capaces, ni tampoco tienen la misma responsabilidad de responder ante ello.⁵⁷

No existe una purificación para la precariedad o para nuestro papel particular en su mantenimiento.

Toxicidad en cada paso del proceso

No es ningún secreto que la compra de dispositivos digitales financia atrocidades contra las trabajadoras y los derechos humanos. Nuestros dispositivos se basan en mano de obra y materiales que apoyan estructuras de explotación y violencia. Cada paso del proceso de producción expone a las trabajadoras a una forma diferente de toxicidad.

Comienza con la instrumentalización de la tabla periódica; los metales raros son materiales esenciales para dispositivos digitales que son cada vez más pequeños y potentes. El mapa de los metales raros cambia la geopolítica de los lugares donde se practica la minería, ya que las naciones se pelean por controlar la extracción de los materiales que son esenciales para la producción. Las nuevas industrias de extracción de metales se injertan en paisajes anteriormente colonizados (América Latina, África, Australia); comprometen los cuerpos de los mineros que están expuestos a estos metales, mientras los países compiten entre sí para controlar estos mercados crecientes. Además, la producción de productos electrónicos requiere la extracción de minerales en bruto de gran valor: el oro y las «3T» (tungsteno, estaño y tántalo). Los dispositivos digitales que se encuentran en las estanterías

57 Alexis Shotwell, *Against Purity: Living Ethically in Compromised Times* (Minneapolis, MN: University of Minnesota Press, 2016), 6–7.

de tu almacén de Amazon más cercano, o que están cómodamente en tu bolsillo, son posibles gracias a los vínculos que hay entre las industrias mineras de metales y los desechos imperecederos de la basura imperial.

A continuación, podríamos pensar en cómo el montaje de los dispositivos también pone en peligro a los trabajadores ya que los expone a las toxinas. Las cadenas de suministro y la cadena de montaje global convergen en los cuerpos de los asiáticos (a menudo mujeres) cuando ensamblan los componentes tóxicos de los dispositivos que tienen alta demanda. Sus capacidades reproductivas y vitales pagan el precio de la electrónica omnipresente. Una de las empresas más ricas del mundo, Apple, tiene los mayores márgenes de beneficio de la industria, que son posibles gracias a la mano de obra de trabajadores que enferman, que pierden la capacidad de tener hijos o que han tenido hijos con graves discapacidades después de trabajar en sus fábricas. La economía de agotamiento exporta toxicidad para importar dispositivos más baratos a partes del mundo lo suficientemente privilegiadas como para comprarlos.

Los recientes proyectos de modernización de las industrias manufactureras en las regiones costeras de China tienen como objetivo eliminar la ineficiencia humana de la ecuación. Mientras China se ocupa de modernizar sus fábricas para convertirlas en plantas de alta tecnología, Estados Unidos se esfuerza por «recuperar» el eslogan «*Made in America*». Las ciudades industriales estadounidenses importan toxicidad. Presionados por la reelección, los políticos reclaman la vuelta a la economía manufacturera. En 2017, la ciudad de Janesville, Wisconsin, hizo una gran campaña para atraer a su pequeña ciudad una fábrica de Foxconn que

sustituyera a una planta de Ford que había cerrado y en la que sus trabajadores estaban sindicados. Esta planta nunca se construyó, pero si hubiera tenido éxito, el tipo de empleos que habrían tenido estos trabajadores los habría expuesto a la toxicidad. Esta promesa de volver al «*Made in America*» existe en paralelo a las desoladas fábricas de circuitos integrados de California, que han sido abandonadas como vastos lugares para que el Superfondo⁵⁸ se haga cargo de ellas.⁵⁹

Después de comprar y usar los productos electrónicos, los consumidores interactúan con plataformas como Facebook, que, a su vez, dependen de una mano de obra vulnerable y de bajo coste para realizar la crónica y espeluznante tarea de la moderación de contenidos. La labor de los moderadores de contenidos consiste en tener que vigilar y eliminar los contenidos tóxicos: material sexualmente gráfico y violento (imágenes o referencias a la pedofilia, la necrofilia, el maltrato animal, las decapitaciones, los suicidios, los asesinatos, etcétera). La moderación básica de Facebook suele subcontratarse a países como Filipinas e India por su familiaridad con las normas culturales anglosajonas como resultado de una historia de colonización y su disposición a aceptar salarios extremadamente bajos (del orden de 1 a 2,50 dólares por hora).

Los algoritmos de aprendizaje automático diseñados para detectar contenidos violentos, ilegales, inapropiados y perturbadores en la red no eliminan de forma simple y automática los medios que contienen

58 La ley federal de Respuesta, Compensación y Responsabilidad Ambiental (CERCLA por sus siglas en inglés), promulgada en 1980, y que es más conocida como la Ley del Superfondo, consiste en la creación de un programa para identificar y limpiar los vertederos de residuos peligrosos en los Estados Unidos [N. del T].

59 Andrew Ross, *Bird on Fire: Lessons from the World's Least Sustainable City* (Oxford: Oxford University Press, 2011).

pornografía infantil de internet. Por el contrario, esos medios se envían a los moderadores de contenidos, que determinan si los contenidos marcados contienen o no casos de pornografía infantil. Los servicios de redes sociales hacen que los trabajadores pobres y mal pagados de Filipinas y la India se dediquen a moderar los contenidos violentos o gráficos que están en la red.⁶⁰ A menudo, lo hacen en detrimento de su propia salud mental y emocional, para que nuestros timelines y nuestros feeds puedan seguir siendo relativamente inocuos. Este tipo de trabajo no regulado y no sindicado no es ajeno a los trabajadores de Estados Unidos. Más del 5% de los trabajadores de ese país dependen de este tipo de trabajo colectivo de las empresas tecnológicas.⁶¹

Como ha argumentado Mitali Thakor, la incorporación de algoritmos de detección de abusos a menores por parte de las fuerzas de seguridad ha creado un nuevo ecosistema híbrido de trabajo mecánico que no se limita al trabajo de los agentes de la ley tradicionales, sino que incluye de forma más amplia los algoritmos y los ordenadores que los manejan, los programadores y los expertos en programación, además de los moderadores de contenidos y las fuerzas de seguridad.⁶² Las instituciones policiales justifican la asignación de recursos a estos ecosistemas híbridos de «detectives algorítmicos» mediante una apelación racialmente

-
- 60 Adrian Chen, «The Laborers Who Keep Dick Pics and Beheadings Out of Your Facebook Feed», *Wired*, 23 de octubre de 2014, www.wired.com/2014/10/content-moderation/; Ciaran Casidy y Adrian Chen, «The Moderators», *Field of Vision*, Abril de 2017, <https://vimeo.com/213152344>.
 - 61 Mary L. Gray y Siddharth Suri, *Ghost Work: How to Stop Silicon Valley from Building a New Global Underclass* (Boston, MA: Houghton Mifflin Harcourt, 2019).
 - 62 Mitali Thakor, «Digital Apprehensions: Policing, Child Pornography, and the Algorithmic Management of Innocence», *Catalyst: Feminism, Theory, Technoscience* 4, no. 1: 1–16.

excluyente a la inocencia de los niños, en la que la inocencia se confiere siempre a las víctimas potenciales de las fotografías a través de una evaluación sutil y casi inconsciente de su proximidad a la figura de un niño blanco ideal.⁶³

Es tentador pensar en todo esto en términos de una relación desigual entre el norte global, como exportador de toxicidad, y el sur global, que sería el lugar al que se exporta. Esto sería una simplificación excesiva, pero no se puede negar que las poblaciones excedentes de todo el mundo suelen ser los sujetos de prueba más precarios que sirven a la economía del agotamiento. Y la división cardinal del globo no es suficiente, como atestigua la proliferación de la toxicidad en las zonas de agotamiento.

Examinar la precariedad en nuestro momento contemporáneo es estar en sintonía con los daños, los obstinados restos (o recordatorios) de los modos de poder invertidos en la gestión diferencial de los mundos de vida humanos y no humanos.

Fairchild Semiconductor Corporation

No pasemos por alto cómo la toxicidad también se vierte sobre la gente de color y otras poblaciones precarias a nivel interno, es decir, también dentro de los territorios del norte global. Estos territorios y sus poblaciones pueden convertirse en laboratorios para probar los resultados de los procedimientos tóxicos. Están lo suficientemente cerca como para ser estudiados, además de que son lo suficientemente precarios como para carecer de poder de objeción y, sin embargo, se mantienen a cierta distancia, internamente, en el vientre del, supuestamente, norte global protegido.

63 *Ibid.*

Consideremos, por ejemplo, que un estudio realizado en 1970 sobre la correlación entre defectos de nacimiento y radiación, concretamente la procedente de las minas de uranio entre los trabajadores navajos del pueblo de Shiprock, descubrió que la «asociación entre los resultados adversos del embarazo y la exposición a la radiación eran débiles», pero que «los defectos de nacimiento aumentaban significativamente cuando alguno de los padres trabajaba en la planta de ensamblaje de productos electrónicos de Shiprock».⁶⁴ Se encontraron correlaciones similares en otras plantas de ensamblaje de California y en otros lugares. Los epidemiólogos sabían lo que la industria no quería saber: el sufrimiento de las mujeres y los bebés indígenas formaba parte de esta industria.

El laboratorio es el lugar en el que está la gente de color, los indígenas y los pobres. En Estados Unidos, la reserva es un espacio donde conviven estas tres identidades. Es el lugar donde se llevan realizado experimentos desde hace más de dos siglos. La planta Fairchild de Shiprock y otras similares han sido un espacio para múltiples tipos de experimentación con mujeres de color; también había una mina de uranio en las cercanías y una central eléctrica, operada por Kerr McGee (Karen Silkwood, una mujer blanca que sufrió una grave contaminación de órganos después de trabajar en Kerr McGee, denunció a esta industria tóxica y murió en un misterioso accidente de coche tras demandar a la empresa).

Por lo tanto, una mujer navaja que trabajara en la planta de electrónica de Fairchild Semiconductor

64 L.M. Shields, W.H. Wiese, B.J. Skipper, B. Charley, y L. Benally, «Navajo Birth Outcomes in the Shiprock Uranium Mining Area», *Health Physics* 63, no. 5 (1992): 542.

Corporation tenía más posibilidades de tener un hijo con malformaciones de nacimiento que si estuviera expuesta a la radiación. Pero las posibilidades de que le ocurriera esto si trabajaba fabricando semiconductores eran aún mayores.

Era legal exportar toxicidad a las mujeres navajas porque la planta se construyó en tierra indígena, ya que, como naciones soberanas, los navajos no se consideraban parte de EE.UU. y no estaban sujetos a las mismas leyes y protecciones. Se les obligó a recibir este material de importación a cambio de la exportación de los diminutos componentes que alimentarían cohetes, satélites, calculadoras y, finalmente, ordenadores. El Estado de Nuevo México en su conjunto tiene altos niveles tanto de toxicidad como de pobreza. Algunos de estos venenos eran, como el uranio, «nativos», e impulsaron el emplazamiento de laboratorios nacionales como el de Sandia y Los Álamos. Nuevo México ha sido un espacio que técnicos, expertos, empresarios, militares y políticos han imaginado como si estuviera vacío,⁶⁵ un lugar donde se podían probar las armas y crear prototipos de nuevos tipos de trabajo.

En 1984, la industria de los semiconductores estadounidense conoció los efectos de las prácticas de fabricación tóxicas en las trabajadoras cuando un estudiante de posgrado, que trabajaba también como funcionario de salud y seguridad en la empresa Digital Equipment Corp, le dijo a un joven profesor universitario, Harris Pastides, que las mujeres que trabajaban en esas plantas experimentaban tasas extremadamente altas de abortos. Digital Equipment Corp «aceptó pagar

65 Catherine Sue Ramírez, «Deus Ex Machina: Tradition, Technology, and the Chicanafuturist Art of Marion C. Martinez», *Aztlán* 29, no. 2 (2004): 55–92.

un estudio» que demostrara que esto era cierto; tres estudios posteriores lo confirmaron, y los resultados se comunicaron a la Asociación de la Industria de Semiconductores, que los ignoró.⁶⁶

Un reportaje fotográfico encargado por Bloomberg titulado «Estas mujeres están pagando el precio de nuestro mundo digital» muestra a las mujeres coreanas que sufren tumores cerebrales, cáncer y otras discapacidades como resultado de su trabajo en una enorme planta de Samsung.⁶⁷ Su trabajo es la base de la identidad de Corea del Sur como nación de alta tecnología. La precariedad que experimentan estas mujeres coreanas ya había ocurrido en las tierras de los nativos de Estados Unidos casi diez años antes.

Las reservas siempre han sido laboratorios económicos, de consumo de tabaco y de juego, de cosas que llamamos vicios, simplemente porque allí estos productos no estaban regulados. Estas zonas se convirtieron en lugares de experimentación para lo digital. De 1965 a 1975, 20 años antes de los estudios de Pastides y otros, casi 1000 mujeres trabajaron en la moderna planta de Fairchild Semiconductor en Nuevo México, en tierras de los nativos. Estas mujeres, junto con otras miles que trabajaban en las plantas de Fairchild en Asia y Estados Unidos, son las que construyeron las industrias digitales.

Fue la precariedad de las mujeres indígenas (que perdieron sus puestos de trabajo cuando la planta fue recuperada por los activistas del Movimiento Indio Americano) la que creó las condiciones de los trabajadores precarios en la Bahía de San Francisco. Al igual

66 Cam Simpson, «American Chipmakers Had a Toxic Problem. Then They Outsourced It», *Bloomberg Businessweek*, 15 de junio de 2017.

67 *Ibid.*

que sus hermanas indígenas, las mujeres de la Bahía tienen una tasa de cáncer de mama por encima de la media; nadie parece haber dado con la causa.

Silicon Valley exporta precariedad a lugares como Shiprock, Nuevo México, Filipinas, Corea y Malasia y, dado que la industria se construye sobre la precariedad, cambia de ubicación según la mano de obra sea más barata y rinda menos cuentas a la regulación. La precariedad de las mujeres indígenas produce muchos otros tipos de precariedad en las industrias digitales. El número de personas que duermen en coches, en tiendas de campaña, en caravanas —más bien personas de color, pero también pobres— en lugares como El Camino Real, que está cerca del campus de la universidad de Stanford, son un testimonio elocuente de la imposibilidad de vivir con dignidad en la Bahía, donde los bienes inmuebles son inalcanzables salvo para los ricos, pero donde se puede conseguir un trabajo como contratista y como autónomo.

El cuerpo es un laboratorio para la vida precaria; los cuerpos precarios son los sujetos de experimentación para ese gigante que es la extracción, dejando a su paso lugares, tierras y cuerpos marcados por la toxicidad. La toxicidad nunca es separable de la cuestión de quién o qué se acredita como humano.⁶⁸

68 Mel Y. Chen, «Toxic Animacies, Inanimate Affections», *GLQ: A Journal of Lesbian and Gay Studies* 17, nos 2–3 (2011): 265–286.

4

LA CRECIENTE INTENSIFICACIÓN DE LA PRECARIEDAD

A una persona que tiene un martillo todo le parece un clavo. A una persona que está en un laboratorio todo le parece un experimento. Los experimentos pueden variar en escala y lugar. Si la colonia es un lugar importante de experimentación, también lo es la ciudad. Sobre todo las partes de la ciudad que ya son el hogar de los más precarios. La publicidad de la ciudad como lugar de experimentación de la precariedad ofrece la oportunidad de desplegar retrospectivamente la *longue durée*⁶⁹ de la precariedad a través de una investigación sobre sus efectos compuestos y en espiral.

Pensemos en cómo una generación anterior de tecnologías industriales permitió la experimentación a escala de la ciudad, cuyos residuos aún están entre nosotros. Tomemos este ejemplo: Michigan es un centro clave de la industria del automóvil. En la posguerra, el automóvil fue uno de los componentes de un proceso de producción experimental que reestructuró el espacio de la ciudad. Los trabajadores que eran menos precarios se subieron a sus coches y emigraron a los

69 Larga duración [N. del T.]

suburbios, dejando el núcleo urbano agotado en cuanto a sus ingresos fiscales. La división entre los que huyeron y los que se quedaron atrás estaba fuertemente racializada.

De un modo bastante irónico, la industria automovilística no solo provocó experimentos en relación al espacio a lo largo de toda la ciudad que intensificaron la precariedad de aquellos que ya partían de una situación de desventaja, sino que ella misma se vio en ese momento atrapada en un experimento global de rediseño de la cadena de suministro para la fabricación elaborada. General Motors (la Apple Corp de los años 50), que en su día fue la corporación más grande y rentable del mundo, trató de mantener su dominio del mercado en la economía de la posguerra mediante la implementación de experimentos técnicos con robots que automatizaban las tareas, técnicas de gestión científica de la producción en cadena y la deslocalización de puestos de trabajo relativamente resistentes a la automatización.

Es una historia que no se ha contado demasiadas veces pero los actuales medios digitales en red nacieron, en parte, en lugares como las fábricas de GM, que fueron pioneras en procesos tecnológicos y científicos. La planta de producción se convirtió en un espacio experimental para «resolver el problema» del trabajo, dando así una vuelta de tuerca al espacio de autonomía que tenía el trabajo. Seguir siendo competitivos en la segunda mitad del siglo XX significaba intensificar la producción industrial sin el correspondiente crecimiento de la demanda de mano de obra manufacturera. La producción de más productos industriales con menos trabajadores se generalizó cada vez más a medida que el desempleo y su amenaza acechaban las

vidas de los empleados cuyos trabajos y familias se habían trasladado a los suburbios a finales del siglo XX.

La precariedad es una fuerza social, son vectores de dominación que se coagulan en forma de espiral. Gracias a las estrategias de ahorro de mano de obra que permitieron el crecimiento de las empresas en los períodos de intensa competencia entre fabricantes, la precariedad se ha generalizado cada vez más; se ha insinuado en las propias vidas incluso del subconjunto privilegiado de los trabajadores industriales que huyeron de las ciudades industriales, antaño muy pobladas, a los suburbios.

Sin embargo, hay que tener en cuenta que los primeros experimentos con la devaluación de la producción industrial se concentraron inicialmente en los cuerpos racializados y sexualizados de los trabajadores que ya eran precarios.

El «problema» del trabajo fue siempre también el problema de la raza. Los trabajadores negros fueron parte integral en el experimento laboral de la industria del automóvil. Fueron contratados para ser precarios —primero fueron excluidos de los sindicatos y luego fueron excluidos del liderazgo de los sindicatos—. Como trabajadores, fueron los primeros en entrar y los primeros en salir, además de que fueron relegados a los trabajos poco cualificados y, a menudo, peligrosos. En cierto sentido, fueron los precursores de la automatización. Todavía no existía la economía colaborativa, pero este laboratorio ensayó formas de abaratar el trabajo humano mediante su racialización.

Pero no olvidemos nunca la agencia de esos trabajadores. A finales de los años 60, en Michigan, los trabajadores negros revolucionarios se enfrentaron a sus propias direcciones sindicales blancas, a sus

jefes y a sus gobiernos locales. Su movimiento fue derrotado antes de que pudiera extenderse; además, la militancia negra solo aceleró la huida de los blancos y el agotamiento de los núcleos urbanos. Pero, durante un tiempo, fueron los trabajadores negros los que lideraron el movimiento de respuesta contra el laboratorio experimental del trabajo racializado y la precariedad.⁷⁰

La ciudad como laboratorio y las técnicas de experimentación que generan la precariedad tienen su prehistoria en la era predigital. Pero leer la ciudad como un cuaderno de laboratorio palimpsestico —estriado por inscripciones a medio marcar de las intensidades históricamente fluctuantes de la precariedad— nos permite ver cómo el deslizamiento por la espiral de la precariedad se acelera a medida que se hace más intensa y generalizada. Con cada nuevo experimento, la precariedad satura más intensamente las vidas de las personas que ya son precarias y, simultáneamente, atrae más vidas a las rampas de entrada de la espiral.

Irónicamente, el núcleo urbano agotado, en el que se acorraló a las comunidades negras, es ahora el lugar de una modalidad más reciente de precariedad. Las antiguas ciudades industriales agotadas se han convertido en lugares de gentrificación a medida que más industrias de la información intensiva e industrias creativas se han ido trasladando a los espacios urbanos y han empezado a atraer a ellas a los trabajadores del conocimiento. La lógica siniestra de la gentrificación, que en un principio se celebró como un intento de revitalizar las ciudades que antes estaban agotadas, ha conducido a la intensificación de la precariedad en las

70 Dan Georgakas y Marvin Surkin, *Detroit, I Do Mind Dying: A Study in Urban Revolution* (New York: Southend Press, 1998).

vidas de quienes ya apenas podían sobrevivir. Y eso fue antes de que el coste del alquiler y del café empezaran a dispararse.

Estas industrias digitales tratan a la ciudad como un laboratorio ampliado para diseñar aún más espirales de precariedad. Lo digital lo convierte todo en un lugar para la experimentación. Se basa en versiones beta que se lanzan y se prueban para que los usuarios tropiecen con errores y fallos que se «arreglan» incluso mientras se producen más fallos. En tanto «usuarios» no solo somos sujetos de prueba en un laboratorio; somos ayudantes de laboratorio no remunerados, que trabajan para que el software experimental de la red sea «mejor». Ser el usuario es también, siempre, ser el usado.⁷¹

La ciudad se convierte en algo programable; sus asistentes son reelaborados como código y retroalimentación en su pizarra en blanco. La industria del automóvil solía experimentar con los conductores que compraban sus productos, pero la defensa de los derechos de los consumidores limitó el grado en que los seres humanos vivos podían funcionar como maniquíes en las pruebas de choque. Sin embargo, con la industria tecnológica actual, el experimento social-técnico no regulado vuelve a ser la norma, y hasta ahora ha escapado a la regulación.

Nos acostumbramos a trabajar con una tecnología experimental que falla. Algunos fallos dan lugar a imágenes confusas en las pantallas de los ordenadores; otros hacen que las acciones se vendan erróneamente a un ritmo acelerado por algoritmos de alta frecuencia. Estos errores, que están tan integrados en la lógica de

71 Wendy Hui Kyong Chun, *Control and Freedom: Power and Paranoia in the Age of Fiber Optics* (Cambridge, MA: The MIT Press, 2008), 28.

la tecnología digital, afectan de forma desproporcionada a poblaciones que ya son vulnerables o producen nuevas experiencias de precariedad.

Cuando se despliega el laboratorio tecnológico, la precariedad engendra precariedad. Un caso perfecto para ilustrarlo es la crisis del agua de la ciudad de Flint, en la que la ciudad acabó por no poder suministrar agua potable a sus residentes, la mayoría de los cuales eran negros. Flint es una ciudad del núcleo industrial fordista. O lo era. La crisis del agua debe entenderse como producto de la prolongada historia de la crisis de la desindustrialización que se ha descrito anteriormente: una espiral de precariedad inducida por la huida de la gente blanca y la automatización que dejó a la ciudad sin ingresos fiscales para invertir en infraestructuras públicas y en su mantenimiento, y que obligó a la ciudad a contraer deudas imposibles de pagar.

La crisis del agua de Flint se precipitó por la decisión del Estado de Michigan de poner la ciudad bajo una gestión de emergencia en el año 2011. Tras revisar el estado de las finanzas de la ciudad en 2010, que reveló que la ciudad tenía un déficit de 14,6 millones de dólares, lo que suponía un aumento estimado del 45% de la deuda neta desde el año anterior. El gobernador de Míchigan, Rick Snyder, nombró en diciembre de 2012 a un gestor de emergencia, que no había sido elegido en ninguna de las elecciones anteriores, para que se encargara de las finanzas de la ciudad y equilibrara su presupuesto.

En abril de 2014 la crisis comenzó a acaparar la atención en las noticias locales apenas unos meses después de que la ciudad cambiara su fuente de agua al río Flint, una decisión que, supuestamente, solo sig-

nificaría para la ciudad cambiar de forma temporal a una fuente de agua barata. Sin embargo, abastecerse del agua de un río contaminado por la industria que atraviesa la ciudad no fue suficiente para provocar directamente la crisis. La decisión que marcó la diferencia en el caso de la crisis del agua de Flint fue, en última instancia, el resultado de la elección del gestor de emergencias de aplicar más recortes en los costes al no añadir anticorrosivos estándar al agua del río en sus instalaciones de tratamiento. Sin estos productos químicos añadidos, el agua, con una concentración muy alta de ácidos, empezó a atravesar las tuberías de plomo de la ciudad, que tenían décadas de antigüedad, corroyendo el óxido y el revestimiento protector que impedía que el plomo se filtrara en el agua que da vida a los habitantes de la ciudad.

Muy poco después de que la ciudad empezara a abastecerse de agua del río Flint, los residentes empezaron a quejarse de agua descolorida y maloliente, de erupciones en la piel después de ducharse y, eventualmente, de envenenamiento por plomo y de la presencia de bacterias *E. coli* y coliformes totales,⁷² así como de la presencia de productos derivados de la desinfección. Cuando gobiernos «con mentalidad empresarial» como el de Snyder dirigen a los municipios hacia la solvencia financiera a través de técnicas de austeridad, no nos podemos sorprender de que estos gobiernos estatales y locales parasitarios y sus financiadores sean directamente responsables de los problemas de salud que actualmente sufren los residentes de Flint.

En 2017, la ciudad de Flint contrató a la consultora de ingeniería AECOM por 5 millones de dólares para acelerar la implementación de un algoritmo de

72 Bacterias indicadoras de contaminación [N. del T.].

aprendizaje automatizado que pudiera predecir cuáles de las tuberías de agua de la ciudad necesitarían aún ser reemplazadas. El algoritmo solo acertó el 70% de las veces, pero inicialmente ahorró a la ciudad los recursos que habría gastado en investigar cada una de las tuberías que conectaba cada una de las casas con las infraestructuras municipales. La vida de los habitantes de Flint solo pudo protegerse siete de cada diez veces. Un algoritmo diseñado para salvar vidas también estaba empujando a otras personas hacia la toxicidad y la precariedad acelerada.

Las espirales de la precariedad giran y vuelven a girar. A medida que se sustituían más tuberías, el algoritmo empezó a detectar cada vez menos tuberías comprometidas, de modo que la ciudad tuvo que abandonar el algoritmo y volver a buscar a través de todo el pajar de la red de tuberías. Se trataba de una solución más cara que hizo que la ciudad se endeudara aún más. La precariedad que engendra la precariedad está mediada por la creciente desconfianza.

El laboratorio digital alimenta la desindustrialización y produce zonas concentradas de agotamiento, donde la pobreza deja a los residentes vulnerables a la exposición a las toxinas, donde los metales pesados circulan por las corrientes sanguíneas de los residentes, formando pequeños depósitos minerales en ciertos órganos vitales y erosionando el funcionamiento cognitivo. En este caso, los ordenadores no pueden inspeccionar las tuberías con tanto cuidado como los humanos, pero los ordenadores son mucho más baratos. Crean más precariedad para aquellos humanos que habrían realizado a mano el trabajo crucial de cuidar las infraestructuras. La exposición al plomo provoca problemas de salud

en cascada cuyos efectos degradan el bienestar a lo largo del ciclo de la vida humana, lo que, a su vez, agrava la pobreza, la deuda, la vulnerabilidad y las condiciones de precariedad *ad infinitum*: una intensificación cada vez mayor.⁷³

Como el giro de un tornillo, las espirales de la precariedad intensifican un proceso de exposición que está cada vez más cerrado. Sofocan y envenenan, desposeen y desplazan a poblaciones históricamente vulnerables. Una vez que la huida de las personas blancas deja a la ciudad sin apenas ingresos fiscales, y una vez que se extraen recursos de ciudades predominantemente negras y latinas como Flint, los gobiernos municipales y los actores empresariales inician un proyecto de reorganización urbana para atraer a la clase creativa. Los artistas, los músicos y los llamados centros de innovación no son más que la salva inicial del retorno de los blancos (gentrificación) a los centros urbanos, un retorno que se basa en la expulsión de las vidas de los negros y los latinos. El reverso del enriquecimiento de una zona es el agotamiento de otra.

Algunas heridas no se curan del todo. Tienen costras y cicatrices. Muchas son invisibles para todos menos para los que las llevan. Hay ciertas cosas que la vigilancia no quiere saber, o que cuando las sabe, se las guarda para sí misma. Los miembros de la comunidad de Flint sufren un trauma, que sugiere un envenenamiento que podría ser tanto espiritual como físico, además de una incapacidad para confiar en su infraestructura a pesar de que varios estudios confirman que

73 William Butler Yeats, «The Second Coming», en *The Collected Works of W.B. Yeats*, 2º ed, ed. Richard J. Finneran (New York: Scribner Paperback Poetry, 1996), 187.

los niveles de plomo y de materiales peligrosos en el agua son ahora aceptables para el uso residencial. La comunidad tiene muy poco en lo que confiar, excepto en sus propios aquelarres de cuidados, y a veces estos ni siquiera son suficientes. Podríamos decir, siguiendo a Samuel Beckett: no podemos seguir; seguiremos.⁷⁴

74 Samuel Beckett, *Molloy*, *Malone Dies*, *The Unnamable*, ed. Harold Bloom (New York: Chelsea House Publishers, 1998). [Ed. en cast.: *Molloy*, Alianza Ed., Madrid, 2006; *Malone muere*, Alianza Ed., Madrid, 2012; *El innombrable*, Alianza Ed. Madrid, 2012].

5

AUTOMATIZAR EL ABANDONO

La eficiencia es un espectro que a menudo se hace notar en los llamamientos a la automatización. La informatización del Estado del bienestar, que comenzó en la década de 1970, se celebró como un intento de hacer que el sistema fuera más eficiente. Una burocracia ágil y digitalizada ofrece la seductora promesa de que el Estado ahorrará en fondos públicos, prestará un mejor servicio a sus beneficiarios al eliminar la toma de decisiones subjetivas y la corrupción, y simplificará procesos tan diversos como la presentación de solicitudes y de reclamaciones.

La demanda política a partir de la cual creció el Estado del bienestar se guió por el *principio de superación gradual del sufrimiento innecesario*. Aunque ese principio pudo ser en su día la luz que guiaba cierto tipo de movimiento obrero reformista y gradualista, la precariedad de la vida es algo inevitable. A medida que envejecemos, las probabilidades de supervivencia aumentan. Habrá sufrimiento, habrá precariedad; imaginar lo contrario es demasiado romántico y utópico.

En gran parte del mundo enriquecido, e incluso más allá, los movimientos obreros reformistas lucharon por integrar este tipo de principio ético socialista en formas de atención administrada e institucional que llegaron a llamarse colectivamente Estado del bienestar. Tales inversiones en los cuidados públicos condujeron a la construcción de sistemas nacionales de salud, pero también a la asistencia pública del cuidado de las personas mayores, la atención a la diversidad, etcétera. Tampoco se limitó a los ancianos. En algunos países, se extendía a todas las etapas de la vida, desde el nacimiento hasta la educación, el trabajo, la jubilación y la muerte.

La debilidad del movimiento obrero estadounidense, que estaba plagado de racismo, hizo que este programa no se aplicara tan a fondo en el más rico de los mundos ricos. Aun así, proyectos de ingeniería social a gran escala como el New Deal y la Great Society trataron de aliviar la pobreza complementando el salario con prestaciones, e incluso proporcionando el propio salario en caso de desempleo, jubilación o invalidez.

Dicho esto, Precarity Lab no siente una nostalgia especial del Estado del bienestar social de la posguerra. Como la mayoría de las instituciones, las del Estado del bienestar social encarnaban agendas mixtas e incluso antitéticas. El bienestar social funcionaba principalmente para la reproducción de la mano de obra con el objetivo de que esta pudiera reproducir el capital. Estaba plagado de exclusiones raciales; insistió en modelos normativos de género y sexualidad y consagró el modelo de familia patriarcal como norma. Además —y esto no es de extrañar— los Estados del bienestar también funcionaron como laboratorios. Eran lugares de experimentación sobre los

atributos físicos y mentales de los cuerpos. La asistencia social disciplinaba a los posibles beneficiarios condicionando su elegibilidad según su adhesión a la respetabilidad, a una estructura familiar heteronormativa y a ciertos requisitos relacionados con el trabajo. Los administradores y los expertos desempeñaron ciertas funciones de control de acceso, obligando a las personas precarias en particular a disfrazar el comportamiento y el lenguaje que abriría la puerta a la asistencia para la vivienda, a una beca o al acceso a la transición médica de género.

La raza, el género, la capacidad y la sexualidad se han utilizado para distinguir entre los «elegibles» y los «no elegibles». La red de seguridad siempre ha tenido agujeros lo suficientemente grandes como para que ciertas categorías de personas, que ya llevan una vida precaria, puedan caer por ellos.

Dos generaciones de gobernanza de la austeridad han erosionado incluso estas formas comprometidas del Estado del bienestar social en aquellas partes del mundo enriquecido que, de alguna manera, podrían habérselas permitido. La eliminación gradual del sufrimiento innecesario ya no es la luz que guía a todos. Pero puede existir algo más que el cambio neoliberal hacia soluciones basadas en el mercado y en el racionamiento de la austeridad.

Hoy en día, es posible adoptar una visión aún menos «caritativa» del propósito y la función del Estado del bienestar social, especialmente teniendo en cuenta los recientes experimentos con la tecnología que ha sido diseñada para actualizar y automatizar la gestión de la asistencia pública. Podríamos incluso preguntarnos si lo que queda del Estado del bienestar social ya no tiene siquiera la misión de eliminar el sufrimiento innecesario, sino de utilizar

las técnicas de vigilancia digital para exacerbar el sufrimiento como medio de control y extracción de rentas.

Automatización de la lenta ineficacia de la burocracia

La toma de decisiones a través de algoritmos sustituye la discrecionalidad humana, y a veces la humanidad, de los burócratas estatales, como son los asistentes sociales y los tramitadores de reclamaciones.⁷⁵ Los seres humanos no son buenos calculando datos en comparación con las máquinas, pero se puede negociar con ellos —pueden tener compasión—. Esto no quiere decir que siempre lo hagan —sus decisiones no siempre serán menos racistas o sexistas que las de los algoritmos—, pero tienen la posibilidad de hacerlo.

Sin embargo, estas fantasías sobre la «solución rápida» tecnológica a la costosa lentitud de la toma de decisiones del gobierno oscurece una cuestión fundamental: ¿eficiencia para quién y a costa de quién? La automatización de la administración de las prestaciones públicas actúa como un acelerador encubierto de la austeridad que ahoga los programas sociales y que, al mismo tiempo, hace que al armazón de los diversos programas que componen el Estado del bienestar solo le quede el nombre.

Un algoritmo de detección de fraudes del Departamento de Agricultura de EE.UU. determinó recientemente que un tendero de la ciudad de Nueva York que se acogía a un programa de asistencia alimentaria estaba vendiendo artículos a crédito a los clientes de su tienda.⁷⁶ El

75 Los burócratas crean reglas y procedimientos formales para determinar quién es elegible y quién está dentro de los programas de asistencia pública, mientras que los ordenadores se limitan a ejecutarlos. Virginia Eubanks, *Automating Inequality: How High-Tech Tools Profile, Police, and Punish the Poor* (New York: St. Martin's Press, 2017).

76 H. Claire Brown, «How an Algorithm Kicks Small Businesses Out of the Food Stamps Program on Dubious Fraud Charges», *The Counter*, 8 de

tendero permitía a los miembros de la comunidad obtener alimentos a crédito cuando ya habían agotado sus beneficios, y les cobraba por lo que necesitaban para subsistir hasta que sus beneficios se reponían para el resto del mes. La tienda de comestibles no recibió elogios por proporcionar los alimentos necesarios para sobrevivir a los miembros de la comunidad, sino que se le prohibió participar por completo en el programa de asistencia alimentaria SNAP. Esto no solo redujo los ingresos del tendero, sino que también afectó ampliamente a las vidas de los miembros de su comunidad que tenían bajos ingresos. En este caso, el *undergig* que permite distribuir las prestaciones sin registro ni vigilancia es castigado por dar un servicio, un complemento necesario cuando la asistencia social está totalmente quebrada.

Mediante la automatización de la burocracia, las «prestaciones» pueden actuar como técnicas de extracción que aparecen bajo una piel de cordero neoliberal, encubriendo el astuto desmantelamiento del Estado del bienestar bajo la apariencia de una gestión tecnocrática eficiente. Las tecnologías digitales que están diseñadas para dejar obsoleta la labor burocrática reproducen, con demasiada facilidad en el mejor de los casos, las desigualdades estructurales existentes, si es que no expulsan completamente a la gente de los programas de asistencia pública.

La cuestión de la asistencia pública: del receptor elegible al beneficiario

La función disciplinadora de determinar quién tiene derecho a las prestaciones también sigue persistiendo en condiciones de eficiencia automatizada.

octubre de 2018, <https://thecounter.org/usda-algorithm-food-stamp-snap-fraud-small-businesses/>.

Nuestra atracción por alterar la burocracia a través de la eficiencia impulsada por la tecnología nos distrae del impacto de un sistema que decide si las personas reales son «elegibles» o «no elegibles» para recibir ayudas públicas a partir de capas de abstracción que, en última instancia, se pueden reducir a una lógica que está libre de cualquier elemento humano, y que tiene el objetivo de hacer perfiles binarios «no elegibles».

Los algoritmos de aprendizaje automático pueden dar al perfil binario una valencia de probabilidad pero, en última instancia, es un umbral de semejanza el que determina si alguien está incluido o no en el conjunto de los elegibles. Dado que la inteligencia artificial es, en última instancia, un análisis estadístico que tiene un alto grado de computación, al principio del proceso nunca se es totalmente elegible o no elegible. En su lugar, se determina que los datos sobre el comportamiento individual se corresponden, más o menos, con modelos estadísticos predeterminados de elegibilidad y no elegibilidad. Si el perfil de una persona se corresponde con el modelo de elegibilidad, más allá de un cierto grado de probabilidad que supere un umbral mínimo, por ejemplo, el 95%, se le considerará como elegible.

Los «beneficiarios», que ya son personas precarias, suelen verse expulsados de los programas de asistencia social y se les impide negociar con las oficinas estatales que dicen estar ahí para atenderlos. Transferir a las máquinas la autoridad para tomar decisiones sobre la elegibilidad de la asistencia pública de las personas hace que negociar con los responsables de tomar estas determinaciones parezca imposible. La persona, abandonada por el Estado del bienestar automatizado, se enfrenta a un nuevo objeto, la tosca

interfaz del Estado. En consecuencia, ya deja de ser un sujeto, precisamente porque se le ha prohibido la alegación, la conversación y la negociación —la mayoría de las veces, no es la primera vez que le ocurre—.

Por ejemplo, si un paciente de Medicaid supera la ronda de eliminación de elegibilidad de la determinación algorítmica, se enfrenta al portal del paciente. Los portales de pacientes y los formularios en línea son una locura y una exigencia aterradora; requieren tipos específicos de navegadores o aplicaciones que no funcionan demasiado bien en determinados tipos de teléfonos; los teclados diminutos no se prestan a teclear cadenas de números; los cuerpos ya cargados de urgencia —dolor, debilidad, deudas— no son capaces de ejecutar fácilmente esta difícil danza, que cada vez debe hacerse con perfección. El minúsculo enlace que aparece al final de la página, y que invita al paciente enfermo y frustrado a obtener ayuda para resolver sus problemas usando esa página, conduce a una dirección de correo electrónico o a un número de teléfono.

Apelar a la gracia de los sobrecargados empleados del Estado suele convertirse a menudo en otro incómodo correo electrónico en una abultada bandeja de entrada que se atiende con lentitud; llamar a estos números de teléfono le coloca a uno en una cola aparentemente interminable, esperando ansiosamente, con la sensación de que el aparato del bienestar nunca responderá a las llamadas de ayuda.

Por su parte, el seguro médico privado no constituye una protección. A los pacientes se les puede negar de forma brusca la cobertura de un determinado medicamento o de una visita al médico, alegando que su documentación no estaba perfectamente cumplimentada, o que un médico que figuraba como «dentro de

la red» está en realidad «fuera de la red». Además, la denegación de servicio —un ataque de denegación de servicio distribuido, si se quiere— afecta a los posibles proveedores de servicios y a las posibles personas que son atendidas; en algunos casos, los médicos y enfermeros que se han formado durante años para proteger la vida humana, y para hacer frente al sufrimiento, tienen que luchar para llegar a los pacientes con la misma intensidad con la que nosotros luchamos por llegar a ellos para que nos atiendan.

Mediante el uso de algoritmos opacos que definen a las personas como «no conformes», la reducción del grupo de elegibilidad por parte de las oficinas del bienestar nos lleva a la situación de tener programas del bienestar que no tienen receptores. No es que el Estado del bienestar haya desaparecido: simplemente se ha vaciado mediante la implementación de obstrucciones burocráticas racionalizadas.

Condonación de préstamos

Un recordatorio: la precariedad está asociada al acto de mendigar lo que es necesario para la propia supervivencia. La frase «condonación de préstamos» lleva incorporada la precariedad, ya que el Estado se presenta como el magnánimo absolvedor de la deuda del prestatario. Sin embargo, en el caso de la condonación de préstamos del servicio público, es el prestatario endeudado el que promete su trabajo al Estado con la esperanza de liberarse finalmente de la deuda.

Consideremos, por ejemplo, la promesa de tener una educación que ofrecen los préstamos a estudiantes. Creado en 2007, el programa de condonación de préstamos del servicio público en Estados Unidos permite a los empleados del sector público y de las or-

ganizaciones sin ánimo de lucro que trabajan a tiempo completo que se les condonen sus préstamos estudiantiles después de diez años. Con el fin de ahorrar dinero, el Departamento de Educación de los Estados Unidos contrató a FedLoan para gestionar el programa PSLF (Servicio público de condonación de préstamos, por sus siglas en inglés) y los planes de reembolso. Todos los inscritos en los planes de reembolso del PSLF fueron trasladados automáticamente a la corporación privada de gestión de la deuda estudiantil. Ahora está siendo demandada por engañar y explotar a los prestatarios: el 99 por ciento de los prestatarios que solicitaron la condonación de préstamos bajo el programa PSLF fueron rechazados, a menudo porque se les buscó dentro de los planes de reembolso, lo cual les convertía automáticamente en no elegibles para la condonación, o por razones técnicas.⁷⁷

La venta de la condonación de los préstamos educativos (destinada a recompensar el uso de la educación para el servicio público) a una empresa con ánimo de lucro ilustra la ironía del giro hacia la gobernanza tecnocrática. La automatización del análisis de las prestaciones de los programas de bienestar social se ha vendido al sector público como una alternativa más fácil y que ahorra tiempo a las hinchadas burocracias. En realidad, la automatización ha multiplicado los obstáculos y ha reducido la «elegibilidad» por motivos técnicos.⁷⁸ Además, la automatización exige un tipo de trabajo incessante, y que requiere mucho tiempo, para contrarrestar los efectos de ser expulsado como no

77 Zach Friedman, «99% Rejected for Student Loan Forgiveness – Again», *Forbes*, 9 de septiembre de 2019, www.forbes.com/sites/zackfriedman/2019/09/09/99-rejected-for-student-loan-forgiveness-again/#69a05d1d6675.

78 Eubanks, *Automating Inequality*.

elegible, trabajo para el que muchos trabajadores del sector público no tienen tiempo.

Atraído por la falsa promesa de la mejora a través de la educación, el trabajador que trabaja para pagar un préstamo, que a menudo tiene condiciones muy malas, y que se exige como condición para obtener las credenciales que son necesarias para trabajar para el Estado, es llevado a endeudarse mediante una información poco clara. Los trabajadores están siendo jodidos por un Estado que está muy lejos de ser benévolos, tanto en el eje del salario como en el de la deuda. Las espirales de la precariedad se estrechan cada vez más.

Medicaid

El programa Medicaid, que es parte de ese «tercer raíl» de la política estadounidense que se considera intocable y que, sin embargo, está cubierto con las huellas dactilares de los recortadores de gastos, nos ofrece un ejemplo similar. Como parte de la Ley de Asistencia Asequible (ACA por sus siglas en inglés) en 2010, el gobierno federal dio a los Estados la opción de ampliar el Medicaid a los residentes legales permanentes menores de 65 años cuyos ingresos se mantuvieran por debajo del 133% del nivel federal de pobreza (FPL por sus siglas en inglés). Sin embargo, la ACA también permitió a los Estados la posibilidad de experimentar con sus propios procesos de prestación de asistencia sanitaria pública a sus residentes. En algunos casos, esto podría implicar la imposición de requisitos de reparto de gastos a quienes ya tienen problemas para llegar a fin de mes; en otros Estados podría suponer el exigir a los beneficiarios de Medicaid que demostraran que dedican varias horas al mes a trabajar o a adquirir una

formación que les permita encontrar un empleo más fácilmente.

En el Estado de Michigan, por ejemplo, todas las comunicaciones oficiales hablan de «beneficiarios» en lugar de «receptores». No nos referiríamos a los sujetos de laboratorio o a los animales de experimentación como «beneficiarios» solo porque estén proporcionando datos para enriquecer a las instituciones. Medicaid tiene muchas características similares a las de un laboratorio, incluyendo la automatización y la experimentación con sujetos vulnerables.

Los Estados con exenciones del programa Medicaid experimentan con métodos para crear un Estado de bienestar sin receptores. No se trata de una gobernanza a través de algoritmos, sino de una gobernanza encubierta por algoritmos. Como se ha descrito anteriormente, el programa Medicaid no es un tipo de prestación sino un proceso para rechazar las prestaciones. Aunque los requisitos de trabajo del programa Medicaid parecen dirigirse a todos sus beneficiarios, principalmente señalan y se dirigen al 6% de los beneficiarios del programa Medicaid que actualmente están fuera de las formas de trabajo reconocidas institucionalmente; el 62% de los beneficiarios ya trabajan a tiempo completo o parcial, y el 32% que no pueden trabajar están en esta categoría debido a discapacidades «cualificadas» u obligaciones relacionadas con la escuela o el cuidado de personas. Los desempleados que viven en condados rurales o en antiguas ciudades industriales que, simplemente, carecen de los tipos de trabajo necesarios para sostener a su población tienen muchas probabilidades de perder el seguro. Además, los que encuentren un empleo y trabajen 40 horas a la semana con el salario mínimo federal ya ganarán el

125% del FPL. Por lo tanto, un pequeño aumento o reajuste del tiempo de trabajo pone a los beneficiarios de las prestaciones públicas en riesgo de perder su seguro.

Los requisitos de trabajo del programa Medicaid, junto con otras «soluciones» técnicas relacionadas con la supuesta crisis del Estado del bienestar, constituyen un cambio en la conceptualización del «bienestar»: de un derecho social se pasa a una recompensa ganada, y en muchos casos no ganada. La gobernanza tecnocrática se nos ha vendido como una alternativa más fácil y que ahorra tiempo a las infladas burocracias. En cambio, ha llevado a la multiplicación de obstáculos y a la reducción de la «elegibilidad» por motivos técnicos. Cualquiera que navegue hoy en día por el sistema de atención sanitaria, por el sistema de bienestar social o por los servicios de préstamos a estudiantes está íntimamente familiarizado con la interminable búsqueda para seguir siendo elegible dentro de estos programas, cumpliendo los requisitos, adquiriendo y presentando información personal precisa o corrigiendo errores en sus perfiles.

La automatización del Estado del bienestar pretende eliminar a los funcionarios y beneficiarios del sistema de la red de la seguridad social. La automatización incorpora al sistema un recurso de negación a través de la voz pasiva: «Su visita sanitaria no ha sido aprobada»; «Su préstamo público no ha sido condonado». Las decisiones y declaraciones automatizadas se amontonan unas sobre otras como si emanaran de una sustancia etérea y sin rostro. Dentro de esta tecnopolítica, la educación superior y la asistencia sanitaria no son derechos: son códigos inejecutables.

¿Quién se beneficia de que se despida a los asistentes sociales y de que nadie reciba asistencia

sanitaria y/o no pueda pagar los préstamos? Las compañías de seguros, las personas con altos niveles de impuestos, las compañías de préstamos privados y, sobre todo, las enormes empresas de servicios digitales como Accenture y SAP que programan y mantienen estos sistemas de denegación digital.

Mantener vivas a las personas para extraer de ellas

La exclusión a través de la automatización es solo un aspecto de los agujeros cada vez más grandes que hay en la red de la seguridad. Un Estado cada vez más parasitario y un sistema crediticio depredador se ven obligados a mantener a las personas con vida para conservarlas como cuerpos huéspedes para su extracción. A la vez que reconocemos la violencia de la exclusión de los sistemas de sustento vital básico, también observamos cómo, al menos en el contexto estadounidense, la privatización o la «asociación» privada de los servicios estatales convierte a los «beneficiarios» en materia prima para el beneficio.

La «innovación» del modo de gobernanza actual no consiste únicamente en contratar a empresas privadas para que administren los programas estatales, sino en crear vías para el robo contratado de recursos públicos. Los modelos de «administración» privada o de «asociación» de gobernanza surgen de la creencia de que los actores estatales están mal equipados para gestionar sistemas humanos complejos como la atención sanitaria, las telecomunicaciones o la minería —una creencia, cabe señalar, con la que simpatizamos, ¡pero desde una posición ideológica diferente!— y de que los impuestos a la clase propietaria son inmorales (una creencia por la que no simpatizamos de ninguna manera).

Una breve lista de estos bienes «públicos» que se han transformado en mercados cautivos de las corporaciones a través del consentimiento del Estado incluye los préstamos estudiantiles; la transformación de la vivienda pública en vales de la Sección 8;⁷⁹ la financiación estatal de las escuelas concertadas; la expansión de la prestación de servicios de salud mental y física «gestionados» a través de compañías privadas de seguros de salud; y la fusión entre la extracción (impulsada por los accionistas y la inversión en la transmisión) y la prestación de servicios públicos de cara al cliente. De este modo, servicios estatales como el programa Medicaid o industrias teóricamente reguladas por el Estado, como los servicios públicos de electricidad, se convierten en clientes/compradores que han quedado cautivos de los actores corporativos.

En ausencia de la presión que ejercieron desde abajo los poderosos movimientos sociales, el Estado del bienestar social se ha convertido en un colectivo parasitario construido sobre las espaldas de la gente de color y de las mujeres. Pero en la era de la atención sanitaria gestionada, la privatización de la educación, el cobro de préstamos estudiantiles privados y la administración privada de la asistencia social, lo público ya no existe. Mediante el robo contratado, el Estado gestionado convierte la propia «red de la seguridad social» en un lugar de extracción. Es un mecanismo para transferir la riqueza al sector privado y financiar el gasto en un clima fiscal en el que los organismos gubernamentales ya no pueden generar suficientes ingresos a través de los impuestos.

79 La Sección 8 de la Ley de Vivienda de los Estados Unidos de 1937 autoriza dar ayudas para el alquiler de viviendas a personas con bajos ingresos [N. del T.].

Los Estados no consiguen generar ingresos a través de los impuestos; en realidad, cada vez tienen menos problemas para transferir más ingresos al sector privado. Las devoluciones de impuestos son un salvavidas para el 78% de los estadounidenses que viven de cheque en cheque. Sin embargo, en 2019, el gobierno federal se apoderó de 3 300 millones de dólares provenientes del reembolso de los impuestos federales de los estudiantes por deudas estudiantiles impagadas, frente a los 2 300 millones de dólares de 2016 —un aumento de 1 000 millones de dólares en un corto periodo de tiempo—. Este dato revela el grado de aceleración de la gobernanza parasitaria. Mientras que los prestatarios «permanentemente discapacitados» son elegibles para la condonación de la deuda estudiantil, los cobradores de deudas privados como Navient crean obstáculos que dificultan que las personas con diversidad funcional endeudadas se liberen de su deuda estudiantil.

Los actores empresariales dicen que actúan en colaboración con los Estados. Dicen que pierden ganancias potenciales cuando aceptan ofrecer servicios a costes fijos y renuncian a las vicisitudes potencialmente lucrativas del mercado privado. Lo que ocurre en realidad es que estos acuerdos de gestión/administración crean compradores cautivos —en el caso de las prisiones, literalmente cautivos— que aíslan a las empresas privadas del riesgo y les garantizan no tanto beneficios como rentas.

Independientemente de lo que digan al público o al Estado, estas mismas empresas prometen a los accionistas un rendimiento estable de la inversión, además del aislamiento contra la pérdida de cuota de mercado o el colapso. Se trata de un modo de gobernanza cuya misión es el bienestar de la empresa. Son la

empresa y sus inversores institucionales los que están protegidos de esa forma particular de precariedad que es el mercado «libre». Incluso si los servicios se ofrecen a precio *de coste* —lo que, para que conste, casi nunca lo son, ya que a los actores privados se les permite generalmente establecer márgenes de rentabilidad «justos» a cambio de su «trabajo» en la administración de los servicios estatales—, siguen reforzando las ganancias de la corporación. Los Estados participan en esta transferencia de riqueza cobrando a los consumidores o canalizando a los consumidores hacia determinados mercados fijos, mientras la corporación se queda con los beneficios.

Las personas que buscan atención médica, que quieren llamar a un miembro de su familia mientras está encarcelado, que quieren gas natural para calentar su casa, que piden un préstamo estudiantil para pagar sus estudios... esas personas son la materia prima de las empresas que extraen rentas aseguradas, todo ello disfrazado con el ropaje del Estado que proporciona una red de seguridad. La automatización del Estado del bienestar utiliza el truco de la «eficiencia» para desmantelar la llamada red de seguridad social, produciendo precariedad mientras se afirma que se está proporcionando seguridad.

6

LAS FANTASÍAS CAPACITISTAS

Imagínense a Tony Stark, el niño-genio estadounidense y empresario de la tecnología, que es secuestrado por unos terroristas, que sufre una herida en el pecho, pero que inventa para sí mismo una armadura invencible. En un acto de denominación deliciosamente anacrónico, se convierte en Iron Man. Su desventaja es que no tiene corazón; pero no importa: la tecnología y el capital vienen al rescate, y va a salvar al mundo del mal y todo eso.

Esta fantasía de la invencibilidad de las personas no diversas niega que la muerte y la enfermedad sean condiciones subyacentes a la existencia. Los sujetos sin discapacidades pueden reaccionar con miedo y asco ante las personas diversas que les recuerdan la inevitabilidad de la misma y la muerte. El contacto con la diversidad es una ruptura momentánea de la barrera psíquica que protege al sujeto del reconocimiento de su vulnerabilidad corporal. Las personas no diversas gestionan su propia precariedad mediante la negación de la muerte.

En las zonas de enriquecimiento, esta negación de la muerte es posible en parte porque la enfermedad y la muerte no están distribuidas por igual. El cuerpo es un índice de desigualdad social. Las cadenas de suministro globales y los lugares de precariedad nacionales se basan en la inmisericordia hacia los cuerpos desechables: la muerte prematura por la exposición a las toxinas, el exceso de trabajo, las lesiones, y la tensión de la salud mental. Las trabajadoras que operan en las partes más peligrosas de la cadena de suministro son vulnerables a formas repentinas y espectaculares de lesiones.

La muerte lenta, tomando prestada la expresión de Lauren Berlant, recae en aquellos sujetos que absorben un flujo constante de golpes que, aunque al principio pueden parecer imperceptibles, se van acumulando con el tiempo.⁸⁰ De forma similar, Rob Nixon ha utilizado la expresión «violencia lenta» para describir el peaje gradual, y a menudo invisible, de los pobres en la crisis medioambiental.⁸¹ Para un trabajador agrícola, esto puede significar la aparición retardada de un cáncer causado por la exposición prolongada al herbicida Roundup Ready de Monsanto, o para una mujer negra que vive bajo las condiciones de la antinegritud atmosférica podría manifestarse en un episodio depresivo causado por el estrés crónico y los elevados niveles de cortisol.⁸²

80 Berlant, *Cruel Optimism*.

81 Rob Nixon, *Slow Violence and the Environmentalism of the Poor* (Cambridge, MA: Harvard University Press, 2011).

82 Rae Ellen Bichell, «Scientists Start to Tease out the Subtler Ways Racism Hurts Health», *NPR*, 11 de noviembre de 2017, www.npr.org/sections/health-shots/2017/11/11/562623815/scientists-start-to-tease-out-the-subtler-ways-racism-hurts-health.

De cada uno más allá de sus capacidades; a cada uno según su precariedad

Los cuerpos están jerarquizados por sus capacidades laborales. El desprecio hacia los discapacitados revela hasta qué punto la categoría de lo humano se define por la capacidad de realizar un trabajo asalariado. Las personas discapacitadas son despreciadas como personas que rehúyen el trabajo, como si la capacidad de trabajar fuera lo único que le hace a uno digno. Como ha demostrado la historiadora Sarah Rose, el auge del capital industrial en Estados Unidos coincidió con el auge de la «rehabilitación profesional», lo que reformuló a los sujetos discapacitados como sanguijuelas «ociosas» y, por lo tanto, hizo necesaria su reincorporación obligatoria al trabajo.⁸³ Sin embargo, es el propio capital industrial el que legitima la desechabilidad, las operaciones en las que la acumulación engendra posesión, la extracción engendra agotamiento y los cuerpos son tratados como instrumentos de productividad. La precariedad lleva a la muerte prematura.

No debemos aceptar la distribución desigual de los daños corporales y psíquicos contra las personas precarias. ¿Cómo reconocemos la violencia que la extracción ejerce sobre nuestros cuerpos? ¿Cómo admitimos y abrazamos lo que Saidiya Hartman denomina volubilidad, el rechazo al funcionamiento y la belleza del quebrantamiento, sin idealizar el sistema que la provoca?⁸⁴ Desde los «salarios por estar en la cama» hasta las fiestas de baile crip, defendemos nuestro de-

83 Sarah F. Rose, *No Right to Be Idle: The Invention of Disability, 1840s–1930s* (Chapel Hill, NC: University of North Carolina Press, 2017).

84 Saidiya Hartman, *Wayward Lives, Beautiful Experiments: Intimate Histories of Social Upheaval* (New York: W.W. Norton & Company, Inc., 2019).

recho a la aberración, a nuestra creencia en la vitalidad de lo que se desvía pero que nunca es vencido.

No tener ninguna diversidad funcional es más que una condición

No tener ninguna diversidad funcional es una posición crítica subjetiva contra la que debe organizarse la política de la diversidad. Sin embargo, a medida que el capitalismo digital se acelera, estamos llamadas a considerar la «capacidad» de otra manera. ¿Cómo podemos celebrar los cuerpos diversos, al tiempo que luchamos contra la distribución desigual de los daños corporales y psíquicos? Esta pregunta se desprende del trabajo de los académicos que trabajan en lo que Jina B. Kim ha acuñado como «crítica de los crips de color». Inspirándose en el llamamiento de Rod Ferguson a una «crítica de los queer de color», una corrección de la teoría queer que se centra en las desigualdades materiales que producen la abyección sexual y de género al mismo tiempo que celebra los comportamientos no hegemónicos, Kim reclama una política de la discapacidad que pueda lidiar tanto con las experiencias de los sujetos discapacitados como combatir los sistemas estructurales de la discapacidad. Hoy en día, la política de la discapacidad es un movimiento (todavía principalmente blanco) de autorrealización identitaria, pero también es una reordenación radical de qué tipos de cuerpos se consideran humanos. El potencial y los escollos van de la mano; hacer que la muerte y la mutilación parezcan humanas es un riesgo ético, como lo es fracasar en no hacer humanos a los sujetos que sufren a manos de la guerra, la miseria y la tortura.

De hecho, no necesitamos mirar a Silicon Valley para encontrar pruebas de la discapacidad racista

que produce el capital, pero sí podemos echar un vistazo al propio silicio. La poesía de Muriel Rukeyser en *The Book of the Dead* [El libro de la muerte] expone el riesgo «aceptable» que corren las trabajadoras de las industrias extractivas, las muertes lentas por silicosis —minúsculas partículas de sílice que están en los pulmones y que dejan cicatrices desde dentro hacia fuera—.⁸⁵ El desastre minero de Hawk's Nest, una de las peores y menos conocidas catástrofes industriales, se produjo lentamente entre 1930 y 1935, pero provocó la rápida muerte de muchos mineros que contrajeron silicosis; la mayoría sobrevivió menos de un año. Una placa conmemorativa en Virginia Occidental reza lo siguiente: «El polvo de roca de sílice causó 109 muertes admitidas en una fuerza de trabajo clandestina de 3000 personas, en su mayoría negras y migrantes. La audiencia del Congreso situó el número de víctimas en 476 entre 1930 y 1935. La tragedia trajo consigo el reconocimiento de la silicosis aguda como enfermedad pulmonar ocupacional y una legislación de compensación para proteger a las trabajadoras».⁸⁶

Sin embargo, aunque son igualmente susceptibles de causar daños corporales, las incapacidades extractivas de hoy en día se producen en un mundo económico y tecnológico diferente. Consideremos que a partir del surgimiento del Estado del bienestar del siglo XX en los Estados Unidos se empezó a considerar que ciertos tipos de cuerpos presuntamente enfermos eran dignos de apoyo material en forma de un seguro

85 Muriel Rukeyser, *The Book of the Dead* (Morgantown, WV: University of West Virginia Press, 2018).

86 Adelina Lancianese, «Before Black Lung, the Hawk Nest Disaster Killed Hundreds», *NPR*, 20 de enero de 2019, www.npr.org/2019/01/20/685821214/ before-black-lung-the-hawks-nest-tunnel-disaster-killed-hundreds.

de seguridad social, de ayudas a las familias con hijos dependientes, y de ayudas estatales para personas con diversas formas de ceguera.⁸⁷ Aunque estas formas de prestaciones estatales reificaban las lógicas de género (basándose en una larga tradición de ayuda a las «viudas de guerra»), y a pesar de que los centros intelectuales de la nación promovían simultáneamente las lógicas eugenésicas y racistas que pretendían eliminar por completo la «debilidad mental» y otras discapacidades, la idea de que algunas personas debían recibir apoyo sin tener la expectativa de poder tener un trabajo continuo significaba un deseo de, al menos en los márgenes, proporcionar cuidados a algunos sujetos. En otras palabras, el Estado deseaba evitar que los ancianos y algunos discapacitados simplemente murieran de hambre y de congelación. Ahora, los Estados de derecha y de centro-izquierda están reduciendo este tipo de programas al mismo tiempo en que la tecnología digital promete hacer más trabajos «flexibles» y «adaptables». Esto no es la liberación de la discapacidad.

Para ser claros, el aumento de la tecnología protésica ayuda a la movilidad individual y a la integración en la sociedad de muchas personas con discapacidades: no estamos en contra de las prótesis. Tampoco estamos en contra de la intervención médica *per se*. De hecho, muchas de nosotras nos beneficiamos de las tecnologías médicas que nos permiten vivir en el mundo, incluido el acceso a las tecnologías de transición de género que circulan a través de las mismas cadenas de suministro globales que estamos criticando aquí⁸⁸ (otro

87 Rose, *No Right to Be Idle*.

88 Para más referencias sobre las tecnologías médicas y los circuitos globales de los cuidados, ver Aren Z. Alzura, *Mobile Subjects: Transnational Imaginaries of Gender Reassignment* (Durham, NC: Duke University Press, 2018) y Jules Gill-Peterson, «The Technical Capacities

elemento contra una política de la pureza: en nuestros propios cuerpos viven sustancias químicas que se producen de forma exógena, hormonas que algunos podrían considerar toxinas).

Lo que sí observamos, sin embargo, es la normalización del hogar blanco de dos ingresos, la aparición de programas de trabajo para personas con diversidad, los marcos de «asistencia social para el trabajo» de la década de 1990, los experimentos estatales a los que se añaden los requisitos de trabajo (en el momento de escribir este artículo, cuestionablemente legales) dentro del programa Medicaid, y que, en conjunto, revelan un alejamiento de la idea de que algunos cuerpos no están necesariamente obligados a trabajar.⁸⁹ El riesgo de celebrar la tecnología digital como una especie de prótesis universal, una tecnología que permite a las personas diversas (especialmente las de movilidad y comunicación) participar en formas de trabajo adaptado, es que conlleva la expectativa de que todas las personas deberían estar dispuestas y ser capaces de trabajar para sobrevivir.

Si las tecnologías de adaptación se cooptan como medios para ampliar el mercado laboral, entonces, al igual que ocurrió con las reivindicaciones feministas del siglo XX en relación a la discriminación laboral y a la domesticidad patriarcal, que no dieron lugar a una familia estable con dos ingresos, sino a una mayor ex-

of the Body: Assembling Race, Technology, and Transgender», *Transgender Studies Quarterly* 1, no. 3 (2014): 402–418.

89 Krissy Clark, «The Disconnected», *Slate*, 3 de enero de 2016, <https://slate.com/news-and-politics/2016/06/welfare-to-work-resulted-in-both-welfare-and-work-for-many-americans.html>; Rachel Garfield, Robin Rudowitz, y Kendal Orgera, «Understanding the Intersection of Medicaid and Work: What Does the Data Say?» *Kaiser Family Foundation*, 8 de agosto de 2019, www.kff.org/medicaid/issue-brief/understanding-the-intersection-of-medicaid-and-work-what-does-the-data-say/.

ternalización del trabajo del cuidado de los niños y a la expectativa de que solo las unidades familiares con dos salarios podrían llegar a sobrevivir, esto no supone el fin de la diversidad, ni la mejora en la accesibilidad.⁹⁰ En cambio, constituye simplemente una reificación de la fantasía del cuerpo sin discapacidades: que todos nuestros cuerpos tienen una capacidad laboral indefinida, incluso si esa capacidad puede aparecer en formas diferentes.

A medida que disminuye el apoyo del Estado a los cuerpos enfermos, envejecidos, discapacitados, embarazados o de las personas que se dedican a cuidar a otras, etcétera, aumenta su expectativa de que los cuerpos anteriormente excluidos de la categoría de «trabajador» se conviertan en trabajadores. Nos resistimos a que lo digital sirva como un objeto de fantasía que permite tal expectativa. Si las prótesis tecnológicas permiten el acceso a futuros deseados para las personas con diferencias corporales y mentales, que sea el futuro de un juego accesible y no solo de un trabajo accesible.

La precariedad es una amenaza contra el derecho a vivir que no puede resolverse con el derecho al trabajo

La precariedad no solo desgasta el cuerpo sino también el alma.⁹¹ La precariedad causa traumas a la vez que es causada por ellos. Pensemos en el trabajo emocional que se requiere para hacer felices a los demás, calmando sus estados de ánimo o anticipando

90 Elizabeth Warren y Amelia Warren Tyagi, *The Two-Income Trap: Why Middle-Class Parents are Going Broke* (New York: Basic Books, 2003).

91 Franco «Bifo» Berardi, *The Soul at Work: From Alienation to Autonomy*, trad. Francesca Cadel y Giuseppina Mecchia (Los Angeles, CA: Semiotext(e), 2009). [Ed. cast: *Almas al trabajo*, Enclave de libros, Madrid, 2016]

sus necesidades.⁹² Encontramos versiones de este trabajo emocional en toda una serie de empleos, desde el trabajo de cara al público hasta la enseñanza y el trabajo sexual. La precariedad empuja a las trabajadoras a realizar formas de trabajo que imponen impuestos adicionales a una psique que ya está sobrecargada de trabajo.

¿Cómo se producen estas disfunciones a través de las cadenas de suministro globales? ¿A quién se sacrifica? Las economías digitales contribuyen a la ruptura descompensada entre la mente y el cuerpo. Los trabajadores precarios de lo digital se sientan frente a las pantallas y filtran contenidos gráficos violentos o sexuales explícitos, extraen oro digital, manejan el soporte técnico, extraen literalmente cobalto o metales raros, ensamblan chips y pantallas, introducen datos, reciclan o eliminan productos de desecho digitales, limpian edificios en Silicon Valley, conducen coches compartidos que dependen de aplicaciones, transcriben muros de texto, escriben código, editan código, escriben *fanfiction*, producen videos, tuitean, cargan chips informáticos en barcos contenedores, compran y venden acciones. Algunos de estos trabajos son físicamente exigentes (desde la minería hasta sentarse encorvado delante de un escritorio); otros son psíquicamente exigentes, incluso traumatizantes.

Los riesgos del trabajo, las probabilidades de que éste provoque problemas físicos, enfermedades, traumas, estrés y muerte, están atravesados por la raza, el género y por otras categorías que vienen previamente cargadas con la precariedad. Pero al poner la precariedad digital en diálogo tanto con la diversidad como con

92 Arlie Russel Hochschild, «Emotion Work, Feeling Rules, and Social Structure», *American Journal of Sociology* 85, no. 3 (1979): 551–575.

las fantasías de encarnación infinita de las personas no diversas, unimos los debates sobre la diversidad que están teniendo las personas de color, con las preguntas críticas sobre la producción de diversidad bajo el capital, y sobre la asignación del estatus de «discapacitado» a aquellos que no trabajan según el plan del capital.

Este movimiento es una refutación directa de la fantasía tecno-optimista en la que la tecnología digital se convierte en una prótesis universal.⁹³

La fantasía del cuerpo robótico o mejorado digitalmente aparece en todas las tendencias de la cultura popular, desde *Avatar* hasta el *Detective Pikachu*.⁹⁴ El tropo que sostiene es que las personas con diversidad de movilidad o sensoriales se beneficiarán de forma obvia de las tecnologías digitales como la realidad virtual, que les permitirían «escapar» de su «confinamiento», así como de las sillas de ruedas y de otras ayudas a la movilidad en la vida real. Aunque las tecnologías protésicas no son, en sí mismas, herramientas de erradicación, la fantasía persistente de que la «tecnología» es lo que puede «curar» la discapacidad es eliminatoria.⁹⁵ Dicha fantasía perpetúa el asco y el rechazo a los sujetos diversos, al tiempo que intenta reclutarlos como futuros trabajadores.

93 Max Baumkel, «The Invisible Presence of Trans-Bodies: Unpacking Regimes of Visibility and Visuality Through Tom Cho's *Look Who's Morphing*», Tesis doctoral, Vanderbilt University, 2015.

94 Jennifer Proctor, «A Failure of Imagination: The Role of Disability in *Avatar*», *Media Commons*, 10 de agosto de 2010, <http://mediacommons.org/imr/2010/08/03/failure-imagination-role-disability-avatar>; Rosie Forbes, «What "Detective Pikachu" Got Wrong About Disability», *The Mighty*, 17 de mayo de 2019, https://themighty.com/2019/05/detective-pikachu-disability-villain/?utm_source=pin_board_disability&utm_medium=pinterest&utm_campaign=pin_disability_2019week18.

95 Para más referencias sobre la cura y la fantasía capacitista, ver Eli Clare, *Brilliant Imperfection: Grappling with Cure* (Durham, NC: Duke University Press, 2017).

Si la creación del mundo digital incluye en su núcleo la fantasía de que seremos capaces de «trascender» el cuerpo pero a la vez perpetúa los problemas a través de sus prácticas laborales, ¿cómo podrían intervenir los sujetos en ella? Lo digital no trasciende el cuerpo; al contrario, requiere de colaboraciones cada vez más estrechas por su parte. Instagram es ahora una «fábrica social» y la belleza física normativa es su recurso.⁹⁶ En este mercado, incluso los actos de aparente resistencia son tensos; las reacciones a los bailes más populares en TikTok de personas diversas se dividen entre el apoyo explícito y los abucheos. Aunque en un principio las tecnologías digitales se celebraron porque ofrecían nuevos tipos de trabajo para acomodar a los cuerpos diversos, el aumento de las plataformas orientadas a la imagen, que celebran y necesitan de cuerpos perfectos, socava esta posibilidad.

O mejor aún: ¿cómo pueden las personas marginadas redirigir para sus propios usos unas redes digitales diseñadas para la circulación y organización de la riqueza y el trabajo? ¿Cómo organizar el cuidado comunitario frente a la ruptura cuerpo-mente y la precariedad? ¿Cómo aprovechar la red y robar un poco de electricidad para sí mismos?

96 Sobre el concepto de «fábrica social», ver Mario Tronti, *Workers and Capital*, trad. David Broder (New York: Verso, 2019). [Ed. cast: *Obreros y capital*, Akal, Madrid, 2001]; Mario Tronti, «Factory and Society», *Operaismo in English*, 13 de junio de 2013, <https://operaismoinenglish.wordpress.com/2013/06/13/factory-and-society/>; Antonio Negri, *Marx Beyond Marx: Lessons on the Grundrisse*, trad. Harry Cleaver (New York: Autonomedia, 1992). [Ed. cast: *Marx más allá de Marx*, Akal, Madrid, 2001]. Para una discusión más contemporánea, ver Trebor Scholz, ed., *Digital Labor: The Internet as Playground and Factory* (New York: Routledge, 2013).

Después de la red de la seguridad social debemos crear *redes* de seguridad social

El cuidado digital es una práctica de mantenimiento de la vida que utiliza las tecnologías digitales para crear grupos de cuidado en todo el espacio geográfico. Estas podrían pensarse como *redes* de seguridad social, comunidades que reemplazan las llamas «redes de seguridad», que son inadecuadas o crueles.⁹⁷ Las «redes de seguridad» estatales son trampas para las personas con diversidad, porque si ganan demasiado dinero o se casan acaban encontrándose en un equilibrio precario entre «no ser lo suficientemente pobre» y «ser demasiado pobre para vivir», siendo expulsadas de sus prestaciones en última instancia.

Algunos podrían valorar las *redes* digitales de seguridad social como una prueba de una promesa tecno-libertaria: que los individuos, si se les deja solos con una herramienta, pueden autogobernarse y, por tanto, eliminar la necesidad de políticas económicas redistributivas o revolucionarias. En su lugar, consideramos estas formaciones como lugares de intervención en la acumulación de capital y en el individualismo, y que se organizan en cualquier entorno, incluido los digitales, en el que se encuentren las personas marginadas. La interdependencia, el concepto de diversidad radical de la vida mutua, es el marco que guía estas prácticas.

El cuidado es cuidado porque sirve como remedio contra la precariedad. Las *redes* de transferencia de dinero organizadas digitalmente, como GoFundMe y Kickstarter, los vehículos de crowdfunding como Pa-

97 Cassius Adair, «White Trans Politics and the Early Internet», texto presentado en la reunión anual de la American Studies Association, Atlanta, Georgia, 8–11 de noviembre de 2018.

treon y los servicios de suscripción de trabajo sexual como OnlyFans, se utilizan para recaudar dinero para el alquiler, los gastos médicos y para conseguir fondos que son necesarios para la supervivencia dentro de los mundos de vida marginados. Son mecanismos a través de los cuales las personas marginadas transfieren literalmente fondos de un individuo o grupo precario a otro.

Sin embargo, los sistemas de transferencia de dinero no se suman a la suma total de recursos de estas personas; en su lugar, desplazan la energía hacia donde se necesita en ese momento. Al igual que internet, que es una red diseñada para resistir los daños y la censura, las redes de seguridad social se autorreparan pero solo pueden distribuir la misma cantidad que se ha puesto en ellas. Además, la mayoría de estas transacciones están «gravadas» por las empresas que son propietarias de estos servicios financieros. Son capaces de extraer una renta de los grupos de cuidados que se forman para curar la propia precariedad.

Las redes de seguridad social son fallos, no características integrales, de los mundos digitales capitalistas.

7

LA DESPOSESIÓN POR LA VIGILANCIA

Empiezas teniendo 100 puntos en tanto ser humano genérico, sin atributos. Deduce de tu puntuación si: no vives en el norte global, eres mujer o persona de color, eres trans o diverso o anciano. Las permutaciones sobre cómo pueden concatenarse estas deducciones de puntos son infinitas.

Los cuerpos tienen que estar bajo vigilancia constantemente. Llevar el teléfono encima en todo momento para que emita un flujo constante de telemetría, la velocidad a la que conduces, tus compras, tus estados de ánimo que se quedan registrados en tus subtweets... Todo son datos para la fábrica.

Esta es una versión aparentemente benigna de un tipo de vigilancia que genera rankings. Los cuerpos también pueden estar bajo videovigilancia con el reconocimiento facial, o bajo vigilancia sonora a través de un algoritmo que está preparado para detectar un supuesto cambio de humor que se mide a través de la entonación. En el trabajo, cada acción puede monitorearse, generando un «informe de inactividad» si se hace una pausa para respirar. Las mediciones de la ac-

tividad en tiempo real pueden incluso transmitirse al trabajador, como si se tratara de un juego en el que se le da algún premio insignificante al que más trabaje.

Tal vez haya que llevar un grillete electrónico; tal vez tengas que soplar en un alcoholímetro para arrancar tu coche; tal vez seas alguien «conocido por la policía» por, supuestamente, haber estado en una banda. Tal vez.

Según se desciende en la clasificación aumentan las medidas de abyección. Otros pueden tomarse cada vez más libertades con tu cuerpo y con los rastros de datos que ha producido. Te tratan como si no merecieras ningún tipo de cuidados, como si no tuvieras derecho a vivir, como si no tuvieras derecho a la autonomía sobre tu propio cuerpo, como si ni siquiera tuvieras derecho a que lloren tu pérdida.⁹⁸

Los migrantes económicos están especialmente sujetos a principios de sujeción que están en continuo cambio. La frontera ha funcionado durante mucho tiempo como un laboratorio en el que experimentar tanto con el entorno de la alta tecnología como con la vigilancia y el control a la antigua usanza.⁹⁹ La condición del migrante es la de un escrutinio constante. Los esclavos y los migrantes siempre han sido escrutados; han sido tratados como conjuntos de datos que hay que gobernar; nunca han sido invisibles. Y cuando han podido ocultar su presencia, los actores y las tecnologías se han esforzado por convertir los cuerpos de los esclavos y los migrantes en materia perceptible. En este sentido, el poder algorítmico prolonga y refuerza los prejuicios y las coartadas de la violencia de otra época.

98 Judith Butler, *Undoing Gender* (New York: Routledge, 2004). [Ed. cast: *Rehacer el género*, Ed. Paidós, 2006].

99 Iván Chaar-López, «Sensing Intruders: Race and the Automation of Border Patrol», *American Quarterly* 71, no. 2 (2019): 495–518.

La vigilancia algorítmica se convirtió en un escándalo para aquellos que asumían que tenían derecho a la privacidad. Sin embargo, los sujetos gestionados por los Estados de los colonos blancos están acostumbrados a esta falta de privacidad. En la era de la vigilancia digital generalizada, aquellos que solían sentirse seguros dentro de ese suburbio residencial que es el mundo enriquecido están probando ahora la experiencia de tener modos de gobierno aparentemente ordinarios.

La generalización de la vigilancia digital está llevando a las zonas ricas a un nivel de exposición que antes solo sentían los más precarios. Está produciendo lo que llamamos la clase ofendida, que está liderada por chicos blancos llenos de pánico, que son dignos de la Ivy League¹⁰⁰ y que temen perder su soberanía y su privacidad. Esta clase ofendida agita sus puños mientras ignora su propia complicidad en la (re)producción de la precariedad o sus miradas distraídas cuando se enfrentan a las zonas de agotamiento.

Tomemos, por ejemplo, el pánico al *capitalismo de la vigilancia*.¹⁰¹ En efecto, parece que toda la existencia humana se procesa ahora como materia prima para la observación y la evaluación. Para esa clase ofendida esto aparece como una forma de poder sin precedentes, como si hubiera surgido en la última década. De hecho, es posible que tenga varias características novedosas, aunque someter a ciertos cuerpos a la vigilancia no sea una de ellas.¹⁰² Los temores actuales sobre el «fin de la

100 Torneo deportivo de las ocho universidades privadas más elitistas de la costa este [N. del T.].

101 Zuboff, *The Age of Surveillance Capitalism*.

102 En nuestra conceptualización de la plantación y de la fábrica como laboratorios mostramos cómo, en su núcleo, el capitalismo necesita de la vigilancia. Ver también E.P. Thompson, «Time, Work Discipline, and Industrial Capitalism», *Past & Present* 38 (1967): 56–97; Anthony Giddens, *The Nation-State and Violence: Volume Two of A Contemporary*

privacidad»¹⁰³ surgen de la ansiedad de esa clase ofendida, eludiendo el hecho de que la privacidad es un lujo del que los cuerpos racializados rara vez disfrutan.

La clase ofendida se vuelve nostálgica de una forma de capitalismo pre-neoliberal que se imagina de forma fantasiosa como inclusivo, que responde a las necesidades de los consumidores (rara vez se menciona a los trabajadores), que es democrático, competitivo y que está basado en la producción de productos de alta calidad. Los críticos de esta o aquella forma de capitalismo con apellido invierten en rescatar al capitalismo de su crisis de legitimidad tomando como objeto de crítica el capitalismo neoliberal, el capitalismo de vigilancia, el capitalismo monopolista o el capitalismo de plataforma —como si el objeto de análisis pudiera ser descrito con un adjetivo—.

En efecto, hay rasgos novedosos en la forma en que la proliferación de lo digital generaliza la vigilancia y hace que cada vez más cuerpos sean potencialmente precarios. La transformación del modelo de negocio utilizado por primera vez por las empresas tecnológicas se ha adoptado ahora en prácticamente todos los demás sectores. En ese modelo de negocio, que estaba basado en el producto o en el servicio, los ingresos se generaban mediante tarifas y la venta de bienes. Ahora, las industrias están comprometidas con un modelo de negocio basado en la mercantilización de los datos sobre el comportamiento y la venta de productos

Critique of Historical Materialism (Cambridge: Polity, 1985). La expansión de los mercados implica la observación y el análisis de los hábitos de los trabajadores y los consumidores; por su parte, la acumulación primitiva a lo largo de todo el hemisferio norteamericano ha implicado siempre la vigilancia de las poblaciones indígenas.

103 Kashmir Hill, «The Secretive Company That Might End Privacy as We Know It», *The New York Times*, 18 de enero de 2020, www.nytimes.com/2020/01/18/technology/clearview-privacy-facial-recognition.html.

predictivos a aquellos actores (desde los anunciantes hasta el Estado) que tienen interés en predecir el comportamiento humano.

Las afirmaciones que dicen que el proceso de desposesión del capitalismo de la vigilancia no tiene precedentes ignoran las raíces de las prácticas de vigilancia contemporáneas en las técnicas desarrolladas dentro de los contextos de la esclavitud, el colonialismo y el imperio. Las tecnologías de observación y seguimiento de los trabajadores se han desarrollado paralelamente a las técnicas de control destinadas a explotar nuevos terrenos de acumulación. Los sujetos coloniales y racializados han sido objeto de vigilancia desde la llegada de la esclavitud y el colonialismo. Sus movimientos, acciones, comportamientos, sentimientos y cuerpos se observaban, vigilaban y documentaban celosamente —sobre todo si mostraban signos de rebelión—. Pero existían límites técnicos a la hora de recopilar, procesar, transmitir y promulgar esta información: las decenas de miles de avisos de esclavos fugitivos que aparecían en los periódicos estadounidenses del siglo XIX dejaban al menos algún margen de tiempo y espacio por el que el esclavo fugitivo podía desaparecer.¹⁰⁴

En los laboratorios de la esclavitud la vigilancia era una sobrecarga, una forma de fricción resultante de sus formas inherentes de violencia, pero que contaba como un coste frente al valor de los productos obtenidos. Lo que distingue a la era de la vigilancia digital generalizada es que la vigilancia se convierte en una forma de control de la producción de valor. La vigilan-

104 Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos de America, «Fugitive Slave Ads: Topics in Chronicling America», Guías de investigación de la Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos de America, <https://guides.loc.gov/chronicling-america-fugitive-slave-ads>.

cia ya no es un subproducto; es un modelo de negocio que genera sus propios laboratorios de experimentación a través del proceso de precarización de cada vez más clases de cuerpos, llegando incluso a las filas privilegiadas de la clase ofendida —al menos en su imaginación, que está absolutamente horrorizada—.

En las colonias que viven una mayoría de colonos, desde Sudáfrica hasta Palestina, las prisiones y la policía se utilizan tanto para desplazar como para controlar a los habitantes autóctonos. Estos conflictos catalizan la creación de nuevos instrumentos de represión y control. Es un espacio de experimentación que Wang llama «laboratorio carcelario». Es una zona en la que se ensayan nuevas técnicas de control sobre los «otros» de la sociedad: mujeres, minorías, delincuentes, queers, las clases bajas y los sujetos coloniales. Por ejemplo, Cisjordania y Gaza funcionan para Israel como un laboratorio carcelario, que luego exporta tecnologías de represión a Estados de todo el mundo.¹⁰⁵ Al mismo tiempo, los laboratorios de represión también se convierten en zonas de prueba para la resistencia. En Palestina, el laboratorio de la resistencia puede encontrarse llenos con los

105 Angela Y. Davis —que formó parte de una delegación de mujeres de color que viajaron a Palestina— también ha examinado los vínculos de las infraestructuras carcelarias entre Israel, Europa y los Estados Unidos en su análisis de G4S, una compañía de seguridad que opera a nivel global: «G4S ha aparecido en nuestras vidas con el pretexto de la seguridad y del estado de seguridad: desde la experiencia palestina de encarcelamiento político y tortura hasta las tecnologías racistas de separación y apartheid; desde el muro en Israel hasta las escuelas con forma de prisión en Estados Unidos y el muro a lo largo de la frontera entre Estados Unidos y México». Angela Y. Davis, *Freedom is a Constant Struggle: Ferguson, Palestine, and the Foundations of a Movement* (Chicago, IL: Haymarket Books, 2016). [Ed. cast: *La libertad es una batalla constante*, Capitán Swing, Madrid 2017]. Ver también Jewish Voices for Peace, «Deadly Exchange: The Dangerous Consequences of American Law Enforcement Trainings in Israel», 2018, <https://deadlyexchange.org/wp-content/uploads/2019/07/Deadly-Exchange-Report.pdf>.

globos incendiarios que se sueltan en Israel,¹⁰⁶ en los jóvenes palestinos que regresan a vivir a las aldeas despobladas,¹⁰⁷ o en la continua reconstrucción de las casas beduinas que han sido arrasadas. No son solo los científicos en sus laboratorios los que se dedican a hacer experimentos: sus sujetos de pruebas vigilan desde abajo (*sousveille*) mientras que los científicos vigilan desde arriba (*surveille*).¹⁰⁸

Desde el colonialismo territorial europeo hasta los asentamientos temporales, las colonias han funcionado como laboratorios en los que se desarrollan, prueban y perfeccionan las técnicas de vigilancia para luego convertirlas en infraestructuras policiales domésticas. Lo que en su día se conoció como el «Muro de McNamara», que fue construido y diseñado por el ejército estadounidense para vigilar los movimientos transfronterizos entre Vietnam del Norte y Vietnam del Sur durante los años sesenta y setenta, se convirtió en 1970 en una «valla electrónica» que vigilaba a quienes cruzaban la frontera sin autorización desde México, y que, a partir de ese momento, empezaron a concebirse como «intrusos». Las menciones contemporáneas a los «muros inteligentes» se remontan a las condiciones de posibilidad establecidas por el «Muro de McNamara» y la «valla electrónica». En los últimos años, el software predictivo desarrollado por el Departamento de Defen-

106 Meryem Kamil, «Towards Decolonial Futures: New Media, Digital Infrastructures, and Imagined Geographies of Palestine», Tesis doctoral, University of Michigan, 2019.

107 Meryem Kamil, «Post Spatial, Post Colonial: Accessing Palestine in the Digital», *Social Text* 38, no. 3 (114) (2020): 55–82.

108 Las autoras juegan con un doble significado difícil de traducir en castellano entre «*sousveille*» y «*surveille*», dos formas diferentes del verbo vigilar que, a su vez, se conjugan con los prefijos franceses «*sous*» (bajo, por debajo) y «*sur*» (por encima), de tal forma que significarían, aproximadamente, «vigilar desde arriba» y «vigilar desde abajo» [N. del T.].

sa para la contrainsurgencia en Irak y Afganistán se ha convertido en el software policial predictivo PredPol. Estos proyectos tienen sus raíces en los primeros días de las empresas imperiales de Estados Unidos. En *Policing America's Empire*, Alfred McCoy sostiene que el moderno Estado de vigilancia estadounidense surgió del experimento colonial de Estados Unidos en Filipinas, que comenzó a finales del siglo XIX y se prolongó hasta la primera mitad del siglo XX. Además de repatriar las técnicas policiales basadas en la información, los administradores coloniales repatriaron las concepciones de raza y los métodos para tratar a los «otros internos» de la nación: «Después de años de pacificación de un imperio de ultramar en el que la raza era el marco de percepción y acción, los veteranos de las colonias volvieron a casa para aplicar la misma óptica a América, viendo a sus comunidades étnicas no como conciudadanos sino como colonias internas que requerían controles coercitivos». ¹⁰⁹

Al mismo tiempo que Estados Unidos desarrollaba tácticas domésticas de contrainsurgencia urbana para reprimir a los radicales negros y a la izquierda antiguerra, la Guerra Fría impulsaba a Estados Unidos a exportar sus tácticas policiales profesionalizadas para utilizarlas en el extranjero contra los comunistas. En 1962, el presidente John F. Kennedy creó la Oficina de Seguridad Pública (OPS por sus siglas en inglés), una agencia que colaboró estrechamente con la Agencia Central de Inteligencia (CIA) para entrenar a la policía de Vietnam del Sur, Irán, Taiwán, Brasil, Uruguay y Grecia. Aunque este proyecto de la Guerra Fría finalizó

109 Alfred W. McCoy, *Policing America's Empire: The United States, the Philippines, and the Rise of the Surveillance State* (Madison, WI: The University of Wisconsin Press, 2009), 294.

en 1974, proyectos similares continuaron formando a la policía de diferentes países en tácticas de seguridad con el fin de aplastar a los comunistas y facilitar el libre comercio. Muchos de los déspotas más notorios de América Latina fueron entrenados en la Escuela de las Américas, gestionada por los Estados Unidos. Esta escuela de formación militar se fundó en 1946 para asegurar la zona del Canal de Panamá. Más tarde se trasladó al ámbito de la contrainsurgencia anticomunista; en la actualidad, su coartada es, entre otras cosas, la «guerra contra las drogas».

Incluso cuando se ha utilizado como herramienta de gobierno por parte del Estado, la vigilancia ha sido clave, no solo para el mantenimiento del capitalismo y del imperio, sino para su elaboración experimental. La necesidad del Estado de controlar a los sujetos coloniales y racializados, y de proteger la hegemonía del capitalismo, autoriza la expansión de la vigilancia y el control policial.

Al considerar la diferencia entre la tecnología diseñada para el consumo y la tecnología diseñada para la vigilancia estatal, podemos ver que funcionan dos tipos de marcas. Por un lado, la marca corporativa que genera estatus; por otro lado, el tipo de marca que estigmatiza a los sujetos que son obligados a llevarla. En el ámbito del consumidor, las tecnologías digitales son codiciadas cuando son diminutas, potentes y caras.

En 2014, Nexus creó un nuevo dispositivo de seguimiento destinado a los migrantes que habían sido detenidos por parte del Servicio de Inmigración y Control de Aduanas (ICE por sus siglas en inglés) como alternativa al ingreso en la cárcel. Podríamos decir que esta tecnología es como una pulsera de tobillo, pero preferimos la palabra «grillete», que es como la descri-

be el *New Yorker*. El grillete de Nexus, que tiene GPS y que ha sido bautizado irónicamente y cínicamente como «Libre», cuesta 420 dólares al mes por su alquiler y suele llevarse durante 25 meses, que es el tiempo que tardan en resolverse la mayoría de los casos de inmigración. Si los «clientes» lo llevan durante todo el tiempo que dura su caso, a partir de 2019 «alguien con una fianza de siete mil quinientos dólares pagaría a Libre casi trece mil dólares en concepto de alquiler y otros gastos». (La gran mayoría de las cuatrocientas mil personas que son detenidas por el ICE cada año son consideradas automáticamente inelegibles para tener fianza y permanecen bajo custodia hasta que ganan sus casos o son deportados).¹¹⁰

«Libre» se utiliza para vigilar y hacer un seguimiento de la ubicación de los inmigrantes detenidos. El recinto de la celda de detención se extiende hasta los confines de lo que se supone que es su hogar.¹¹¹ En este sentido, el control y la vigilancia son modulares, ya que siguen a los vigilados en su vida cotidiana. Al igual que el control de las fronteras se reimaginó a través de su relación con el pensamiento cibernetico en la década de 1970,¹¹² el control de la inmigración se reconfigura tratando a los inmigrantes como conjuntos de datos que hay que gestionar y controlar. Sin embargo, el grillete no solo vigila e intenta encerrar a los inmigrantes, sino que también mutila sus cuerpos. Estos dispositivos generan un calor intenso al cargarse, que luego quema la piel.¹¹³ Aquí es donde el grillete electrónico

110 Micah Houser, «The High Price of Freedom for Migrants in Detention», *The New Yorker*, 12 de marzo de 2019, www.newyorker.com/news/news-desk/the-high-price-of-freedom-for-migrants-in-detention.

111 Ruha Benjamin, *Race After Technology: Abolitionist Tools for the New Jim Code* (Medford, MA: Polity, 2019).

112 Chaar-López, «Sensing Intruders».

113 Michael E. Miller, «This Company is Making Millions from America's

no oculta sus antiguas conexiones con la historia de la plantación y la esclavitud. Se hace eco del sentido de la marca como vigilancia racializadora.¹¹⁴ Las condiciones de vida en la detención se extienden por toda la superficie de la piel de estos migrantes, subrayando el hecho de que no todos los cuerpos son vigilados de la misma manera. Algunos cuerpos se convierten en marcables y engrilletables, mientras que otros no.

El grillete con GPS contribuye a transformar los cuerpos y las vidas de los migrantes detenidos —al igual que ocurre con los que están en libertad condicional— en material de extracción. El alquiler y las cuotas mensuales empujan a los encadenados al endeudamiento mientras su futuro sigue siendo incierto. El *coyote*¹¹⁵ (o contrabandista), entendido desde hace tiempo en los estudios sobre la frontera como un producto de la política y de las operaciones de inmigración de Estados Unidos, es la otra cara de la misma moneda. El coyote extrae valor de las condiciones precarias de los inmigrantes ilegales. El coyote se beneficia de ayudar a estos inmigrantes a navegar por las fronteras sin ser vigilados. Por su parte, Nexus se beneficia de la intensa vulnerabilidad de los inmigrantes como sujetos vigilados. La precariedad es tanto un producto del capital como la base para la (re)producción de materia extraíble.

La inmigración ha sido a menudo tanto una respuesta a la precariedad como una causa de la misma. La migración ilegal es un movimiento desesperado de

Broken Immigration System», *The Washington Post*, 9 de marzo de 2017, www.washingtonpost.com/local/this-company-is-making-millions-from-americas-broken-immigration-system/2017/03/08/43abce9e-f881-11e6-be05-1a3817ac21a5_story.html.

114 Simone Browne, *Dark Matters: On the Surveillance of Blackness* (Durham, NC: Duke University Press, 2015).

115 En castellano en el original [N. del T.].

personas desesperadamente precarias que han sido privadas de su sustento por las mismas industrias que crean los objetos por los que deben hipotecar sus vidas. Aquellos cuyas vidas han quedado marcadas por la exportación de la guerra del imperio están atrapados en la producción de su propio desplazamiento y migración.

En las zonas de enriquecimiento, entre esos liberales que están llenos de pánico y que pertenecen a la clase ofendida, es sobre todo la vigilancia, la evaluación y el control del grado de consumo lo que genera los artículos de opinión. Incluso los hombres blancos que tienen un trabajo y un hogar, y que no piensan mucho sobre lo que les puede pasar cuando caminan por la calle, están empezando a preocuparse por los datos de su Fitbit, o por si Alexa conoce sus hábitos pornográficos.

Estos problemas de las zonas ricas requieren dos tipos de contextos. Uno es el histórico. Las formas de vigilancia que se deslizan en esas vidas enriquecidas tienen precedentes, y esos precedentes pueden ser muchos y variados, pero todos ellos fueron laboratorios que experimentaron con «lo humano» para hacerlo precario en formas siempre nuevas.

El otro contexto es la observación de las zonas de agotamiento que nos rodean hoy en día, en donde los tipos de intrusión de la vigilancia en la vida cotidiana se extienden mucho más allá de los propósitos de mantener en privado los hábitos personales de navegación por internet. Las personas precarias, tanto del pasado como del presente, son a la vez sujeto y producto de laboratorios cuyas técnicas son cada vez más generalizables en la era de la vigilancia y el control digitales.

8

LA CLASE OFENDIDA

Últimamente, ni siquiera los chicos más blancos tienen ya seguridad. La automatización hace que los puestos de trabajo de las clases antes privilegiadas, exentas y aisladas de los trabajadores técnicos y creativos, sean cada vez más vulnerables a la obsolescencia. El reino mágico de la interrupción de esto o la innovación de aquello, y el hecho de que la vida de otras personas gire alrededor de ellos, también les ha alcanzado. Sin embargo, la precariedad que estas clases privilegiadas están experimentando ahora no es comparable en grado alguno con la de aquellos que han carecido de tales privilegios raciales, de género y económicos.

No se lo están tomando demasiado bien. Algunos parecen tener ideas correctas y están empezando a organizarse en tanto trabajadores, o están empezando a someter los objetivos finales de su trabajo al escrutinio ético y político. Otros se desahogan en formas contraproducentes. Algunos incluso se vuelven *fash*, como ahora se llama a los (neo)fascistas. Otros reaccionan de formas aún más extrañas, como veremos más tarde.

Pensemos en el Kai Anderson de Evan Peters en *American Horror Story: Cult*, un chico blanco precario y desempleado amante de Trump que funda una secta supremacista blanca que atrae a mujeres de color, queers y liberales. La estrecha relación que tiene con su hermana, que apoya a Clinton, refuerza la incisiva observación de AHS: *Cult*: las respuestas a la precariedad son cada vez más extrañas e ilógicas; además, la demócrata liberal tiene más en común con una fanática de Trump de lo que está dispuesta a admitir.

Ni burgueses ni proletarios, ya que la industria de las start-ups de Silicon Valley reorganiza la noción misma de propiedad de los medios de producción. Se trata de una clase que acaba de ser ofendida y que consiste en aquellos que pensaban que ya no eran trabajadores —al menos no trabajadores clásicos de cuello azul—.¹¹⁶ Antes compartían la sensación de estar exentos de la implacable lógica de la explotación. Ahora, ellos y sus descendientes ven que la buena vida se les escapa de las manos. Los trabajadores que tenían su puesto de trabajo asegurado a medidos del siglo XX, y que se creían expertos en cómo bunkerizar la buena vida que tenían, se han convertido ahora en la clase ofendida.

El sentimiento de ser «colegas de tecnología»

Uno de los arquetipos de la clase ofendida tiene un nombre; de hecho, un estereotipo. La figura del «colega de tecnología» (*tech bro*) es una consecuencia de este nuevo paisaje de vulnerabilidad masculina específicamente burguesa. Se utiliza para describir una subcultura de trabajadores y empresarios que trabajan con la tecnología, que son mayoritariamente masculi-

116 Trabajador manual de fábrica [N. del T.].

nos y mayoritariamente blancos (o que actúan como blancos) y que están asociados a la cultura chauvinista de Silicon Valley. Los programadores blancos ocupan una posición privilegiada dentro de la economía californiana, una posición de clase que surgió históricamente en conjunción con las ansiedades de los trabajadores blancos en relación a los trabajadores asiáticos contratados a mediados del siglo XIX.¹¹⁷

Por simplificar, podemos situar al auge del discurso de los «colegas de tecnología» en el período posterior a la crisis financiera de los años 2007-2008. Ocurrió entonces, como reacción a la corriente principal que criticaba la forma en que la industria tecnológica normalizaba una cultura tecnocrática, libertaria, privilegiada y meritocrática basada en la explotación y la exclusión laboral por motivos de clase, género y raza.¹¹⁸

La identidad y el estilo de vida de los colegas de tecnología abarca campos como la informática, el diseño y la ingeniería. Lo que resulta especialmente irónico es que muchos de los miembros de la clase ofendida han contribuido activamente, si no han diseñado directamente, los medios de su propia desaparición. Pensemos en cómo el aprendizaje automático acaba desplazando la autoridad tecnológica de los programadores informáticos de rango inferior. El programador ya no siente que tiene el control, ya no es capaz de comprender lo que él (o a veces ella) crea. Llegados a este punto, cabe preguntarse si incluso Google entiende sus propios algoritmos de búsqueda.¹¹⁹

117 Alexander Saxton, *The Indispensable Enemy: Labor and the Anti-Chinese Movement in California* (Berkeley, CA: University of California Press, 1971).

118 Silvia Lindtner, *Prototype Nation: China and the Contested Promise of Innovation* (Princeton, NJ: Princeton University Press, 2020).

119 Joque, *Infidel Mathematics*.

Las viejas técnicas para recuperar el control ya no funcionan. Las estrategias conocidas de abrir la caja negra, luchar contra los dueños de las empresas y contra el sistema han perdido su fuerza. Los que una vez tuvieron el poder de oponerse, de hacer un mundo nuevo a su imagen y semejanza, anhelan lo que consideraban solo suyo: la agencia, el control, la autoría, la voz y la capacidad de acción. La figura juguetona, atrevida e irrastreable del hacker, o de la clase hacker, ha quedado obsoleta a pesar de los mejores esfuerzos por parte de las personas más conscientes de su clase.¹²⁰

El trabajador del sector de la tecnología, que se ha visto mermado en los últimos tiempos, y que se ha imaginado *de facto* como blanco y masculino, lucha contra la renuncia a las fantasías pasadas del progreso moderno, y contra la renuncia a la seguridad de que, durante mucho tiempo, se ha representado para algunos como algo que solo podía conseguirse a expensas de otros: la clase media norteamericana, la familia nuclear, la promesa tecnológica y el desarrollo económico. La repentina conmoción de los chicos blancos no es, sin embargo, una toma de conciencia de la violenta destrucción del proyecto modernista de la reproducción del mundo a su imagen y semejanza. Los intentos de «resolver» la nueva precarización de la industria tecnológica no han producido un ajuste de cuentas con su propio apego a un legado que celebra el progreso y el avance tecnológico, sino una reconceptualización de la masculinidad como un retorno nostálgico a los valores tradicionales o a un proyecto neocolonial.

120 McKenzie Wark, *A Hacker Manifesto* (Cambridge, MA: Harvard University Press, 2004). [Ed. cast: *Un manifiesto hacker*, Alpha Decay, Barcelona, 2006].

La vuelta a la artesanía

En Estados Unidos, el «productor» (*maker*) es otra figura que ha surgido de la afrenta a esa masculinidad blanca que ha empezado a ser vulnerable. El surgimiento de un «movimiento de productores» global, tal y como se ha dado a conocer, nació a raíz de la crisis financiera de 2007-2008. La industria tecnológica occidental ha sido testigo de una vuelta a la artesanía, de una nostalgia y de un anhelo por lo que algunos (en su mayoría hombres) tuvieron alguna vez: un sentido de agencia y de control. Los portavoces de estos productores han sido figuras importantes (en su mayoría hombres, algunos blancos, aunque no todos) de las industrias tecnológicas estadounidenses y europeas. Los productores, dijeron, estaban «recuperando» una masculinidad y una seguridad que se habían perdido bajo la producción en masa, la desindustrialización del norte global, la globalización, la externalización y la automatización. Esta masculinidad se ha basado en una profunda conexión con la máquina, un compromiso práctico con la tecnología (y, por extensión, con la naturaleza, los materiales y la vida misma) y con auténticas formas de artesanía.¹²¹ Consideramos que esta forma perdida de masculinidad formaba parte de lo que en su día permitió a los hombres conservar su agencia y proteger su trabajo de la feminización durante el proceso de industrialización de principios del siglo XX.¹²²

Este retorno nostálgico a la artesanía «no es el trabajo de bricolaje “do it yourself” que hace tu padre», según uno de sus portavoces, Chris Anderson.¹²³ Sin

121 Lindtner, *Prototype Nation*.

122 Judy Wajcman, *Feminism Confronts Technology* (University Park, PA: Pennsylvania State University Press, 1991).

123 Chris Anderson, *Makers: The New Industrial Revolution* (New York: Crown Business, 2012). [Ed. cast: *Makers, la nueva revolución industrial*,

embargo, muchos invocan una figura paterna familiar pero distante; lo que ya no pueden sostener con fuerza entre sus manos es lo que hacía que sus padres fueran varoniles, masculinos, sanos. Este padre es de una época anterior, un hombre de clase media, autoritario, benévolos y que tenía éxito, que sabía cómo cuidar de su coche y de su hogar, que fue socializado, gestionando y amado a través de los principios de racionalidad, ingenio y la capacidad de arreglar cosas. Según sus defensores, la novedad de este «*do it yourself*» es, de hecho, revolucionaria¹²⁴ porque las herramientas e instrumentos del productor (desde la impresión 3D hasta las plataformas de hardware de código abierto) parecen dar a los individuos el control, no solo de la artesanía, sino de los medios de producción.¹²⁵

El anhelo nostálgico de hombres como Anderson por una época que una vez fue, y que tiene como objetivo devolver un sentido de agencia y control a los chicos blancos, no logra lidiar con su complicidad en los proyectos coloniales y neocoloniales de explotación. Esta nostalgia consiste fundamentalmente en la recuperación del privilegio masculino, y de la protección frente a la precariedad, que supone el ataque de la crisis financiera de 2007-2008 a la promesa del progreso tecnológico.

La élite tecnológica ha respondido con ira a la precariedad generada por la economía digital, de la misma forma que sus antepasados colonizadores y corporativos. Se tapan los oídos con las manos, se niegan a escuchar las quejas de las personas precarias; se

[1] Empresa Activa, Barcelona, 2013]

¹²⁴ *Ibid.*

¹²⁵ Esto es lo que Lindtner llama el «campo de juego socialista» en *Prototype Nation*, fusionándolo con los avances de la fabricación digital y la automatización.

desentiendo con palabras bonitas de su responsabilidad y fantasean sobre cómo escapar con su dinero después de que caigan sus imperios.

Viajes tecnológicos neocoloniales y planes de fuga apocalípticos

Para su declaración ante los Comités de Comercio y de Justicia del Senado de los Estados Unidos en 2018, Mark Zuckerberg, de Facebook, se puso traje y corbata —como si llevar ropa de hombre adulto demostrara al mundo que se puede confiar en que su compañía esté haciendo algo propio de personas adultas para conseguir algún cambio—. Durante su intervención habló del fracaso de Facebook a la hora de evitar que la consultora política Cambridge Analytica y las potencias extranjeras influyeran en los votantes estadounidenses. Compartió su visión de Facebook como «una compañía idealista y optimista», una empresa que está principalmente «centrada en todas las cosas buenas que pueden surgir de la conexión entre las personas»¹²⁶ —como si este tipo de discurso alegre hiciera desaparecer el escrutinio de los grandes motores de vigilancia de Facebook—.

La suposición del discurso de Zuckerberg es que conectar entre sí a toda la población mundial a través de internet, o más bien a través de Facebook, resolverá rápidamente los problemas de la creciente precariedad. Esta visión tecno-utópica de la conectividad oculta hasta qué punto estas mismas conexiones sostienen a la plataforma propietaria que las permite y de la que Facebook extrae datos y rentas. Los intentos

126 Mark Zuckerberg, «Opening Statement to the Senate Judiciary and Commerce Committees on Facebook Data Privacy», *American Rhetoric*, 10 de abril de 2018, www.americanrhetoric.com/speeches/markzuckerbergcongressopeningstmt.htm.

de Zuckerberg de subsumir a la población mundial en su parque temático de marca como si fuera algo que se hace por nuestro propio bien —por ejemplo, el impulso de Zuck para que la India adopte Free Basics de Facebook— elude el deseo de guardar cada vez más datos de los usuarios a través de los servidores de su compañía, capturando información y analizándola para mejorar la plataforma y aumentar el valor de las acciones de Facebook. Facebook es un ejemplo de un modelo emergente de dominio de clase basado en las asimetrías de la información. El usuario tiene acceso a sus propios amigos, o a distracciones, o a información vital, o a pornografía, pero solo a pedazos. La información en conjunto pertenece siempre y únicamente a la caja negra de la corporación.

Este tipo de poder corporativo a través de las asimetrías de la información tiene que seguir creciendo y creciendo. Ya en 2016, Zuckerberg viajó a Nigeria y Kenia, donde se reunió con los actores clave de lo que el CEO de Facebook llamó «el ecosistema informático emergente de África». Más discurso feliz. Zuckerberg salió al paso de las historias que han surgido en los medios de comunicación occidentales, y que retratan ahora a las regiones de lo que se llama antigua periferia como el centro emergente de la innovación contemporánea. En ellas se muestra lleno de esperanza en una época de dudas sobre las promesas de la industria tecnológica occidental, el progreso moderno y la complicidad de la industria tecnológica.

Desde África hasta China, las zonas de la llamada «periferia tecnológica» reciben felicitaciones por los esfuerzos que están haciendo por seguir los pasos de Silicon Valley. Kenia es apodada la «Silicon Savannah» por sus avances en el campo de las finanzas digitales.

les, las incubadoras tecnológicas, y las innovaciones informáticas locales como BRCK y la plataforma de crowdsourcing Ushahidi, entre otras. Shenzhen, en el sureste de China, es la «Silicon Valley del hardware». Esta región, antes tachada de atrasada y artificial, ahora recibe todo tipo de felicitaciones por haber escapado a los peligros de Occidente en cuanto a regímenes de propiedad intelectual y modernización. Probablemente, haya algún desierto en algún lugar del planeta que esté recibiendo también todo tipo de felicitaciones por haberse convertido en el «Silicon del Silicio».

En estas historias felices, la necesidad y la falta de recursos en el llamado mundo en desarrollo se celebran como la clave del poder transformador de la innovación. Erik Hersman, un empresario que creció en Kenia y Sudán, y que se refiere a sí mismo como «el africano blanco», describe del siguiente modo este sentimiento en una charla TED: «Si funciona en África, funciona en todas partes».¹²⁷ Regiones como Kenia y el sur de China se presentan como un conjunto de herramientas esperanzadoras en donde se pueden recuperar las promesas de la producción tecnológica occidental, a pesar de su atraso y subdesarrollo. Las aspiraciones neocoloniales se combinan con los tropos neoorientalistas de la alteridad.

Sin embargo, las formas en las que los tecnólogos responden a esta recién descubierta sensación de inseguridad no son siempre tan prácticas. Las élites de Silicon Valley han empezado a construir planes elaborados y fantásticos para escapar del apocalipsis. Frente a un resultado que ya se empieza a imaginar,

¹²⁷ Erik Hersman, «Reporting Crisis via Texting», TED video, 3:44, grabado en noviembre de 2009, www.ted.com/talks/erik_hersman_reporting_crisis_via_texting/details?language=bi.

y que consiste en el cambio climático global, la catástrofe económica, o incluso en los levantamientos por parte de la izquierda contra el 1%, las ideologías de los neorreaccionarios tecnológicos —los Peter Thiels y Mencius Moldbugs del mundo— empiezan a recurrir a la persistente estrategia reaccionaria de la salida o la huida para preservar un privilegio que prevén que se les escapará de las manos.

La fantasía del Seasteading Institute es construir una isla artificial, una ciudad-Estado hiperliberal que flote libremente en los océanos, después de que ya hubiera subido el nivel del mar, y entre las crecientes islas de plásticos; otros fantasean con construir búnkeres subterráneos en regiones relativamente «desoladas» que hayan escapado a la extracción y al agotamiento, como Nueva Zelanda.¹²⁸

También está la última fantasía que consiste en repetir el gesto imperial a escala interplanetaria. ¡Vamos a colonizar Marte! Así podremos olvidar tranquilamente que las economías de agotamiento digitalmente aceleradas están haciendo algo parecido a «venusizar» la Tierra a través de un efecto invernadero desbocado.

Lo que tienen en común estas fantasías de los chicos blancos es que son formas de huir de las zonas de agotamiento, agotamiento en el que es muy posible que estén implicados, antes de que la precariedad y la toxicidad que generan les alcance.

La promesa de la autosuperación

Nuestros tecnócratas pretenden liberarse y aislarse del sentimiento generalizado de inseguridad.

128 Matthew Gault, «Hunting Silicon Valley's Doomsday Bunkers», *Vice*, 20 de mayo de 2019, www.vice.com/en_us/article/kzmzyx/hunting-silicon-valleys-doomsday-bunkers-in-new-zealand-documentary.

Al mismo tiempo, han construido redes que alimentan la proliferación de etnonacionalismos que están digitalmente mediados, de llamamientos directos a abandonar incluso las formas más superficiales de democracia, de deseos publicados de un futuro orden mundial compuesto por monarquías corporativas hiperreactionarias y neomercantilistas, y de un montón de basura consistente en teorías de la conspiración sobre alunizajes falsos, vacunas que causan autismo y terraplanismo. La cultura y la comunicación se convierten en zonas agotadas, no solo de lo que es factualmente cierto, sino de lo que es útilmente imaginativo. Es como si nuestros señores digitales se sintieran más seguros en su comunidad cerrada si los que estamos fuera de ella nos empezáramos a matar entre nosotros. Los más provocadores de entre los que se encuentran en el lado equivocado de los privilegios son los miembros de la clase ofendida. La blanquitud ya no te da necesariamente un asiento de primera clase —ni siquiera de clase ejecutiva, y ni siquiera de clase económica plus— en el bote salvavidas.

Los teóricos que esperen comprender a aquellos que una vez pertenecieron a la clase media blanca y artificial del Estado del bienestar se enfrentan a una doble dificultad. La crítica puede tomarse en serio la desafección de una población blanca que se siente expuesta a una vulnerabilidad que quizás muchos estén experimentando por primera vez, ya que las condiciones de precariedad están cada vez más generalizadas. Por otro lado, no sentimos más que repugnancia por el racismo, la discriminación sexual y de género, la xenofobia, el clasismo y el odio genérico a la diferencia que, tan a menudo, se convierten en el refugio de la ansiedad. Los chicos blancos están entrando en ese lugar en

el que se tiran las cosas a la basura, y en el que su piel no siempre podrá salvarlos. Con demasiada frecuencia, su respuesta es ponerse una armadura como la que llevaban los caballeros de las cruzadas.

Estos chicos blancos que acaban de verse desprovistos de su poder también buscan la restauración de sus frágiles egos en la promesa de otras formas de autosuperación —una economización y bastardización de las posibilidades que tienen los aquelarres de los cuidados—. Una línea de autoayuda que parece estar específicamente diseñada para alejar a los hombres blancos de respuestas más radicales a sus recién descubiertas vulnerabilidades proviene del sumo sacerdote de los chicos blancos ansiosos: Jordan Peterson.¹²⁹ Con una mezcla de psicología blanda, tópicos de autoayuda, y teorías conspirativas pseudointelectuales sobre estudios étnicos y estudios sobre la mujer, además de una historia impecable sobre langostas,¹³⁰ Peterson presenta a sus seguidores el regalo de un objeto sobre el que pueden proyectar sus nebulosas ansiedades: la figura del *marxista cultural*. Les dice que los defensores de la «política de la identidad» son en realidad comunistas con piel de cordero, y que el posmodernismo es, en realidad, un marxismo enmascarado. Mientras el capitalismo erosiona aún más sus mundos de vida, Peterson canaliza hacia las mujeres y la gente de color todo el resentimiento de sus seguidores, en su mayoría hombres blancos.

Los bustos parlantes como Peterson explotan la dinámica del pantano informativo en el que todos es-

129 Dorian Lynskey, «How Dangerous is Jordan B. Peterson, The Rightwing Professor Who 'Hit a Hornets' Nest?» *The Guardian*, 7 de febrero de 2018, www.theguardian.com/science/2018/feb/07/how-dangerous-is-jordan-b-peterson-the-rightwing-professor-who-hit-a-hornets-nest.

130 Autor que utiliza el ejemplo de las langostas para explicar lo que él define como «jerarquía natural» [N. del T.].

tamos obligados a pescar bocados de entretenimiento e información. Estar en contra de algo o de alguien en nombre de un valor del que se puede convencer a la gente, y que se reivindica como una verdad inmutable, genera más polémica que claridad. Las zonas de extracción de información diseñadas para Facebook y sus rivales comparten la cualidad de alimentarse de cantidades más que de calidades de información y, por lo tanto, los bucles de retroalimentación positiva de indignación y rencor no son un error sino una característica valiosa de su diseño.

La existencia de estas figuras enfrenta a cualquier contraestrategia a una doble dificultad. Ignóralos, y captarán la atención fugaz de los chicos blancos ansiosos. Interactúa con ellos, y los empezarás a legitimar y a sumar clics y likes a sus perfiles. El intento de apartar la atención de los chicos blancos de esas figuras no se puede imponer a todas aquellas personas que están tan interesadas en otras figuras. Es un trabajo para especialistas. Si se quisiera construir una contra-táctica ejemplar, se podría tomar como ejemplo a Natalie Wynn, cuyo canal de vídeo de YouTube ContraPoints comenzó como un intento de persuadir a todos aquellos que se sienten atraídos por el lenguaje de la masculinidad ofendida para que piensen de otra manera.¹³¹

Lo que hace que funcione, curiosamente, es que Wynn es una mujer trans. Su transición se ha podido ir viendo a lo largo de la realización de los vídeos. Con sus vídeos se puede trazar un doble camino en el que, por un lado, se proporcionan formas de pensar contrarias a la rabia mimética de la masculinidad ofendida y, al mismo tiempo, se produce una transición de la mascu-

131 Natalie Wynn, ContraPoints, www.contrapoints.com.

linidad hacia su propia persona. Por supuesto, no todos los chicos blancos con problemas son mujeres trans, pero todo chico blanco con problemas podría ser otra persona. Todos los chicos blancos con problemas tienen el poder de renunciar a la fantasía de querer estar en el transbordador que los Zuckerberg y Musk usarán para irse a Marte —que se irá, si es que lo hace, sin ellos—.

Al igual que Wynn, lo que pedimos a la clase ofendida es que, en lugar de aferrarse a la supremacía para adormecer el dolor de la precariedad, se movilice contra los motores del capitalismo, lo que comienza con el reconocimiento de una precariedad compartida pero desigualmente distribuida. Tomando prestado a Fred Moten, «la alianza surge de tu reconocimiento de que estás jodido, del mismo modo que nosotros ya hemos reconocido que estamos jodidos. No necesito tu ayuda; solo necesito que reconozcas que esta mierda te está matando a ti también, estúpido hijo de puta, aunque sea más suavemente, ¿entiendes?». ¹³²

132 Harney y Moten, *The Undercommons*.

9

RESTAURAR EL MUNDO AGOTADO

Ahora debemos pensar y actuar en un mundo agotado y que está en vías de agotamiento: agotado por regímenes de extracciones concatenadas y ramificadas, estratificadas y laminadas unas sobre otras. Lo podemos llamar Antropoceno o Capitaloceno o como queramos. Algunas zonas de este mundo están, en efecto, mucho más agotadas que otras, y algunas zonas siguen enriqueciéndose con la destrucción de otras. Nos sorprende lo mal equipados que estamos para ofrecer tácticas que mitiguen esta situación. Algunas de nosotras percibimos el poder como algo totalizador e inevitable; otras nos sentimos demasiado implicadas en el entorno digital y en sus posibilidades como para plantear tácticas o soluciones a la precariedad digital. A pesar de la impotencia que sentimos, escribimos este capítulo en un intento de darte a ti, lector, lectora, algo a lo que te puedas agarrar.

Hay que reconocerlo: muchas personas luchan sin tener derechos de negociación colectiva, dentro de la inminente catástrofe ambiental y de la antinegritud

ambiental,¹³³ y a pesar de la violencia del poder policial y de la criminalización de la pobreza y la protesta.

La carga de la solución a la precariedad recae con demasiada frecuencia en las que ya son las más precarias. Pero a veces hay que dar dos pasos hacia atrás para dar tres pasos hacia adelante, y sacar fuerza y valor de nuestros antepasados radicales, de nuestras tíos queer y de nuestro tíos *freaks* que ya se han enfrentado a estos dilemas. Aprendemos de los colectivos feministas de mujeres de color y de otras comunidades de personas precarias que ya saben cómo construir mundos a partir de los escombros: grupos de lectura, noches de juegos, y actos de bondad y subsistencia.

Gloria Anzaldúa: «Tal vez estés tan cansada como yo de sufrir y de hablar del sufrimiento [...] Basta de gritar contra el viento —toda palabra es ruido si no está acompañada de acción—. Dejemos de hablar hasta que hagamos que la palabra sea luminosa y activa [...] Con este puente [...] hemos comenzado a salir de las sombras; hemos comenzado a revientar rutinas y costumbres opresivas y a aventar los tabúes; hemos comenzado a acarrear con orgullo la tarea de deshelar corazones y cambiar conciencias. Mujeres, a no dejar que el peligro del viaje y la inmensidad del territorio nos asuste —a mirar hacia adelante y a abrir [sic] paso a través del monte—. Caminante, no hay puentes, se hacen puentes al andar».¹³⁴

Consideramos que los imaginarios sociales dominantes son responsables de las múltiples, y a menudo conflictivas, visiones de las comunidades. Estas visiones están arraigadas en historias de explotación y

133 Christina Sharpe, *In the Wake: On Blackness and Being* (Durham, NC: Duke University Press, 2016).

134 Gloria Anzaldúa, «Foreword», en *This Bridge Called My Back: Writings by Radical Women of Color*, eds. Cherrie Morrraga y Gloria Anzaldúa (New York: Kitchen Table: Women of Color Press, 1983), III–IV. Todo el párrafo está en castellano en el original [N. del T.].

dominación cuando imaginan o diseñan la infraestructura del futuro. A su paso, los sujetos precarios rompen las cadenas del enclaustramiento para dejar que circulen y se propaguen diferentes modos de existencia.

Las infraestructuras han sido durante mucho tiempo las arterias de la extracción. Las infraestructuras digitales, desde la fibra óptica hasta las plataformas de comunicaciones, funcionan a partir de la desposesión, el genocidio, la reubicación forzada y la extracción. Las comunidades locales han respondido con una infraestructura digital «desencadenante». En lugar de poseer directamente los medios de producción, la apropiación de los medios de mediación se ha convertido en una forma de controlar la sangre vital de la circulación de las mercancías. Estos modos de extracción mediada (re)producen a los sujetos racializados como si fueran excedentes. En lo que sigue, nos fijamos en algunos proyectos frágiles e iterativos que probablemente se acaben rompiendo de algún modo. Cada pequeño fallo es un corte, una fisura en la infraestructura. Mayoritariamente locales, no exportables, estos proyectos regeneran, construyen y especulan otros futuros.

Los siguientes proyectos sirven de modelos para la reconstrucción de los bienes comunes tras su desmantelamiento por la privatización. No existen totalmente al margen de la economía de la privatización, sino que mantienen abiertas las infraestructuras cerradas. Estos proyectos reivindican el derecho de la comunidad a controlar su tecnología. Queremos mantener abierto el alcance en el que estos proyectos puedan ofrecer un atisbo de la posibilidad de construir algo parecido a un bien común que se asiente sobre los canales de comunicación que ya han sido privatizados.

Sin embargo, también reconocemos que este tipo de proyectos pueden tener una función más perniciosa: la de descargar el trabajo de construcción, reparación y mantenimiento de las infraestructuras en unas comunidades precarizadas que ya han perdido terreno ante la economía del agotamiento.

Dado que los ordenadores ofrecen comodidad, distracción, conexión social, eficiencia y placer, no podemos renunciar a ellos ni a su uso. Estos proyectos apuntan a formas alternativas de relacionarse con la tecnología. No obstante, señalamos que nuestras discusiones sobre proyectos concretos no deben interpretarse como una aprobación ni como una condena de las prácticas organizativas. Más bien, consideramos que estas iniciativas se mantienen en tensión con respecto a la precariedad, el capitalismo y la vigilancia.

Ejemplo 1: programa de administradores digitales de Detroit

Los esfuerzos que se han hecho después de la desindustrialización para «revitalizar» la ciudad de Detroit nos devuelven a nuestra anterior teorización sobre el laboratorio. A menudo, Detroit es considerada por la gente blanca de todo el espectro político como el modelo del inevitable declive del *Made in America*, como los restos de la externalización de la producción. Nos hacemos eco del trabajo de los líderes comunitarios, de los activistas y de los académicos negros para refutar la caracterización de Detroit como un desecho; pero, a la vez, llamamos la atención sobre los proyectos (tanto los que se imponen en Detroit como los que implementan las comunidades locales) que están comprometidos

y/o trabajan contra el modelo de innovación del laboratorio de la vigilancia.

Comenzamos con el programa de administradores digitales de Detroit, Michigan, un proyecto que se desarrolla en barrios altamente segregados y predominantemente latinos y afroamericanos (y, en algunos casos, que se han gentrificado rápidamente). Los administradores digitales, apoyados por una asociación entre Allied Media Projects y el Open Technology Institute, son residentes de barrios en el que viven personas con bajos ingresos y en el que forman a los residentes locales en instalación, mantenimiento y soporte de la tecnología de red. Algunos tienen experiencia en soporte o construcción de redes; otros son jóvenes o ancianos sin experiencia previa en tecnología.

El grupo instala y mantiene redes malladas en los barrios de Detroit, utilizando hardware con el que se construyen redes de área locales (LAN) para la comunicación hiperlocal y para las bibliotecas compartidas de recursos de audio y texto. Estas redes malladas también pueden actuar como amplificadores de la internet inalámbrica, ampliando el alcance de un único punto de acceso Wi-Fi para abarcar no solo una casa individual, sino una manzana entera. Así, los vecinos pueden compartir el acceso a internet con los demás y, en el proceso, ayudarse mutuamente a resolver los problemas de conexión.

El hardware y el soporte de la red están económicamente fuera del alcance de muchos residentes de las comunidades desatendidas. El Detroit Community Technology Project, la organización que dirige el programa de los administradores digitales, gestiona una red de acceso a internet para la población local que también facilita que la comunidad pueda autodeter-

minarse. Este grupo trabaja con las comunidades para decidir cómo van a utilizar sus conexiones de área local y para supervisar el uso equitativo del ancho de banda entre ellas.

En los últimos años, este trabajo se ha ampliado para incluir la creación de un manifiesto impreso y una guía sobre las formas en las que la comunidad puede defenderse frente a la vigilancia y la extracción digital, llamada «Our Data Bodies».¹³⁵

También incluye un plan de respuesta a las catástrofes que incluye líneas LAN que funcionan con baterías, kits portátiles que amplían el alcance de la red en caso de avería, estaciones portátiles de carga con energía solar, que también hacen las veces de mapas para obtener alimentos y refugio en zonas locales, y una formación, que ha sido organizada por la comunidad, para que la gente pueda utilizar las redes para que se puedan distribuir recursos más fácilmente y para proporcionar refugio en caso de catástrofes naturales.

Al afirmar que la comunicación es un derecho humano, estos proyectos de infraestructuras digitales de Detroit no están siendo ni tecnofóbicos ni tecnófílicos, ni tampoco tecnóoptimistas ni tecnópesimistas. Por el contrario, reducen «lo digital» a su capacidad fundamental como herramienta de comunicación. El Detroit Community Technology Project es un experimento de redes de seguridad social. Estas imaginan otra trayectoria: ¿qué pasaría si internet se hubiera diseñado para el barrio, para la articulación de diferentes socializaciones, en lugar de para las salas de juntas, los centros comerciales y los campos de batalla?

135 Allied Media Projects, *Our Data Bodies: Digital Defense Playbook* (Detroit, MI: Allied Media Projects, 2019).

Ejemplo 2: Palestina y Maps.me

Israel lleva mucho tiempo experimentando diferentes modos de gobierno y de genocidio sobre los palestinos. Desde la limitación del número de calorías por persona que pueden entrar en Gaza hasta la experimentación con fósforo blanco, los cuerpos palestinos son objeto de vigilancia y de muerte prematura.

Uno de los efectos secundarios inesperados del capitalismo de plataforma es el aumento de la precariedad de los sujetos subalternos. Por ejemplo, la supremacía de Google Maps y de Waze, propiedad de Alphabet, junto con la falta de mapas precisos de Palestina en estas plataformas, ha hecho que el conocimiento local del pueblo palestino no esté integrado en estas aplicaciones. Además, el apartheid tecnológico promulgado por Israel ha hecho que los palestinos no siempre puedan acceder a las redes 4G.¹³⁶

Por esta razón, varios palestinos han lanzado aplicaciones cartográficas alternativas, como QalandiaApp y Azmeh. Basel Sader, un estudiante de derecho de 20 años, que en 2015 desarrolló la aplicación Azmeh para los sistemas operativos iPhone y Android, y que se puede usar tanto en inglés como en árabe, lo ha explicado de esta manera: «Esta aplicación no puede darles [a los palestinos] la libertad de movimiento, pero puede facilitarles las cosas».¹³⁷ Estas dos aplicaciones presentan las condiciones de tráfico que los propios usuarios envían cuando están en los puntos de con-

136 Helga Tawil-Souri y Miriyam Aouragh, «Intifada 3.0? Cyber Colonialism and Palestinian Resistance», *The Arab Studies Journal* 22, no. 1 (2014): 102–133.

137 Areej Hazboun, «New Apps Help Palestinians Navigate Israeli Checkpoints», *AP News*, 18 de noviembre de 2015, <https://apnews.com/117d524e2aba4ab19ec01c3d3e50aa06>.

trol israelíes; además están diseñadas para funcionar en redes lentas. A los cinco meses de su lanzamiento, 11 000 usuarios de Azmeh pudieron encontrar los datos de tráfico de 47 puestos de control.

En diciembre de 2017, la revista *Wired* presentó Maps.me como una aplicación de navegación paso a paso que utilizan los palestinos, basada en datos de código abierto y que puede descargarse para su uso sin tener conexión a internet. La aplicación se basa en los datos de OpenSourceMaps (OSM), un proyecto colaborativo dirigido por voluntarios, gratuito y abierto que crea mapas base. Los voluntarios de OSM Palestina también tienen dificultades para hacer mapas de Palestina, entre las que se encuentran las condiciones geográficas y de tráfico que cambian constantemente debido a los bombardeos y a los puestos de control israelíes.¹³⁸ Además, la mayoría de los cartógrafos de Palestina no son locales: suelen ser israelíes de todas las orientaciones políticas o activistas de los derechos humanos que utilizan datos por satélite. Los cartógrafos hablan de cómo distinguir la información del ruido.

[...] hay algunas huellas que pasan por encima de vertederos, corrales, carreteras y edificios que parecen ser huellas de tanques, las estoy etiquetando como |carretera=pista |tripode-pista=grado3 |nota=parecen huellas de tanques |

Creo que solo deberíamos mostrar rasgos permanentes; las huellas de los tanques no lo son. Los agujeros de los tanques podrían serlo si son lo suficientemente grandes (muchos se convirtieron en estanques de pesca en Vietnam) pero los de Gaza no parecen tan grandes.¹³⁹

QalandiaApp, Azmeh, OSM y Maps.me hacen referencia a diferentes cuestiones: la violencia que

138 Kamil, «Towards Decolonial Futures».

139 *Ibid.*

crea rasgos geográficos; lo relacionado con el acceso y la responsabilidad; la información que puede o debe ser cartografiada; para quién debe cartografiarse y con qué propósito. Más que entender los mapas como objetos mundanos, estos proyectos indican lo que está en juego con las herramientas cartográficas basadas en aplicaciones. Los mapas pueden ser cruciales para la supervivencia, no solo para encontrar el Starbucks más cercano.

Los sistemas privatizados se aprovechan de las minorías raciales; estas economías regeneradoras permiten experimentar con nuevas formas de vida y solidaridad. Gloria Anzaldúa creía que las políticas radicales tienen que basarse en el cuerpo, en la creatividad estética, en la comunidad, y que «no hay puentes; se construyen puentes mientras caminamos».

Lo que se hace es siempre débil, está inmerso en un proceso y se construye en un terreno comprometido. En consecuencia, construir sobre la marcha requiere una forma diferente de articular lo común. Tal y como dice el proverbio zapatista, «preguntando caminamos». ¹⁴⁰

Tú, nosotros, nosotras, necesitamos permitir que el proceso de cuestionar lo que hay que hacer de cuenta de lo que hacemos, y nos una en la diferencia como forma de producir colectividad. Esto es lo que han hecho los proyectos digitales de Detroit y Palestina. Esto es lo que ha sido el proceso de escribir este libro. En el ejercicio del cuestionamiento, nos hemos movido hacia adelante y hacia los lados, aunque lo más importante es que hemos aflojado momentáneamente la intensidad con la que giramos las tuercas.

140 En castellano en el original [N. del T.].

Las vidas precarias soportan la carga del riesgo y la incertidumbre que son los efectos residuales de nuestra economía posdigital extractiva y agotadora. Los proyectos colectivistas y las economías regeneradoras inyectan esperanza y miedo en las conexiones entre los viejos mundos rotos con los nuevos mundos de resistencia; al mismo tiempo constituyen un tenue hilo.

Bajo lo que puede parecer un presente insoprible, algunas tienen la fuerza para volver a construir. Otras se retiran, buscando un tierno refugio en el *subcomún* de las redes de parentesco alternativo, en los aquelarres de los cuidados.

10

LOS AQUELARRES DE LOS CUIDADOS

Abracadabra, pata de cabra:¹⁴¹ los aquelarres de los cuidados existen en un estado de obstinada esperanza feminista y aguafiestas.

Los aquelarres suelen ser considerados como reuniones de brujas, y tal vez lo sigan siendo, aunque en la Edad Media los monjes también podían hacer aquelarres. En general, se cree que los antiguos aquelarres de brujas «tenían 13 miembros: seis hombres y seis mujeres, además de una gran sacerdotisa» para «producir la mejor armonía y los mejores resultados de la magia».¹⁴² No se trataba de una regla rígida, pero el tamaño era algo a tener en cuenta, ya que «tener muy pocos miembros significaba tener una magia ineficaz [y] tener demasiados hacía que los aquelarres se volvieran inmanejables».¹⁴³ El papel de la gran sacerdotisa consistía más bien en tener una intuición psíquica y

141 Referencia a la primera estrofa del conjuro que recitan un grupo de brujas mientras preparan la pócima para un hechizo en la obra *Macbeth* de William Shakespeare [N. del T.].

142 Rosemary Guiley, *The Encyclopedia of Witches, Witchcraft and Wicca* (New York: Facts On File, 2008), 77.

143 *Ibid.*

en dedicarse a la administración del aquelarre, y no en dedicarse a la reproducción de un electorado opresivo y ávido de poder del que las brujas habían deseado escapar con el aquelarre.

Por lo tanto, tal vez haya algo un poco brujeril, un poco clandestino, un poco mágico y un poco queer en las formas de cuidado y reuniones comunales que perduran obstinadamente en y en contra de los regímenes de gobierno digitales y de la extracción de valor. Los miembros que forman los aquelarres se ven entre ellos como familiares, pero no son necesariamente una familia. Además, no tienen ningún tipo de contrato vinculante entre ellos. Para las redes de extracción de valor, los aquelarres son un territorio interior que está en constante retroceso y que nunca se puede rastrear ni monetizar completamente. Además, los aquelarres se asientan entre los huecos y las fisuras de las lógicas de acumulación y anticipación.

Desde el punto de vista del propio aquelarre, es ahí donde se hace un lugar, un centro, un hogar en un mundo sin corazón. Los aquelarres de los cuidados perduran a pesar de las condiciones de dominación, violencia o eliminación. A veces, los aquelarres se apoyan en interfaces y redes digitales. Se forman y perduran en y contra las precarias condiciones de vida que imponen las redes. En el mundo conectado, ya sea real o imaginario, estar físicamente presente con los otros deseados se convierte en un privilegio del que disfrutan unos pocos; por ejemplo, mientras los mercados laborales transnacionales trasladan a las niñeras filipinas al extranjero, estas solo pueden comunicarse a través de WhatsApp con sus propios hijos que se han quedado en casa.

Recuerda: ¡duermes para tu jefe! Se supone que todo el tiempo que tenemos, nuestros poderes cognitivos y nuestra fuerza emocional tienen que dedicarse el trabajo; en cualquier momento, se les puede convocar para trabajar. La sede de Google en Nueva York tiene salas de reuniones «temáticas». Una de ellas parece una antesala barroca reimaginada por agentes inmobiliarios de Florida. Otra de las salas intenta simular el salón de una familia de clase media de los suburbios estadounidenses, con su mesa de centro, su sofá de felpa y sus lámparas de mesa. Incluso hay un montón de juguetes para niños en un rincón. Uno solo puede imaginar los sentimientos de los empleados reales, que tienen familias e hijos, y a los que se les convoca a reuniones los fines de semana en esta sala que se esfuerza por duplicar todo aquello que están obligados a dejar atrás. Incluso, si alguien tiene una familia heteronormativa, o algo parecido, a la que puedan volver, es posible que necesite un aquelarre de cuidados para recoger los pedazos que queden.

La presencia constante de la información y la conexión divide el tiempo individual en obligaciones aparentemente aleatorias, e incluso caóticas, para el trabajo asalariado. En lugar de liberar al trabajador de la tiranía del lugar de trabajo, el teléfono móvil hace que el lugar de trabajo esté en todas partes. Todo el espacio se convierte en una oficina abierta en la que los hombres gritan a sus teléfonos como si el destino del mundo dependiera de ello. En respuesta, el aquelarre se esconde a la vista de todos en el mensaje de un grupo o en un canal escondido de Slack, para aquellos que no consiguen fingir que son los amos del universo.

Nos inspiramos en un aquelarre feminista de estudiantes graduados que existe en la universidad de

Kentucky. El aquelarre se hace en persona, pero también a través de mensajes privados y grupos de chat, y en los que se desarrolla un apoyo mutuo a través de hashtags empoderadores o memes que critican su situación. Reconocen que la universidad es un espacio de «competición, escasez, imperialismo, racismo y patriarcado», pero su objetivo común no es tan elevado y agotador como tratar de abordar a la vez estas estructuras culturales de precariedad.¹⁴⁴ En cambio, su objetivo es crear zonas feministas autónomas de empoderamiento y apoyo que existan y sobrevivan fuera de la universidad. El aquelarre aborda su propia precariedad a través del autocuidado y la comunidad, acogiendo los cuidados y reconociendo al mismo tiempo toda la mierda que está ocurriendo y que lo hace necesario.

En lugar de competir entre nosotras, colaboramos abandonando la audacia, cultivando normas de confianza en lugar de sospechas, elevando la amistad por encima del romance, basando nuestras relaciones en el trabajo político y la praxis feminista. Nuestra voluntad de amar y resistir conjura espacios momentáneos y habitables, donde soñamos con futuros alternativos y alimentamos nuestras energías para el cambio revolucionario. Los espacios feministas autónomos que creamos —estos grupos, nuestras amistades— nos dan la fuerza y el entusiasmo para no conformarnos con las pocas comodidades que da el convertirnos en profesionales universitarios. Sabemos que el éxito de algunas se hace a costa de otras más precarias. Reconocemos el cruel optimismo que supone aferrarse a los sueños de reconocimiento y respeto en la academia. Estamos en una situación poco esperanzadora, en una especie de catástrofe o *impasse*; pero, en cualquier caso, nos quedamos aquí.¹⁴⁵

144 Araby Smyth, Jess Linz, y Lauren Hudson, «A Feminist Coven in the University», *Gender, Place and Culture: A Journal of Feminist Geography* (2019): 2.

145 *Ibid.*, 3.

Los aquelarres de los cuidados a través de los cuales las personas se conectan y se apoyan mutuamente pueden tener raíces duraderas que se extienden profundamente en el suelo de un lugar determinado. O también pueden reunirse brevemente y desaparecer, como la formación de nubes en el espacio virtual. Muchas personas se ven obligadas a la movilidad, incluso cuando la fantasía de lo digital nos dice que la movilidad no es necesaria. A medida que los dictados del trabajo hacen que la gente se mueva cada vez más, desarraigándose y estableciéndose en una ciudad tras otra, los aquelarres de los cuidados que se dan en el mundo digital pueden, a veces, convertirse en lo único que permanece constante.

Los aquelarres de los cuidados requieren algo más que un compromiso casual. Significan anteponer algo más a los dictados del trabajo, considerándolos más valiosos que él mismo, incluso si su realización solo puede darse en sus márgenes. Y, sin embargo, los aquelarres de los cuidados no solo persisten a pesar de estas condiciones, sino que también pueden producir las condiciones para crear las posibilidades de vivir de otra manera. Ya en los años 70, Angela Y. Davis describió el trabajo de cuidados doméstico que hacían las mujeres en los EE.UU. en condiciones de esclavitud, y que se realizaba no en un hogar familiar, sino entre hombres, niños y otras mujeres que no se reunían como si fueran parientes sino como un grupo de amigos y amigas, y bajo condiciones de completa dominación.¹⁴⁶ Este tipo de espacio doméstico diferente se convirtió en el principal espacio de resistencia a las

146 Angela Y. Davis, «Reflections on the Black Woman's Role in the Community of Slaves», *The Black Scholar: Journal of Black Studies and Research* 4 (1971): 2–15.

condiciones de la esclavitud, porque el trabajo de cuidados que se daba en su interior era el único trabajo que no era totalmente reclamado por el propietario de los esclavos. Al mismo tiempo que reproducía las vidas de los esclavizados en tanto propiedad, este trabajo de cuidados también creaba las condiciones para la resistencia a la esclavitud.

Un ejemplo diferente: consideremos una red de mujeres trans que, en su mayoría, viven en la ciudad de Nueva York. Algunas tienen trabajos heterosexuales; algunas se dedican al trabajo sexual; algunas tienen empleos casuales aquí y allá. A veces viven juntas; a veces follan entre ellas; a veces se dedican a chismorrear. Y, sin embargo, siempre existe una vigilancia entre las hermanas. Alguien se ha operado y necesita que otras vengan a cuidarla; alguien tiene tendencias suicidas y necesita que alguien cuide de ella; alguien necesita que le presten una inyección de estrógeno porque se le acabó la receta; alguien está organizando un acto benéfico para recaudar dinero para la cirugía de otra persona. Todo el mundo pone diez dólares en el GoFundMe de las demás por si hace falta dinero para el alquiler o para gastos médicos. Todo el mundo publica selfies con nuevos outfits cuestionables para que las demás los aprueben o los critiquen.

Es un aquelarre de cuidados. No es una utopía: esta persona ya no se habla con aquella por lo que hizo, etcétera. De hecho, los aquelarres son siempre tenebrosos, ya que implican la movilización de redes sociales de cuidados que solo están disponibles para aquellas que ya están cosidas a personas con recursos —emocionales y materiales—. Los aquelarres suelen organizarse en unidades raciales, subculturales y de clase. El Colectivo Jane era una especie de aquelarre

formado mayoritariamente por mujeres blancas;¹⁴⁷ históricamente, los proyectos de espacios queer en Tennessee han proporcionado refugio a personas mayoritariamente blancas que inventaron nuevos modos de cuidados a raíz de la crisis del sida.¹⁴⁸ Aunque los aquelarres son un modo crucial de canalizar recursos para los cuidados, no todo el mundo puede, o sabe, acceder al aquelarre. Las mujeres tímidas, las mujeres de color de clase trabajadora y aquellas que están más desgastadas por la precariedad es posible que no sepan cómo (ni tengan energía para) entrar en el aquelarre.

El aquelarre, casi por definición, es inestable, ya que los aquelarres surgen en y contra los espacios de institucionalización. Su continuidad está siempre en peligro. Es posible que las personas que necesitan cuidados constantes no los encuentren en el aquelarre. Los supervivientes de abusos que solo cuentan con su aquelarre pueden descubrir rápidamente que necesitan un impulso mayor del que les pueden proporcionar sus amigos.

Pero cuando la mayor parte del mundo te odia o, en el mejor de los casos, les eres indiferente, el aquelarre es un lugar del que sacar fuerzas, y quizás incluso en el que inventar una nueva forma de vida. Algunos han llamado a esta forma de vida T4T: trans para trans (*trans for trans*).¹⁴⁹ A veces, lo único que tenemos es a los demás.

Algo que resulta obvio para las personas trans, tal vez más que para otras, es que en cualquier sujeto

147 Rainey Horwitz, «The Jane Collective (1969–1973)», *The Embryo Project Encyclopedia*, 7 de agosto de 2017, <https://embryo.asu.edu/pages/jane-collective-1969-1973>.

148 Idyll Dandy Arts, «About Ida», <https://idylldandyarts.tumblr.com/about>.

149 Torrey Peters, *Infect Your Friends and Loved Ones* (CreateSpace Independent Publishing Platform, 2016).

la carne y la tecnología están profundamente entrelazados, aunque de formas muy variables. Las personas trans pueden necesitar hormonas, cirugías e intervenciones de tecnología en su carne solo para hacer su vida habitable. Pero, quizás, todos los cuerpos son así, incluidos los cuerpos cis. Los cuerpos son cada vez más precarios y cada vez más dependientes de los sistemas de la técnica para que puedan funcionar.¹⁵⁰ Los aquelarres de cuidados crean bolsas de afecto y atención compartidos en y contra los modelos de negocio médico-técnicos que clasifican y valoran los cuerpos principalmente por su rentabilidad y su capacidad de pago.

¿Cómo se siente el estar en un aquelarre de cuidados? José Esteban Muñoz nos ha hablado del «sentirse moreno» como una forma de estar dentro de la nación de la supremacía blanca pero no ser parte de ella, una conexión sin identidad y, para algunos, una conexión con otras historias subalternas de las que no se puede hablar.¹⁵¹ Para las personas de color y otros sujetos precarios que no se sienten del todo bien, Muñoz nos tranquiliza: sentirse moreno es una forma de sentirse uno más, juntos. Puede sentirse como algo excesivo, sobreactuado. Puede sentirse como una extraña afinidad. Pero se siente menos precario, juntos, ahora.

A través del aquelarre, preservamos lo incalculable, esto es, la abundancia del «regalo» y las obligaciones que conlleva: dar, recibir y corresponder.¹⁵² El regalo te pone en una relación de reciprocidad en la

150 Paul B. Preciado, *Testo Junkie: Sex, Drugs, and Biopolitics in The Pharmacopornographic Era* (New York: The Feminist Press, 2013).

151 José Esteban Muñoz, «Feeling Brown, Feeling Down: Latina Affect, the Performativity of Race, and the Depressive Position», *Signs* 31, no. 3 (2006): 675–688.

152 Marcel Mauss, *The Gift: Forms and Functions of Exchange in Archaic Societies* (New York: Norton, 1967).

que la deuda continua propia sostiene una relación. Se necesita mucho esfuerzo para extraer un regalo de una mercancía. Creamos zonas de intimidad emergentes y desordenadas que superan las transacciones monetizadas. El aquelarre surge, no necesariamente como un romántico «que os jodan» a la función disciplinaria del Estado del bienestar, sino en el crisol del abandono masivo —tanto por parte del Estado como de las redes legitimadas de apoyo social—. Cuando te echan de la familia, pierdes el acceso a la red de cuidados que tienes por defecto y que proviene de la sociedad. Por eso los aquelarres surgen como redes complementarias del valor afectivo de la familia. Nos refugiamos en los aquelarres porque nuestra supervivencia depende de ello.

En un mundo cada vez más agotado, los refugios tienen que soportar la carga suplementaria de encontrar formas de sostener la vida fuera del enriquecimiento común. Sufren la presión para que sean aquello que nos ayude a superar la volatilidad sobreañadida, no solo del mundo social-técnico, sino también del natural-cultural. Quizá sea el momento de aprender de varios tipos de brujas y de enseñar su sabiduría.



GLOSARIO

Clase ofendida Clase de trabajadores cuyos puestos de trabajo y estatus social se han vuelto vulnerables debido a la automatización. Los llamamos la «clase ofendida» porque su autoridad y autoría de la innovación tecnológica se ha visto comprometida. Sus posiciones anteriormente seguras en los sectores tecnológico y creativo les protegían de la precariedad laboral; en la actualidad, están soportando un doloroso periodo de adaptación cultural a la misma. Véase el capítulo 8 (La clase ofendida).

Aquelarres de los cuidados Los aquelarres de los cuidados perduran a pesar de las condiciones de dominación, violencia o eliminación. «Los miembros que forman los aquelarres se ven entre ellos como familiares, pero no son necesariamente una familia. Además, no tienen ningún tipo de contrato vinculante entre ellos. Para las redes de extracción de valor, los aquelarres son un territorio interior que está en constante retroceso y que nunca se puede rastrear ni monetizar completamente. Además, los aquelarres se asientan entre los huecos y las fisuras de las lógicas de

acumulación y anticipación». Véase el capítulo 10 (Los aquelarres de los cuidados).

Zonas de agotamiento Las zonas de agotamiento están habitadas por personas que ya son precarias, como las minorías raciales, étnicas y sexuales, las mujeres, los indígenas y los migrantes. Son lugares críticos donde se extraen materias primas, mano de obra e información y que rara vez se restablecen. Estas zonas son laboratorios o zonas experimentales donde la precariedad genera posibles técnicas de control que, si «funcionan», se generalizarán. Véase el capítulo 1 (El efecto de la precariedad).

Economía del agotamiento Sistema económico que requiere del agotamiento material, psíquico, corporal, espiritual y social de la tierra, el medio ambiente, los animales y las personas. Las economías del agotamiento exportan toxicidad y precariedad para sostener el mundo enriquecido.

Precariedad digital Los individuos, las comunidades, los entornos y las zonas que aportan la materia prima y procesada para la tecnología digital se agotan y se vuelven inseguras en sus cuerpos y en sus mundos de vida. La tecnocultura produce materiales, comportamientos y economías tóxicos que se ven exacerbados por el uso de las plataformas digitales, el capital de las Big Tech y las economías colaborativa y *undergig* que las enriquecen.

Zonas de enriquecimiento Espacios cuyos recursos, mano de obra y materias primas dependen de la extracción de la «naturaleza barata» y de la cultura de las zonas agotadas. Estos espacios, como Silicon Valley, Seattle, la ciudad de Nueva York, Londres y Shanghái, suelen estar definidos por prósperas industrias tecn-

lógicas que agotan los recursos dentro de sus fronteras territoriales.

Experimentación «El proceso de realización de pruebas que reúne al experimentador/investigador y al sujeto/objeto de estudio» (Fouzeyha Towghi y Kalindi Vora, «Bodies, Markets, and Experiments in South Asia», *Ethnos: Journal of Anthropology* 70, No. 1 (2014): 1-18). Analizamos la experimentación para pensar más allá de los métodos de prueba, pero sobre todo para pensar en la «innovación» intensiva en recursos como una forma de poder que fracciona las poblaciones en investigadores y sujetos de prueba, en materia extraíble y gobernable. Véase el capítulo 1 (El efecto de la precariedad).

Zonas de extracción La palabra «extracción» hace hincapié en que se ha tomado un recurso, que no se ha dado. (Véase también: Macarena Gómez-Barris, *The Extractive Zone: Social Ecologies and Decolonial Perspectives* (Durham, NC: Duke University Press, 2017). Cuando las zonas, la tierra, las regiones, las jurisdicciones y los distritos se vacían, con diversos grados de fuerza y coerción, de recursos, experiencia, habilidades, personas y vidas, sabemos que estamos en una zona de extracción. En los escenarios donde se «extrae» algo abstracto —como el valor de los datos— la vida se reduce a un recurso para el capital. Reconocemos que el uso de la extracción es una metáfora inadecuada, y que tales prácticas producen valor.

Laboratorio Un lugar de trabajo, pero donde el trabajo está subordinado a la tarea de elaboración. En el laboratorio hay procedimientos consistentes, formas de regularidad, pero no necesariamente para producir una mercancía estándar, a la manera de una fábrica. El laboratorio produce diferencias que pueden ser proba-

das, verificadas, estabilizadas, y que pueden convertirse en los prototipos de nuevas formas de organización de algún aspecto del mundo, ya sea del mundo material o del humano. En realidad, el laboratorio no siempre tiene como objetivo la producción de conocimiento, la generación de nuevas regularidades que serán más eficaces, más racionales y más libres de ficción. A veces el laboratorio parece existir sin más razón que el deseo de experimentar sin fin y sin motivo sobre los cuerpos precarios. El laboratorio no tiene ninguna relación necesaria con la razón, sino con la promulgación del poder simplemente como poder. Véase el capítulo 1 (El efecto de la precariedad).

Sobrecomún (*overcommons*) Acuñamos este término para describir las sociedades tecnocráticas caracterizadas por una desigualdad radical, una clase de personas cuyo trabajo ricamente compensado se ve posibilitado por el trabajo precario de otras personas que realizan tanto el trabajo «colaborativo», que se traduce en viajes baratos y cómodos en coche, alquiler de casas para las vacaciones y trabajos basados en proyectos, como aquellos que realizan el trabajo *undergig*. Este sobrecomún tecnocrático produce el «subcomún» (Stefano Harney y Fred Moten, *The Undercommons: Fugitive Planning & Black Study* (Brooklyn, NY: Autonomedia, 2013). Véase el capítulo 2 (El trabajo precario de la economía colaborativa —*undergig*—).

Precariedad La precariedad es una forma de ser y una experiencia vivida de inseguridad, perdida de control e imprevisibilidad del propio mundo. La etimología de la precariedad deriva del latín *precarius*: dado como favor, a gusto de otra persona (Oxford English Dictionary). Nuestro trabajo destaca las circunstancias diferenciales en las que surge la precariedad, los luga-

res de los que se extraen recursos y la implicación de las minorías raciales, étnicas y sexuales, las mujeres, los indígenas y los migrantes que ocupan las zonas de extracción de las zonas de agotamiento.

Redes de seguridad social Sistemas de reparto de recursos y de apoyo emocional colectivos, a menudo a través de la distancia geográfica, que surgen en condiciones de protección estatal decreciente.

Espirales/hélices de la explotación Utilizamos la analogía y la figura de la espiral como forma de destacar la naturaleza recursiva, circular y penetrante de la precariedad en relación con el capitalismo y la gobernanza digital. Una forma de precariedad, por ejemplo, la inseguridad de la vivienda, la discapacidad o las deudas educativas, da lugar a otra forma de precariedad —lo que conduce a conflictos y a un ciclo de inseguridad del que es casi imposible escapar—. Véanse el capítulo 2 (El trabajo precario de la economía colaborativa —*undergig*) y el capítulo 4 (La creciente intensificación de la precariedad).

Toxicidad La propagación de los daños medioambientales y la vulnerabilidad en la economía del agotamiento. Las industrias digitales crean materia tóxica que se extiende y se adhiere a todo tipo de cuerpos, aunque a algunos más que a otros. Es una condición cultural además de un estado material del ser.

Trabajo precario de la economía colaborativa (undergig) La mano de obra barata es una condición previa de la economía colaborativa, de ahí que llamemos a este trabajo como «*undergig*». Los trabajadores precarios de la economía colaborativa realizan el trabajo, a menudo invisible, que es necesario para crear las condiciones de la vida digital para todos los demás. La producción electrónica, que extrae valor de las zo-

nas agotadas y de los trabajadores de las fábricas, y que produce toxicidad, a menudo se solapa con la categoría del «sur global», pero también la supera. Ser mujer, pobre, deslocalizada y no blanca aumenta enormemente las posibilidades de ser una trabajadora precaria de la economía colaborativa. Esta condición es post-territorial: los hombres blancos de Europa y de Estados Unidos también pueden encontrarse en este «lugar hundido». Véase el capítulo 8 (La clase ofendida) y el capítulo 2 (El trabajo precario de la economía colaborativa —*undergig*—).

BIBLIOGRAFÍA

- Adair, Cassius. «White Trans Politics and the Early Internet». Conferencia, American Studies Association Annual Meeting, Atlanta, Georgia, 8–11 de noviembre de 2018.
- Aizura, Aren Z. *Mobile Subjects: Transnational Imaginaries of Gender Reassignment*. Durham, NC: Duke University Press, 2018.
- Allied Media Projects. *Our Data Bodies: Digital Defense Playbook*. Detroit, MI: Allied Media Projects, 2019.
- Anderson, Chris. *Makers: The New Industrial Revolution*. New York: Crown Business, 2012 [edición en castellano: *Makers: la nueva revolución industrial*, Madrid, Empresa Activa, 2013].
- Anzaldúa, Gloria. «Foreword». En *This Bridge Called My Back: Writings by Radical Women of Color*, editado por Cherrie Morraga y Gloria Anzaldúa, iii–iv. New York: Kitchen Table: Women of Color Press, 1983.
- Apter, David E., Herbert J. Gans, Ruth Horowitz, Gerald D. Jaynes, William Kornblum, James F. Short, Gerald D. Suttles, y Robert E. Washington. «The

- Chicago School and the Roots of Urban Ethnography: An Intergenerational Conversation with Gerald D. Jaynes, David E. Apter, Herbert J. Gans, William Kornblum, Ruth Horowitz, James F. Short Jr., Gerald D. Suttles y Robert E. Washington». *Ethnography* 10, no. 4 (2009): 375–396.
- Baucom, Ian. *Specters of the Atlantic: Finance, Capital, Slavery, and the Philosophy of History*. Durham, NC: Duke University Press, 2005.
- Baumkel, Max. «The Invisible Presence of Trans-Bodies: Unpacking Regimes of Visibility and Visuality Through Tom Cho's *Look Who's Morphing*». Tesis de Master, Vanderbilt University, 2015.
- Beckert, Steven. *Empire of Cotton: A Global History*. New York: Vintage Press, 2014.
- Beckett, Samuel. *Samuel Beckett's Molloy, Malone Dies, The Unnamable*, editado por Harold Bloom. New York: Chelsea House Publishers, 1998. [edición en castellano: *Molloy*, Madrid, Alianza, 2010].
- Benjamin, Ruha. *Race After Technology: Abolitionist Tools for the New Jim Code*. Medford, MA: Polity, 2019.
- Berardi, Franco Bifo. *The Soul at Work: From Alienation to Autonomy*, traducido por Francesca Cadel y Giuseppina Mecchia. Los Angeles, CA: Semiotext(e), 2009. [edición en castellano: *Almas al trabajo: alienación, extrañamiento, autonomía*, Madrid, Enclave de Libros, 2016].
- Berlant, Lauren. *Cruel Optimism*. Durham, NC: Duke University Press, 2011.
- Bichell, Rae Ellen. «Scientists Start to Tease out the Subtler Ways Racism Hurts Health». NPR, 11 de noviembre de 2017. www.npr.org/sections/health-shots/2017/11/11/562623815/scientists-start-to-tease-out-the-subtler-ways-racism-hurts-health.

- Bowker, Geof. «How to be Universal: Some Cybernetic Strategies, 1943–1970». *Social Studies of Science* 23, no. 1 (1993): 107–127.
- Brown, H. Claire. «How an Algorithm Kicks Small Businesses Out of the Food Stamps Program on Dubious Fraud Charges». *The Counter*, 8 de octubre de 2018. [https://the\(counter.org/usda-algorithm-food-stamp-snap-fraud-small-businesses/](https://the(counter.org/usda-algorithm-food-stamp-snap-fraud-small-businesses/).
- Browne, Simone. *Dark Matters: On the Surveillance of Blackness*. Durham, NC: Duke University Press, 2015.
- Butler, Judith. *Undoing Gender*. New York: Routledge, 2004. [edición en castellano: *Deshacer el género*, Madrid, Paidós, 2012].
- Button, John. *A Dictionary of Green Ideas: Vocabulary for a Sane and Sustainable Future*. New York: Routledge, 1998.
- Byrd, Jodi. *Transit of Empire: Indigenous Critiques of Colonialism*. Minneapolis, MN: University of Minnesota Press, 2011.
- Casidy, Ciaran y Adrian Chen. «The Moderators». *Field of Vision*, Abril de 2017.
<https://vimeo.com/213152344>.
- Chaar-López, Iván. «Sensing Intruders: Race and the Automation of Border Patrol». *American Quarterly* 71, no. 2 (2019): 495–518.
- Chakrabarty, Dipesh. *Provincializing Europe: Postcolonial Thought and Historical Difference*. Princeton, NJ: Princeton University Press, 2000.
- Chen, Adrian. «The Laborers Who Keep Dick Pics and Beheadings Out of Your Facebook Feed». *Wired*, 23 de octubre de 2014. www.wired.com/2014/10/content-moderation/.

- Chen, Mel Y. «Toxic Animacies, Inanimate Affections». *GLQ: A Journal of Lesbian and Gay Studies* 17, nos 2–3 (2011): 265–286.
- Chen, Mel Y. «Unpacking Intoxication, Racialising Disability». *Medical Humanities* 41, no. 1 (2015): 25–29.
- Chun, Wendy Hui Kyong. *Control and Freedom: Power and Paranoia in the Age of Fiber Optics*. Cambridge, MA: The MIT Press, 2008.
- Clare, Eli. *Brilliant Imperfection: Grappling with Cure*. Durham, NC: Duke University Press, 2017.
- Clark, Krissy. «The Disconnected», *Slate*, 3 de enero de 2016. <https://slate.com/news-and-politics/2016/06/welfare-to-work-resulted-in-neither-welfare-nor-work-for-many-americans.html>.
- Davis, Angela Y. «Reflections on the Black Woman's Role in the Community of Slaves». *The Black Scholar: Journal of Black Studies and Research* 4 (1971): 2–15.
- Davis, Angela Y. *Freedom is a Constant Struggle: Ferguson, Palestine, and the Foundations of a Movement*. Chicago, IL: Haymarket Books, 2016.
- Deegan, Mary Jo. *Race, Hull-House, And The University Of Chicago: A New Conscience Against Ancient Evils*. Westport, CT: Praeger, 2002.
- Deleuze, Gilles. «Postscript on the Societies of Control». *October* 59 (1992): 3–7. [edición en castellano: Post-scriptum sobre las sociedades de control, *Polis*, 13, 2006, pp. 1–7]
- Dyck, Darryl. «Trans Mountain, Trudeau and First Nations». *The Globe and Mail*, 27 de abril de 2018. www.theglobeandmail.com/politics/article-trans-mountain-kinder-morgan-pipeline-bc-alberta-explainer/.
- Escobar, Arturo. *Encountering Development: The Making and Unmaking of the Third World*. Princeton, NJ: Princeton University Press, 1994.

- Eubanks, Virginia. *Automating Inequality: How High-Tech Tools Profile, Police, and Punish the Poor*. New York: St. Martin's Press, 2017.
- Fisher, Anna Watkins. «User Be Used: Leveraging the Play in the System». *Discourse* 36, no. 3 (2014): 383–399.
- Forbes, Rosie. «What ‘Detective Pikachu’ Got Wrong About Disability». *The Mighty*, 17 de mayo de 2019. https://themighty.com/2019/05/detective-pikachu-disability-villain/?utm_source=pin_board_disability&utm_medium=pinterest&utm_campaign=pin_disability_2019week18.
- Foucault, Michel. *The Order of Things*. New York: Routledge, 2002. [edición en castellano: *Las palabras y las cosas: una arqueología de las ciencias humanas*, Madrid, Siglo XXI, 2009].
- Franklin, Seb. *Control: Digitality as Cultural Logic*. Cambridge, MA: The MIT Press, 2015.
- Friedman, Zach. «99% Rejected for Student Loan Forgiveness—Again». *Forbes*, 9 de septiembre de 2019. www.forbes.com/sites/zackfriedman/2019/09/09/99-rejected-for-student-loan-forgiveness-again/#69a-05d1d6675.
- Garfield, Rachel, Robin Rudowitz y Kendal Orgera. «Understanding the Intersection of Medicaid and Work: What Does the Data Say?» *Kaiser Family Foundation*, 8 de agosto de 2019. www.kff.org/medicaid/issue-brief/understanding-the-intersection-of-medicaid-and-work-what-does-the-data-say/.
- Gault, Matthew. «Hunting Silicon Valley’s Doomsday Bunkers». *Vice*, 20 de mayo de 2019. www.vice.com/en_us/article/kzmzyx/hunting-silicon-valleys-doomsday-bunkers-in-new-zealand-documentary.

- Georgakas, Dan y Marvin Surkin. *Detroit, I Do Mind Dying: A Study in Urban Revolution*. New York: Southend Press, 1998.
- Giddens, Anthony. *The Nation-State and Violence: Volume Two of A Contemporary Critique of Historical Materialism*. Cambridge, MA: Polity, 1985.
- Gill-Peterson, Jules. «The Technical Capacities of the Body: Assembling Race, Technology, and Transgender». *Transgender Studies Quarterly* 1, no. 3 (2014): 402–418.
- Gilmore, Ruth Wilson. *Golden Gulag: Prisons, Surplus, Crisis, and Opposition in Globalizing California*. Berkeley, CA: University of California Press, 2007.
- Gray, Mary L. y Siddharth Suri. *Ghost Work: How to Stop Silicon Valley from Building a New Global Underclass*. Boston, MA: Houghton Mifflin Harcourt, 2019.
- Guiley, Rosemary. *The Encyclopedia of Witches, Witchcraft and Wicca*. New York: Facts On File, 2008.
- Haraway, Donna. «Situated Knowledges: The Science Question in Feminism and the Privilege of Partial Perspective». *Feminist Studies* 14, no. 3 (1988): 575–599.
- Haraway, Donna. *Modest_Witness@Second_Millennium. FemaleMan©_Meets_ OncoMouseTM: Feminism and Technoscience*. New York: Routledge, 1997.
- Harney, Stefano y Fred Moten. *The Undercommons: Fugitive Planning & Black Study*. Brooklyn, NY: Autonomedia, 2013.
- Hartman, Saidiya. «The Anarchy of Colored Girls Assembled in a Riotous Manner». *South Atlantic Quarterly* 117, no. 3 (2018): 465–490.
- Hartman, Saidiya. *Wayward Lives, Beautiful Experiments: Intimate Histories of Social Upheaval*. New York: W.W. Norton & Company, Inc., 2019.

- Hazboun, Areej. «New Apps Help Palestinians Navigate Israeli Checkpoints». AP News, 18 de noviembre de 2015. <https://apnews.com/117d524e2aba4ab19ec01c3d3e50aa06>.
- Hersman, Erik. «Reporting Crisis via Texting». Grabado en noviembre de 2009. TED video, 3:44. www.ted.com/talks/erik_hersman_reporting_crisis_via_texting/details?language=bi.
- Hill, Kashmir. «The Secretive Company That Might End Privacy as We Know It». *The New York Times*, 18 de enero de 2020. www.nytimes.com/2020/01/18/tech-nology/clearview-privacy-facial-recognition.html.
- Hochschild, Arlie Russel. «Emotion Work, Feeling Rules, and Social Structure». *American Journal of Sociology* 85, no. 3 (1979): 551–575.
- Hollister, Sean. «Google Contractors Reportedly Targeted Homeless People for Pixel 4 Facial Recognition». *The Verge*, 2 de octubre de 2019. www.theverge.com/2019/10/2/20896181/google-contractor-reportedly-targeted-homeless-people-for-pixel-4-facial-recognition.
- Horwitz, Rainey. «The Jane Collective (1969–1973)». *The Embryo Project Encyclopedia*, 7 de agosto de 2017. <https://embryo.asu.edu/pages/jane-collective-1969–1973>.
- Houser, Micah. «The High Price of Freedom for Migrants in Detention». *The New Yorker*, 12 de marzo de 2019. www.newyorker.com/news/news-desk/the-high-price-of-freedom-for-migrants-in-detention.
- Howe, LeAnn. «The Chaos of Angels». *Callaloo* 17, no. 1 (1994): 108–114.
- Idyll Dandy Arts. «About Ida». <https://idylldandyarts.tumblr.com/about>.

- Irani, Lily. «The Cultural Work of Microwork». *New Media & Society* 17, no. 5 (2015): 720–739.
- Jewish Voices for Peace. «Deadly Exchange: The Dangerous Consequences of American Law Enforcement Trainings in Israel». Deadly Exchange, Septiembre de 2018. [https://deadlyexchange.org/wp-content/uploads/2019/07/Deadly- Exchange-Report.pdf](https://deadlyexchange.org/wp-content/uploads/2019/07/Deadly-Exchange-Report.pdf).
- Johnson, Walter. *River of Dark Dreams: Slavery and Empire in the Cotton Kingdom*. Cambridge, MA: Harvard University Press, 2017.
- Joque, Justin. *Infidel Mathematics*. New York: Verso, próximamente.
- Kamil, Meryem. «Towards Decolonial Futures: New Media, Digital Infrastructures, and Imagined Geographies of Palestine». Tesis de doctorado, Universidad de Michigan, 2019.
- Kamil, Meryem. «Post Spatial, Post Colonial: Accessing Palestine in the Digital». *Social Text*, 38, no. 3 (144) (2020): 55–82.
- Keyes, Os, Nikki Stevens y Jacqueline Wernimont. «The Government is Using the Most Vulnerable People to Test Facial Recognition Software». *Slate*, 17 de marzo de 2019. <https://slate.com/technology/2019/03/facial-recognition-nist-verification-testing-data-sets-children-immigrants-consent.html>.
- Knorr Cetina, Karin. *Epistemic Cultures: How the Sciences Make Knowledge*. Cambridge, MA: Harvard University Press, 1999.
- Lancianese, Adelina. «Before Black Lung, the Hawk Nest Disaster Killed Hundreds». NPR, 20 de enero de 2019. www.npr.org/2019/01/20/685821214/before-black-lung-the-hawks-nest-tunnel-disaster-killed-hundreds.

- Latour, Bruno y Steve Woolgar. *Laboratory Life: The Construction of Scientific Facts*, segunda ed. Princeton, NJ: Princeton University Press, 1986.
- Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos. «Fugitive Slave Ads: Topics in Chronicling America». Guías de investigación de la biblioteca del Congreso de los Estados Unidos. <https://guides.loc.gov/chronicling-america-fugitive-slave-ads>.
- Lindtner, Silvia. *Prototype Nation: China and the Contested Promise of Innovation*. Princeton, NJ: Princeton University Press, 2020.
- Lynskey, Dorian. «How Dangerous is Jordan B. Peterson, The Rightwing Professor Who “Hit a Hornets’ Nest?”» *The Guardian*, 7 de febrero de 2018. www.theguardian.com/science/2018/feb/07/how-dangerous-is-jordan-b-peterson-the-rightwing-professor-who-hit-a-hornets-nest.
- Marx, Karl. *Capital, Volume I: A Critique of Political Economy*, traducido por Ben Fowkes. New York: Penguin, 1976 [edición en castellano: *El capital*. Madrid, Siglo XXI, 2017].
- Mauss, Marcel. *The Gift: Forms and Functions of Exchange in Archaic Societies*, traducido por W.D. Halls. New York: Norton, 1967 [edición en castellano: *Ensayo sobre el don: forma y función del intercambio en las sociedades arcaicas*, Katz Editores, Madrid, 2009].
- Mbembe, Achille. *Critique of Black Reason*, traducido por Laurent Dubois. Durham, NC: Duke University Press, 2017. [edición en castellano: *Crítica de la razón negra: ensayo sobre el racismo contemporáneo*, Ned Ediciones, Barcelona, 2016].
- McCoy, Alfred W. *Policing America’s Empire: The United States, the Philippines, and the Rise of the Surveillance*

- State. Madison, WI: The University of Wisconsin Press, 2009.
- Mezzadra, Sandro y Brett Neilson. *The Politics of Operations: Excavating Contemporary Capitalism*. Durham, NC: Duke University Press, 2019.
- Miller, Michael E. «This Company is Making Millions from America's Broken Immigration System». *The Washington Post*, 9 de marzo de 2017. www.washingtonpost.com/local/this-company-is-making-millions-from-americas-broken-immigration-system/2017/03/08/43abce9e-f881-11e6-be05_1a3817ac21a5_story.html.
- Muñoz, José Esteban. «Feeling Brown, Feeling Down: Latina Affect, the Performativity of Race, and the Depressive Position». *Signs* 31, no. 3 (2006): 675–688.
- Murphy, Michelle. *The Economization of Life*. Durham, NC: Duke University Press, 2017.
- Negri, Antonio. *Marx Beyond Marx: Lessons on the Grundrisse*, traducido por Harry Cleaver. Brooklyn, NY: Autonomedia, 1992. [edición en castellano: *Marx más allá de Marx*, Madrid, Akal, 2012].
- Negri, Antonio. *The Politics of Subversion: A Manifesto for the Twenty-First Century*. Malden, MA: Polity, 2005.
- Nixon, Rob. *Slow Violence and the Environmentalism of the Poor*. Cambridge, MA: Harvard University Press, 2011.
- Ong, Aihwa. *Neoliberalism as Exception: Mutations in Citizenship and Sovereignty*. Durham, NC: Duke University Press, 2006.
- Patel, Raj y Jason W. Moore. *A History of the World in Seven Cheap Things: A Guide to Capitalism, Nature, and the Future of the Planet*. Oakland, CA: University of California Press, 2017.

- Peters, Torrey. *Infect Your Friends and Loved Ones*. CreateSpace Independent Publishing Platform, 2016.
- Power-Sotomayor, Jade Y. «From Soberao to Stage: Afro-Puerto Rican and the Speaking Body». En *The Oxford Handbook of Dance and Theater*, editado por Nadine George-Graves. New York: Oxford University Press, 2015.
- Precarity Lab. «Digital Precarity Manifesto». *Social Text* 37, no. 4 (2019): 77–93.
- Preciado, Paul B. *Testo Junkie: Sex, Drugs, and Biopolitics in the Pharmacopornographic Era*. New York: The Feminist Press, 2013 [edición en castellano: *Testo yonqui*, Madrid, Espasa, 2014].
- Proctor, Jennifer. «A Failure of Imagination: The Role of Disability in Avatar». *Media Commons*, 10 de agosto de 2010. <http://mediacommmons.org/imr/2010/08/03/failure-imagination-role-disability-avatar>.
- Robinson, Cedric. *Black Marxism: The Making of the Black Radical Tradition*. Durham, NC: Duke University Press, 1993.
- Rose, Sarah F. *No Right to Be Idle: The Invention of Disability, 1840s–1930s*. Chapel Hill, NC: University of North Carolina Press, 2017.
- Ross, Andrew. *Bird on Fire: Lessons from the World's Least Sustainable City*. New York: Oxford University Press, 2011.
- Rukeyser, Muriel. *The Book of the Dead*. Morgantown, WV: University of West Virginia Press, 2018.
- Saxton, Alexander. *The Indispensable Enemy: Labor and the Anti-Chinese Movement in California*. Berkeley, CA: University of California Press, 1971.
- Scholz, Trebor, ed. *Digital Labor: The Internet as Playground and Factory*. New York: Routledge, 2013.

- Shapin, Steven y Simon Schaffer. *Leviathan and the Air-Pump: Hobbes, Boyle, and the Experimental Life*. Princeton, NJ: Princeton University Press, 2018.
- Sharpe, Christina. *In the Wake: On Blackness and Being*. Durham, NC: Duke University Press, 2016.
- Shields, L.M., W.H. Wiese, B.J. Skipper, B. Charley, y L. Benally. «Navajo Birth Outcomes in the Shiprock Uranium Mining Area». *Health Physics* 63, no. 5 (1992): 542–551.
- Shotwell, Alexis. *Against Purity: Living Ethically in Compromised Times*. Minneapolis, MN: University of Minnesota Press, 2016.
- Simpson, Cam. «American Chipmakers Had a Toxic Problem. Then They Outsourced It». *Bloomberg Businessweek*, 15 de junio de 2017. www.bloomberg.com/news/features/2017-06-15/american-chipmakers-had-a-toxic-problem-so-they-outsourced-it.
- Smyth, Araby, Jess Linz y Lauren Hudson. «A Feminist Coven in the University». *Gender, Place and Culture: A Journal of Feminist Geography* (2019): 2.
- Srnicek, Nick. *Platform Capitalism*. Malden, MA: Polity, 2017. [edición en castellano: *Capitalismo de plataformas*, Buenos Aires, Caja Negra, 2018].
- Standing, Guy. *The Precariat: The New Dangerous Class*. New York: Bloomsbury, 2011. [edición en castellano: *El precariado: una nueva clase social*, Barcelona, Pasado y presente, 2012].
- Steele, Catherine Knight. «Signifyin' Bitching and Blogging: Black Women and Resistance Discourse Online». En *The Intersectional Internet: Race, Sex, Class and Culture Online*, editado por Safiya Umoja Noble y Brendesha M. Tynes, 73–93. New York: Peter Lang, 2016.

- Stoler, Ann Laura. *Duress: Imperial Durability in Our Times*. Durham, NC: Duke University Press, 2016.
- Sue Ramírez, Catherine. «Deus Ex Machina: Tradition, Technology, and the Chicanafuturist Art of Marion C. Martinez». *Aztlán* 29, no. 2 (2004): 55–92.
- Tawil-Souri, Helga y Miriyam Aouragh. «Intifada 3.0? Cyber Colonialism and Palestinian Resistance». *The Arab Studies Journal* 22, no. 1 (2014): 102–133.
- Thakor, Mitali. «Digital Apprehensions: Policing, Child Pornography, and the Algorithmic Management of Innocence». *Catalyst: Feminism, Theory, Technoscience* 4, no. 1: 1–16.
- Thompson, E.P. «Time, Work Discipline, and Industrial Capitalism». *Past & Present* 38 (1967): 56–97.
- Towghi, Fouzeyha y Kalindi Vora. «Bodies, Markets, and Experiments in South Asia». *Ethnos: Journal of Anthropology* 70, no. 1 (2014): 1–18.
- Tronti, Mario. «Factory and Society». *Operainmo in English*, 13 de junio de 2013. <https://operainmoenglish.wordpress.com/2013/06/13/factory-and-society/>.
- Tronti, Mario. *Workers and Capital*, traducido por David Broder. New York: Verso, 2019. [edición en castellano: *Obreros y capital*, Madrid, Akal, 2001].
- Tsing, Anna Lowenhaupt. *The Mushroom at the End of the World: On the Possibility of Life in Capitalist Ruins*. Princeton, NJ: Princeton University Press, 2015.
- Vora, Kalindi. *Life Support: Biocapital and the New History of Outsourced Labor*. Minneapolis, MN: University of Minnesota Press, 2015.
- Wajcman, Judy. *Feminism Confronts Technology*. University Park, PA: Pennsylvania State University Press, 1991.
- Walker, Brett. *Toxic Archipelago: A History of Industrial Disease in Japan*. Seattle, WA: University of Washington Press, 2010.

- Wark, McKenzie. *A Hacker Manifesto*. Cambridge, MA: Harvard University Press, 2004 [edición en castellano: *Un manifiesto hacker*, Barcelona, Alpha Decay, 2006].
- Warren, Elizabeth y Amelia Warren Tyagi. *The Two-Income Trap: Why Middle-Class Parents are Going Broke*. New York: Basic Books, 2003.
- Weber, Max. *Economy and Society: A New Translation*, editado y traducido por Keith Tribe. Cambridge, MA: Harvard University Press, 2019 [edición en castellano: *Economía y sociedad: esbozo de sociología comprensiva*, Madrid, F.C.E., 2002].
- Wynn, Natalie. ContraPoints. www.contrapoints.com.
- Wynter, Sylvia. «Unsettling the Coloniality of Being/Power/Truth/Freedom: Towards the Human, After Man its Overrepresentation – An Argument». *CR: The New Centennial Review* 3, no. 3 (2003): 257–337.
- Yeats, William Butler. «The Second Coming». En *The Collected Works of W.B. Yeats*, segunda ed., editado por Richard J. Finneran, 187. New York: Scribner Paperback Poetry, 1996.
- Zuboff, Shoshana. *The Age of Surveillance Capitalism: The Fight for a Human Future at the New Frontier of Power*. New York: Public Affairs, 2019.
- Zuckerberg, Mark. «Opening Statement to the Senate Judiciary and Commerce Committees on Facebook Data Privacy». *American Rhetoric*, 10 de abril de 2018. www.americanrhetoric.com/speeches/markzuckerbergcongressopeningstmt.htm.

